
MC
THE FELLOWSHIP
Una saga de devoción, poder y pecado
SILAS CROSS, IMPULSO LETAL

SILAS CROSS

MC

Copyright © Abril 2026 Marta Claus

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

CONTENTS

Title Page
Copyright
THE FELLOWSHIP
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
TRISTÁN MOOR, PERDICIÓN
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

THE FELLOWSHIP
Silas Cross: Impulso Letal

© 2026 Marta Claus
MC Copyright

Todos los derechos reservados.

Esta obra está protegida por las leyes de derechos de autor y por los tratados internacionales en materia de propiedad intelectual. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, así como su distribución, comunicación pública o transformación, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de la autora, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley.

Cualquier uso no autorizado de esta obra será perseguido conforme a la legislación vigente.

Primera edición: mayo de 2026

Publicado por MC Copyright
Obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, así como con hechos reales, es pura coincidencia.

THE FELLOWSHIP

IMPULSO LETAL

SILAS CROSS

MC

CAPÍTULO 1

El bisturí no me tembló en ningún momento entre los dedos, no era algo que tuviera que controlar de forma consciente ni algo que me exigiera un gran esfuerzo, era simplemente la forma en la que mi cuerpo respondía cuando todo lo demás estaba donde tenía que estar, como si la estabilidad fuera el estado natural y cualquier otra cosa fuera un fallo que había que corregir antes incluso de que llegara a existir del todo. Y mientras abría el plano con la exactitud que esperaba de mí mismo, con la luz blanca cayendo directa sobre mis manos y el sonido constante del monitor marcando un ritmo que no terminaba de gustarme, pensé —sin realmente pensarlo conscientemente— que aquello no iba bien desde el principio, no por la gravedad del caso, ni por la edad del paciente, ni siquiera por la presión que siempre había en el quirófano, sino porque había algo en la forma en la que se planteaba todo y que no encajaba, y cuando algo no encaja, rara vez era casualidad.

—Necesito succión aquí.

No levanté la vista al decirlo, ni cambié el tono, porque no hacía falta, y aun así hubo un segundo de retraso, uno solo, lo suficientemente pequeño como para que cualquiera lo ignorara pero lo suficientemente evidente como para que yo no lo hiciera, así que cuando finalmente sentí el instrumento en mi mano, ya había registrado el fallo, ya lo había colocado donde correspondía, junto al resto de pequeñas desviaciones que, por sí solas, no significaban nada, pero juntas empezaban a formar un patrón que no me gustaba.

—Estamos perdiendo tiempo con ese enfoque —dijo Marcos desde el otro lado de la mesa, con esa seguridad que no se había ganado del todo pero que utilizaba igualmente, como si repetir algo

con suficiente convicción lo convirtiera en correcto o le diera la razón.

No respondí de inmediato, porque no reaccionaba, evaluaba, y mientras lo hacía, mientras seguía trabajando sin alterar el ritmo ni la presión de cada movimiento, dejé que el silencio se asentara lo suficiente como para que su comentario no quedara como una simple observación sino como lo que realmente era, una interferencia.

—No —dije al final, con calma, como si estuviéramos hablando de algo que no tuviera consecuencias reales—, lo que estamos haciendo es evitar que esto se convierta en un problema mayor del que ya es.

Noté cómo el ambiente cambiaba ligeramente, cómo el equipo se ajustaba a ese cambio sin necesidad de que nadie lo dijera, porque todos sabían lo que significaba cuando yo corregía algo en voz alta, y aun así Marcos no se quedó callado, lo cual ya era, en sí mismo, otra señal para mí de que no podíamos operar juntos.

—Con todo el respeto, ese tejido no está respondiendo como esperas y estás alargando una intervención que podría resolverse más rápido si…

Esta vez lo interrumpí, no elevando la voz, ni cortándolo de forma brusca, sino entrando en el mismo espacio en el que él estaba intentando imponerse, pero desde un lugar completamente distinto.

—Si simplificamos, aumentamos el riesgo —dije, y entonces sí levanté la mirada lo justo para encontrar la suya—, y el riesgo no es una variable que yo acepte cuando la única razón para asumirlo es la prisa que tú pareces tener. Si has quedado a comer con alguien vete.

Hubo un segundo en el que pareció que iba a insistir, lo vi en cómo tensó la mandíbula, en cómo sus manos dudaron un instante antes de continuar, pero no lo hizo, y no porque estuviera de acuerdo, sino porque entendió —tarde, pero lo entendió— que esto no era una discusión en la que él pudiese ganar.

Y eso era lo que más me molestaba de situaciones como esa, no el desacuerdo en sí, sino la necesidad constante que tenía la

gente de opinar sin comprender del todo lo que estaban viendo, como si la medicina fuera una cuestión de criterio personal y no de decisiones exactas tomadas en el momento preciso.

Seguí trabajando sin añadir nada más, dejando que el único sonido fuera el instrumental y el monitor, pero ya no era igual, porque una vez alguien rompía el orden, aunque fuera de forma mínima, el resto del proceso dejaba de ser limpio, y tenía que compensarlo, tenía que ajustar cada pequeño detalle para asegurarme de que el resultado no se viera afectado por algo que nunca debería haber ocurrido.

Cuando terminé, cuando di el último punto y retiré las manos con la certeza de que no había margen de mejora en lo que acabábamos de hacer, me quité los guantes despacio, sintiendo cómo el látex se despegaba de la piel con esa resistencia leve que siempre estaba ahí, constante, predecible, y dejé que alguien más se encargara del cierre externo mientras me apartaba lo justo, no por cansancio, porque no lo estaba, sino porque mi parte ya estaba completa.

—Ha salido bien —dijo alguien, casi como si necesitara decirlo en voz alta para que fuera real.

Lo ignoré.

No porque no fuera cierto, sino porque bien no significaba nada. Eso era lo que siempre debería de ser.

Salí del quirófano sin prisa, lavándome las manos con la misma atención que había puesto en todo lo anterior, asegurándome de que no quedara rastro, de que todo volviera a un estado limpio, controlado, y cuando levanté la vista hacia el espejo, lo que vi fue lo de siempre, nada fuera de lugar, nada que llamara la atención, nada que indicara el tipo de decisiones que acababa de tomar hacía apenas unos minutos.

—Te has pasado —dijo Marcos cuando salió detrás de mí, con ese tono altivo que utilizaba la gente cuando no sabía muy bien si debía enfrentarse o no.

Cerré el grifo antes de responder, secándome las manos con calma, sin mirarlo todavía.

—No.

El silencio se alargó un poco más de lo necesario.

—No era necesario alargar tanto la intervención —insistió—, el resultado habría sido el mismo.

Entonces sí lo miré.

Directo.

Sin prisa.

—No —repetí, pero esta vez dejé que el peso de la palabra se sostuviera por sí solo—, el resultado ha sido este precisamente porque no he hecho lo que proponías. De haber acabado con esa prisa que tenías, seguramente tu tiempo ahorrado habría sido no extirpar el bazo del paciente, y te aseguro que mañana lo habríamos abierto de nuevo.

Vi cómo algo en su expresión cambiaba, no era aceptación, tampoco enfado del todo, más bien una incomodidad difícil de mostrar, como si no supiera si estaba discutiendo conmigo o con algo que no terminaba de entender él mismo.

—A veces hay más de una forma de hacer las cosas, Silas.

Asentí despacio, como si le estuviera dando la razón.

—Sí —dije—, pero no todas son correctas.

No añadí nada más.

No hacía falta.

Porque el problema no era esa operación, ni esa conversación, ni siquiera Marcos.

El problema era que la mayoría de la gente vivía convencida de que el margen de error era algo asumible, algo humano, algo inevitable.

Y yo no pensaba igual. El margen de error nunca había entrado en mis planes.

Cuando salí del hospital no sentí alivio, ni cansancio, ni esa especie de descarga que otros parecían necesitar después de una cirugía complicada, lo único que noté fue el cambio de ambiente, el paso de un espacio donde todo estaba controlado a otro donde la gente fingía que lo estaba, y mientras cruzaba el aparcamiento con las manos en los bolsillos y la cabeza todavía dando vueltas a cada

decisión que había tomado durante la intervención, repasando lo que había dicho Marcos, lo que había insinuado, la forma en la que había cuestionado algo que ni siquiera había entendido del todo, supe que no era la última vez que iba a tener ese tipo de fricción con él, porque ese tipo de gente siempre necesitaba insistir un poco más para convencerse de que tenían razón.

Nixon ya estaba esperándome apoyado en el coche, como siempre puntual, como siempre con esa apariencia de estar en su propio mundo incluso cuando estaba físicamente presente, mirando el móvil con el ceño ligeramente fruncido como si hubiera algo que no terminara de encajarle, lo cual, con él, podía significar cualquier cosa: desde una fórmula hasta una conversación.

—Tres minutos tarde —dijo sin levantar la vista.

—Dos —respondí.

No discutió eso, porque probablemente ya lo había recalculado en su cabeza antes de guardarse el móvil y mirarme por fin, evaluando, como hacía siempre, no solo lo que veía sino lo que había detrás, lo que no se decía pero él siempre veía.

—Has tenido un mal día.

No era una pregunta.

Abrí el coche y entré sin responder de inmediato, esperando a que él hiciera lo mismo antes de arrancar, dejando que el silencio se asentara lo justo como para que no pareciera una reacción impulsiva sino una elección.

—He tenido un día ineficiente —dije al final, mientras él se incorporaba al tráfico sin prisa—, que es peor.

—¿Paciente complicado o compañero inútil?

—Ambas —respondí—, pero el problema real ha sido el compañero.

Eso pareció interesarle más, lo noté en la forma en la que giró ligeramente la cabeza hacia mí, no del todo, solo lo justo.

—Desarrolla.

Exhalé despacio, no por necesidad sino por costumbre, organizando la frase antes de soltarla.

—Ha cuestionado una decisión en mitad de la intervención, sin tener toda la información, sin entender el contexto y, lo que es

más importante, sin asumir las consecuencias de lo que estaba proponiendo.

Nixon hizo un pequeño sonido, algo entre una risa y un gesto de reconocimiento.

—La gente tiene una obsesión curiosa con opinar sobre cosas que no dominan.

—La gente tiene una obsesión con simplificar —corregí—, creen que reducir variables mejora el resultado cuando en realidad solo aumenta el margen de error. El riesgo.

—Y tú odias el margen de error.

Lo miré un segundo.

—No lo odio —dije—, lo elimino porque no me gusta ni mencionarlo.

Eso le hizo sonreír, porque Nixon entendía ese tipo de cosas mejor que nadie, no desde la emoción, sino desde la lógica pura, desde ese lugar donde todo tenía que tener sentido o dejar de existir.

—¿Vas a tener problemas por eso?

—No —respondí sin dudar—, pero él sí.

No añadí nada más, porque no hacía falta, y Nixon tampoco preguntó, porque ya sabía cómo funcionaba eso, cómo funcionábamos todos en realidad, cada uno en su ámbito, cada uno aplicando las mismas reglas con herramientas distintas.

Condujo unos minutos más en silencio hasta que volvió a mirar el móvil, esta vez con un gesto distinto, menos concentrado, más… frustrado.

—Todo te va rodado —dijo de repente, como si la conversación hubiera seguido en su cabeza y yo simplemente me hubiera reincorporado tarde—, trabajo, reputación, control… si no fuera porque no follas, serías abusivamente irritante.

Giré la cabeza para mirarlo.

—Yo hace tres meses —añadió, levantando tres dedos como si fuera necesario enfatizarlo—, tres meses sin sexo, ¿te das cuenta de lo que eso significa a nivel fisiológico?

—Que estás empezando a dramatizar cosas irrelevantes como si fueras una mujer —respondí.

—Desde que me dejó no hago otra cosa que trabajar —insistió—, es estadísticamente improbable en mi caso follar a corto tiempo. No veo el momento nunca.

—Sabes que tiene solución ya mismo —dije—, sabes exactamente cómo hacerlo.

Nixon apoyó la cabeza en el reposacabezas, mirando al techo del coche brevemente como si estuviera reconsiderando decisiones vitales.

—Ya no me parece tan buena idea.

—¿El qué?

—Pagar por ello.

Hubo un segundo de silencio.

Lo miré otra vez, esta vez sin disimular.

—¿Desde cuándo?

Se encogió de hombros, incómodo de una forma que no era habitual en él.

—No lo sé, supongo que me estoy volviendo selectivo.

—Siempre has sido selectivo.

—No en ese sentido —negó—, me refiero a que quiero que haya algo más.

Lo observé unos segundos de más, intentando encajar esa información en la versión de Nixon que conocía, la que analizaba todo, la que no perdía el tiempo en decisiones innecesarias.

—¿Algo más?

—Sí —dijo, girando la cabeza hacia mí—, conexión, interés real, no sé tío una mujer que valga la pena.

No pude evitar soltar una risa breve, seca, más automática que divertida.

—Eso no es selectividad —dije—, eso es un error de planteamiento. Quieres amor de verdad, enamorarte, quieres estar jodido de por vida. Parece que The Fellowship no te ha enseñado nada en todos estos años.

—En ese aspecto prefiero improvisar que seguir las normas a raja tabla —replicó.

Negué levemente, volviendo la vista a la carretera.

—Estás complicando una necesidad básica. Te digo ya que solo te va a traer problemas.

—O tú la estás simplificando demasiado. Mira a Logan, no le va tan mal.

Eso sí me hizo mirarlo de nuevo, porque no era una crítica como tal, pero casi.

—Logan es un caso aparte, no compares.

—No todo tiene que ser funcional, Silas.

—Todo lo importante lo es.

Le miré un segundo más, como si estuviera valorando si seguir por ahí o no, y al final exhalé, dejándolo pasar.

—Yo voy a esperar —dijo—, a ver si aparece alguien que encaje conmigo.

Sonreí, esta vez un poco más claro.

—Eso es lo menos tú que te he oído decir en años.

—Puede.

—Lo es.

Hubo otro silencio.

—Entonces dime tú —añadió—, ¿cuál es tu brillante solución?

No tardé en responder.

—Desahógate donde siempre.

—He dicho que ya no me sirven.

—Entonces mejora el método —lo interrumpí, obligándole a girar el volante para cambiar de carril—, hay opciones mejores que esos sitios a los que íbamos.

Noté cómo me miraba, interesado otra vez.

—¿Mejores?

Asentí.

—Más discretas, más guapas, y sin desplazamientos tan largos e innecesarios.

Levantó una ceja.

—Explícate.

Lo miré un segundo antes de volver la vista al frente.

—Llamas —dije—, vienen a casa, eliges bien y te ahorras todo lo demás.

El silencio que siguió fue todo lo necesario para evaluar bien la opción.

Nixon siempre evaluaba todo.

—Eso suena considerablemente mejor.

—Lo es.

—Y tú hablas desde la experiencia, supongo.

No respondí.

No hacía falta.

Sonreí de lado.

—Interesante.

Asentí levemente.

—¿Entonces?

Se tomó un segundo más, como si estuviera traicionando su propia idea anterior.

Luego se encogió de hombros.

—Vale.

Giré ligeramente la cabeza hacia él.

—¿Vale?

—Vale —repitió—, pero si lo hacemos, lo hacemos bien.

Una sonrisa mínima tiró de la comisura de mis labios.

—No sé hacerlo de otra forma.

—Entonces —añadió, acomodándose en el asiento—, hoy cenamos, y luego vemos hasta qué punto tu método es tan eficiente como dices.

Negué levemente, metiendo una velocidad más.

—No lo ves —dije—, lo compruebas.

Y eso, para alguien como Nixon…

Siempre era suficiente.

No tardamos en decidirnos, porque con Nixon las cosas podían alargarse en teoría pero en la práctica siempre acababa resolviéndolo cuando encontraba una opción que le parecía lo suficientemente interesante como para justificar la acción, y esa noche, por lo visto, yo había conseguido venderle la eficiencia como argumento suficiente, lo cual ya decía bastante de en qué punto estaba.

El apartamento estaba exactamente como lo había dejado esa mañana, limpio, ordenado, sin nada fuera de lugar, sin rastro de vida más allá de lo estrictamente necesario, y mientras Nixon miraba alrededor con esa curiosidad analítica que nunca perdía, como si incluso el espacio pudiera darle información útil, yo ya estaba haciendo la llamada, sin rodeos, sin dudas, seleccionando como seleccionaba todo lo demás, con criterio, con precisión, sin margen para improvisaciones innecesarias.

—¿Siempre utilizas esta forma? —preguntó él, apoyándose contra la encimera.

—Siempre —respondí.

No añadí nada más, porque no había nada que decir.

Cuando llegaron, lo hicieron con la misma discreción que esperaba, sin escándalos, todo correcto, como si todo formara parte de un proceso bien diseñado, y desde el primer momento supe cuál era la mía, no por algo evidente, sino por una suma de pequeños detalles, la forma en la que se movía, en la que me miraba curiosa…

Eficiente me dije.

Eso era lo único que importaba.

Nixon se perdió con la suya en otra parte del apartamento casi de inmediato, cosa que me resultó casi divertido de observar, pero no le presté más atención de la necesaria, porque en cuanto me quedé a solas con ella, todo lo demás dejó de tener relevancia.

No era una cuestión de deseo descontrolado, nunca lo había sido, sino de enfoque, de dirigir la atención a un único punto y eliminar todo lo demás, como hacía en quirófano, como hacía en cualquier situación que requería concentración, y mientras la acercaba hacia mí sin prisa, marcando el ritmo desde el principio, sin necesidad de imponerlo de forma evidente, supe que aquello iba a desarrollarse exactamente como yo decidiera.

Siempre era así.

No había brusquedad, pero tampoco suavidad gratuita, no había espacio para dudas ni para gestos vacíos, solo una progresión clara, directa, en la que cada movimiento llevaba al siguiente sin interrupciones, sin preguntas, como si todo estuviera previamente establecido aunque no lo estuviera, y la forma en la que respondía,

en la que se adaptaba a ese ritmo sin intentar cambiarlo, solo confirmó que había elegido bien.

Y cuando la otra persona lo entendía sin necesidad de explicaciones, todo fluía de una forma casi perfecta, incluso en algo que, por definición, no lo era.

No pensé en nada más.

Ni en el hospital, ni en Marcos, ni en nada que no estuviera ahí, en ese momento, en esa secuencia concreta de acciones y reacciones que no dejaban espacio para distracciones, porque cuando hacía algo, lo hacía por completo, sin fragmentarme, sin dividir la atención.

Por eso funcionaba.

Por eso siempre funcionaba.

Y aun así…

Hubo un momento, breve, casi imperceptible, en el que algo no encajó del todo en mí.

Una mínima interferencia, como un pensamiento que intenta abrirse paso donde no debería, una sensación que no tenía relación directa con lo que estaba ocurriendo pero que aun así apareció, como si algo en segundo plano se hubiera activado sin permiso.

Lo traté de ignorar.

Como ignoraba todo lo que no era relevante.

Y no funcionó.

Siempre funcionaba pero en ese momento no y me detuve. Aparté a la mujer que saltaba sobre mí, ignoré el placer que me provocaba su coño húmedo apretando mi enorme polla. Hasta la visión de sus pechos era borrosa por culpa de la imagen que se me había clavado en la mente.

El teléfono vibró sobre la mesa y esa fue mi salvación. Había aprendido a aislarme de cualquier interrupción que no fuera crítica, y la mayoría no lo eran, la mayoría podían esperar, debían esperar.

Pero aquello no, y además me vino bien.

Supe de quien se trataba antes incluso de mirar. Solo había que saber la hora, eran cerca de las doce de la madrugada...

Me separé lo justo, cogiendo el teléfono sin prisa aparente pero sin ignorarlo ya, y en cuanto vi el número, supe que no era

opcional.

Hospital.

Urgencias.

Respondí.

—Cross.

No hicieron falta saludos.

—Necesitamos que vengas —dijeron al otro lado, directos, tensos—, no estás de guardia, lo sabemos, pero el caso es…

Mala señal.

—¿De qué se trata?

Miré al frente, sin ver realmente nada durante un segundo.

—¿Qué edad? —pregunté.

—Diez años… —repetí.

Me quedé en silencio unos segundos maldiciendo al creador.

—Silas, si no fuera urgente no te habría llamado, deberías ver esto por ti mismo.

Dije que me dieran minutos, no muchos, y colgué sin decir nada más. No hacía falta.

La mujer me miró, esperando algún tipo de explicación, algún gesto, algo que rompiera lo que acabábamos de empezar.

No se lo di.

—¿Tienes que irte? —dijo ella, sonó a más afirmación que pregunta.

Asentí una vez, ya completamente fuera de ese espacio, de ese momento, recolocando cada cosa en su sitio con la misma rapidez con la que lo hacía siempre.

—Sí.

Me vestí en silencio, sintiendo cómo todo volvía a su estado natural, como si lo anterior hubiera sido solo una pausa funcional y nada más, y cuando pasé por el salón, Nixon apareció ajustándose la camisa, con una expresión que era mitad satisfacción, mitad molestia por la interrupción.

—No me digas que te han llamado.

—Me voy —dije.

Frunció el ceño.

—¿Ahora?

—Ahora.
Me miró un segundo.
—Eso no puede ser buena señal.
—No lo es. Nunca lo es, ya sabes.
Cogí las llaves sin detenerme.
—Puedes quedarte un rato más, con las dos —añadí.
—Ya me contarás —respondió él.
Lo miré de reojo mientras abría la puerta.
—Lo haré.
Y salí.

CAPÍTULO 2

Llegué al hospital más rápido de lo que debería haber sido posible, pero no era la primera vez que lo hacía ni sería la última, y en cuanto crucé las puertas de urgencias ya estaba completamente dentro, sin rastro de lo anterior, sin distracciones, solo el foco en lo importante y concentrado, la concentración que siempre aparecía cuando algo requería que funcionara al cien por cien.

—Doctor Cross.

No tuve que buscarla, vino directamente hacia mí, casi trotando para igualar el ritmo de mis pasos mientras yo avanzaba por el pasillo sin reducir la velocidad, y en cuanto empezó a hablar lo hizo como debía hacerse en esos casos, sin adornos, sin pausas innecesarias, soltando la información en bruto para que yo la escuchara.

—Varón, doce años, síncope en domicilio según refiere la madre, traslado por medios propios, a su llegada a urgencias presenta pérdida de consciencia con recuperación espontánea inicial, pero ha entrado en parada cardiorrespiratoria dos veces aquí mismo, ritmo inicial fibrilación ventricular, se ha desfibrilado con respuesta, pero…

—¿Marcadores? —interrumpí, girando por el pasillo sin mirarla, pero absorbiendo cada palabra.

—Troponinas elevadas, muy por encima de rango para su edad, enzimas cardíacas disparadas, sospecha de evento isquémico previo no diagnosticado.

Fruncí el ceño.

—¿Un infarto?

—Es lo que parece, sí.

Seguí caminando, más rápido.

—¿Antecedentes?

—Ninguno registrado, madre niega patología previa, pero la información es limitada.

—¿Estado actual?

—Inestable, riesgo alto de nueva parada, el equipo está preparando quirófano, pero…

Ahí dudó.

Solo un segundo.

Pero para mí fue suficiente.

Giré la cabeza ligeramente hacia ella por primera vez.

—Pero qué.

Tragó saliva, sin dejar de moverse.

—Hay una complicación.

—Siempre la hay cuando me llamáis —respondí, seco—, especifica.

—La madre ha informado de que pertenecen a una secta religiosa y —hizo una pausa mínima, como si ni siquiera ella quisiera decirlo— rechazan cualquier transfusión sanguínea bajo cualquier circunstancia.

Me detuve en seco.

Ella dio un paso más antes de darse cuenta y girarse hacia mí.

—¿Qué has dicho?

—Que no autorizan transfusiones, doctor.

Solté una risa breve, incrédula, completamente fuera de lugar en ese contexto.

—Venga ya.

Negué, pasando una mano por mi cara antes de seguir avanzando otra vez, incluso más rápido.

—Estamos de broma, ¿no? —añadí, esta vez mirándola directamente—, ¿quién pretende operar a un niño de doce años sin posibilidad de transfusión?

Ella no respondió.

Mala señal.

—Deja de decir estupideces —continué, el tono mío era más duro ahora— y aparta eso del camino, ese niño me está esperando.

—Doctor.

—No.

No iba a discutir eso en un pasillo.

No iba ni a contemplarlo.

No tenía sentido.

No era una variable aceptable.

—Doctor —insistió, y esta vez me agarró del antebrazo, obligándome a frenar—, la madre ha amenazado con denunciar al hospital si se administra sangre.

Eso sí me paró.

No físicamente. Pero algo en mi cabeza hizo un ajuste brusco, como si dos piezas que no deberían coexistir acabaran de chocar.

La miré y durante un segundo no hubo respuesta automática, no hubo solución inmediata, no hubo ese proceso limpio en el que todo lo resolvía de manera rápida.

Solo un vacío.

Giré la cabeza hacia uno de los médicos que salía del área de quirófanos.

—Prepara al niño —le dije, sin margen a dudas—, acceso central, monitorización completa, todo listo para entrar en cuanto vuelva.

—¿Vuelvas? —preguntó, confundido.

No respondí. Ya me estaba moviendo.

Porque si había algo que podía bloquear una intervención, algo que podía convertir un procedimiento necesario en un problema legal, no estaba en el quirófano. Estaba fuera, en la sala de espera, y esa era la madre.

La encontré antes de que nadie tuviera que señalarla.

Sentada, pero tensa, demasiado quieta para alguien que acababa de traer a su hijo inconsciente, con las manos entrelazadas con una fuerza que no correspondía a la imagen que intentaba dar, y cuando levantó la vista hacia mí, fue como si el resto del espacio desapareciera durante un segundo.

No por lo que era.

Sino porque la reconocí al instante.

Y aquella imagen frente a mí fue como el mayor de los golpes en el estómago recibidos jamás. El desastre y el regalo, todo junto.

Ella no debería de estar allí, Sasha Grey, la maldita Sasha Grey. La desaparecida Sasha Grey.

No podía ser

Me quedé quieto un segundo de más, lo suficiente para que algo dentro de mí se dañase de una forma que no me gustó en absoluto, porque no tenía nada que ver con medicina, ni con el niño, ni con la urgencia.

Tenía que ver con ella.

—Usted —dije al fin, avanzando hacia ella— es la madre.

Sonó como lo que era, una acusación.

Y en el momento en que estuvimos frente a frente supe que aquello no iba a ser sencillo.

—¿Silas?

Ella pronunció mi nombre como si no me ubicase en ese lugar, como si no encajara en ese pasillo lleno de ruido, luces blancas y sensación de urgencia por todas partes, como si fuera algo sacado de otro tiempo que no tenía derecho a aparecer ahí, y durante un segundo sentí cómo algo me apretaba desde dentro de mi cuerpo de una forma incómoda, algo se salió del sitio, pero no lo suficiente como para detenerme.

—¿Silas?

No respondí.

Seguí avanzando hasta quedarme frente a ella, lo bastante cerca como para invadir su espacio, lo bastante seguro de mí mismo como para no parecer impulsivo, aunque todo en esa situación empezaba a tener más tensión de lo que me gustaba.

—¿Qué haces aquí? —dijo ella entonces, más fría—. ¿Quién te ha dicho que vengas?

La miré un segundo, evaluando no la pregunta, sino la forma en la que la hacía, la distancia que estaba intentando marcar, el control que estaba intentando recuperar. Y di por supuesto que no imaginaba quien era yo en ese hospital.

—Soy el cirujano que va a operar a tu hijo.

No suavicé la frase, porque no había motivo para hacerlo.

Vi cómo algo cruzaba su mirada, rápido, casi imperceptible, pero no era alivio, quizá miedo. Algo que no parecía pertenecer a una madre angustiada.

Asintió despacio, como si estuviera procesando la información desde un lugar completamente distinto al que debería.

—Entonces escucha bien —dijo, y su voz no vaciló—, no quiero que le suministren sangre bajo ningún concepto.

La miré. Como si estuviera intentando entender qué parte de todo aquello no estaba entendiendo.

—¿Eres consciente —dije despacio, midiendo cada palabra, aunque la tensión ya estaba ahí, subiendo— de que tu hijo se está debatiendo ahora mismo entre la vida y la muerte?

No apartó la mirada ni un segundo de mis ojos.

—Si es lo que quiere el Creador, que así sea.

Algo en mi pecho me golpeó con tanta fuerza que sentí nauseas.

—¿Qué estás diciendo?

—Que si su vida depende de cometer el pecado de la sangre —continuó, con esa calma que empezaba a resultar insoportable— no quiero que eso suceda, porque de ese modo no heredará el reino de los cielos.

La miré.

Y por primera vez desde que había llegado…

Perdí el control, no por mis actos, pero ya no pude contener mi lengua.

—Estás más loca de lo que me temía —solté, la rabia atravesando cada palabra sin ningún intento de disimularla—. Haré lo que haga falta para salvar su vida.

Me giré.

Ya estaba decidido.

No iba a perder más tiempo en algo que no tenía sentido, en una conversación que no debía existir mientras un niño se moría a unos metros de distancia.

Pero no llegué a dar el siguiente paso. Porque me agarró.

Su mano se cerró alrededor de mi antebrazo más fuerte de lo que esperaba, deteniéndome en seco de una forma que no fue solo

física.

Y en el momento en que su piel tocó la mía mi mundo se derrumbó.

Fue una sensación extraña..

Un recuerdo que no llegó como imagen, sino como algo más profundo, más corporal, como si mi propia piel recordara antes que mi cabeza, como si hubiera algo grabado ahí que no necesitaba permiso para reaparecer.

Calor.

Cercanía.

Una forma concreta de tocar que no era nueva.

Me quedé quieto.

Mirando su mano sobre mí como si no terminara de encajar en el presente.

Y entonces levanté la vista despacio, buscando su cara. Buscando algo que confirmara lo que mi cabeza todavía no quería procesar.

Porque aquello no era solo una madre desesperada y quizá confundida, no era solo un problema médico. No era solo la mujer a la que ya conocía. Era algo más. Algo que no debería volver.

Algo que, yo ya había tenido en mis manos antes y desapareció un día.

No me solté de su mano de inmediato, quizá pasaron más de sesenta segundos antes de que lograse hacerlo, no porque no pudiera, sino porque durante esos segundos en los que el contacto se mantuvo, mi cabeza dejó de priorizar lo que debía, lo cual no era aceptable, no en ese momento, no con un niño en posible parada a unos metros de distancia, así que fui yo quien rompió el contacto, sin brusquedad pero con intención, apartándome lo justo para recuperar espacio, para volver a colocar cada pensamiento en su sitio antes de que aquello escalara a algo que no podía permitirme.

No dije nada más porque no había nada que pudiera decirle que cambiara el resultado inmediato.

Me giré y me alejé sin mirar atrás, porque si lo hacía sabía que iba a perder segundos, y los segundos, en ese caso, eran una variable crítica.

Pero no fui directamente a quirófano.

Saqué el móvil mientras caminaba, entrando en uno de los pasillos laterales donde el ruido era menor, donde podía pensar sin interrupciones externas, aunque lo que tenía delante no era una cuestión médica, no del todo, era otra cosa, algo que no se resolvía con técnica ni con conocimientos, algo que requería otro tipo de validación.

Abrí el grupo.

Cinco nombres.

Siempre los mismos.

Siempre activos para cada uno de nosotros: The Fellowship.


TF
TF

CAPÍTULO 3

No saludé, allí eso nunca se hacía.

Yo: *Necesito respuesta inmediata. Menor. 12 años. Parada previa x2. Cirugía urgente. Alta probabilidad de necesitar transfusión. Madre se niega por motivos religiosos. Si opero y transfundo sin consentimiento, ¿consecuencias?*

No pasaron ni tres segundos cuando obtuve respuesta.

Nixon: *Finalmente follas y te metes en problemas legales, impresionante progresión.*

Ignoré eso.

Tristán: *Jurídicamente delicado, pero no imposible. Si es riesgo vital inminente, puedes actuar bajo estado de necesidad. Especialmente siendo menor.*

Logan: *Traducción: haz lo que te dé la gana si puedes justificar que se moría sin intervención.*

Gideon: *No lo simplifiques.*

Hubo una pausa breve.
Luego otro mensaje.

Gideon: *Si el menor está en peligro inmediato de muerte y no hay alternativas terapéuticas equivalentes, la negativa de los padres puede ser ignorada judicialmente. El problema es el tiempo. ¿Puedes esperar autorización de un juzgado de guardia?*

Miré la pantalla.
No había más tiempo.

Yo: *No hay tiempo.*

Tres puntos aparecieron de nuevo, alguno escribía.

Logan: *Pues entonces ni te lo plantees.*

Tristán: *Coincido. Actúa. Lo importante es documentar absolutamente todo después.*

Nixon: *Pregunta importante: ¿por qué se niega?*

Exhalé despacio.
Yo: *Secta religiosa. Prohibición de sangre.*

Tardaron menos esta vez.

Logan: *Ah, perfecto, ya están los testigos de Jehová tocando las pelotas otra vez.*

Tristán: *No necesariamente son ellos, hay más grupos con restricciones similares.*

Logan: *Me da igual el nombre, el resultado es el mismo: decisiones absurdas que ponen en riesgo a terceros.*

Nixon: *No es absurdo desde dentro del sistema de creencias, es coherente con su marco doctrinal.*

Logan: *Claro, súper coherente dejar morir a tu hijo.*

Gideon: *Basta.*

Gideon puso silencio.

Gideon: *No estamos aquí para juzgar la creencia, sino la acción. Y la acción es impedir un tratamiento potencialmente vital a un menor. Eso, jurídicamente, tiene límites.*

Tristán: *Exacto. La patria potestad no es absoluta.*

Logan: *Traducción legal elegante para: esa mujer no puede decidir eso.*

Nixon: *Interesante cómo nos molesta cuando la secta es otra.*

Leí eso dos veces.

Logan: *No empieces.*

Nixon: *Solo digo que si alguien externo analizara nuestras dinámicas, probablemente diría lo mismo sobre nuestra organización.*

Tristán: *No es comparable.*

Nixon: *Todo es comparable si reduces suficientes variables, como bien diría nuestro Silas.*

Logan: *Me cago en la madre que parió a todas las putas sectas, en serio.*

Gideon: *Céntrense.*

Levanté la vista un segundo del móvil, el ruido del hospital volviendo a apoderarse de mi mente, recordándome que esto no era un debate teórico.

Era una urgencia real.

Volví a escribir.

Yo: *Necesito una respuesta clara. ¿Opero y transfundo?*

Tristán: *Sí.*

Logan: *Sí.*

Gideon: *Sí. Y asegúrate de que quede constancia de que era la única opción viable.*

Nixon: *Sí.*

Sostuve el móvil un segundo más.

Silas: *Entendido.*

No esperé respuesta. Guardé el móvil y volví a moverme, más rápido ahora, con todo colocado otra vez en su sitio, con la decisión tomada, cerrada, sin margen para reconsideraciones, porque una vez que algo encajaba, no había motivo para seguir cuestionándolo.

Iba a operar.

Iba a hacer lo necesario.

Y si eso implicaba cruzar la línea que esa mujer había marcado, entonces la línea estaba mal colocada.

Porque al final no todas las decisiones merecen ser respetadas. Algunas bajo mi punto de vista solo necesitan ser corregidas.


TF
TF

CAPÍTULO 4

Entré en quirófano sin detenerme, sin mirar a nadie,. Mis ojos enfocaban justo a lo importante, con todo ya decidido antes incluso de lavarme las manos, porque no había espacio para dudas ni para replanteamientos, no después de lo que había visto, no después de lo que había escuchado, y mientras el agua corría sobre mis manos y repasaba mentalmente cada paso que iba a dar, cada posible complicación, cada escenario que podía presentarse, supe que aquello no iba a ser una intervención cualquiera.

Nada en ese caso lo era.

—Estado —pregunté al entrar, ya con la bata puesta, los guantes ajustándose a mis manos como una extensión natural de mi ser.

—Inestable —respondió el anestesista—, tensión baja, ritmo irregular, estamos manteniéndolo, pero no aguantará mucho más.

Asentí despacio.

Miré el rostro de aquel niño, solo tenía doce años. Era demasiado pequeño, demasiado frágil para el desastre que tenía dentro.

—Vamos —dije, colocándome.

El primer corte fue limpio, preciso, como siempre, atravesando piel y tejido con la seguridad de siempre, porque cuando estaba allí no necesitaba comprobar dos veces nada porque ya lo había hecho mil en mi cabeza antes de ejecutar, y durante los primeros minutos todo siguió el patrón esperado, complicado pero controlable dentro de lo asumible.

Hasta que dejó de estarlo.

—Doctor…

No levanté la vista.

—Habla.

—Ritmo cayendo.

El pitido cambió.

Ese sonido que no necesitaba traducción me decía que nada estaba yendo bien.

—Se nos va —añadió anestesia, más nervioso ahora.

—No —respondí—, no se va a ninguna parte.

Pero el monitor no opinaba lo mismo.

La línea se descompuso, se volvió irregular. Caótica.

Y entonces, entró en parada.

Hubo un silencio durante un segundo que me erizó la piel bajo la bata.

—Masaje —ordené—. Carga.

Todo se movió a la vez, como debía, manos posicionándose, desfibrilador listo, voces cruzándose en un orden que solo parecía caos para quien no lo entendía.

—Listo.

—Descarga.

El cuerpo del niño se volvió rígido sobre la mesa.

Nada.

—Otra vez.

—Cargando.

—Fuera. Descarga.

Un segundo de espera, dos, y de nuevo el monitor respondió como se esperaba.

Débil, pero volvió.

—Seguimos —dije, sin cambiar el tono, aunque el sudor ya empezaba a notarse en la base de mi cuello, porque la presión había subido varios niveles en cuestión de segundos.

Abrí más, accedí más profundo, buscando el origen real del problema, porque aquello no era solo una complicación puntual, era estructural, algo que llevaba tiempo gestándose y que ahora había explotado de la peor forma posible.

—Está perdiendo mucha sangre —avisó alguien.

Era una realidad, estaba ocurriendo mucho antes de lo normal.

Y cada segundo que pasaba, era mayor la perdida.

—Necesito control aquí —dije, señalando sin apartar la vista.

—Silas —dijo Marcos, al otro lado—, esto se nos está yendo de las manos…

—Lo sé —le corté—, y por eso me esfuerzo en controlarlo.

—No puedes…

—Cállate.

No fue una petición, para mí había sido una puta orden, pero él no se calló.

—No tenemos autorización para transfundir —insistió, más alto ahora—, si hacemos eso sin consentimiento nos metemos en un problema enorme.

Seguí trabajando, pero ya no era solo salvar al paciente lo que tenía en mi mente. Ahora también estaba el tocapelotas de Marcos.

—Silas, escúchame.

Y entonces lo miré. Directo.

—Te he dicho que te calles.

No lo hizo.

Error.

—Esto no es solo tu decisión, hay un protocolo y…

No pensé en nada, ni lo analicé.

Simplemente reaccioné.

El codazo fue rápido, directo a la nariz, lo suficiente para que retrocediera, para que el impacto cortara de golpe lo que estaba diciendo, para que el mensaje quedara claro sin necesidad de repetirlo.

—Si vuelves a abrir la boca —dije, sin levantar la voz, volviendo a coger las pinzas, como si nada hubiera pasado—, te saco de mi quirófano. Y ten por seguro que si me es posible, si mi paciente no corre riesgo, te sacaré a patadas yo mismo.

Nadie dijo nada, nadie susurró, y todo volvió a la normalidad en silencio. Forzado, pero necesario.

—Sangre —dije entonces.

Esta vez no hubo interrupciones.

—Doctor… —empezó alguien.

—Cuatro bolsas —añadí—. Ahora.

—No hay consentimiento —dijo otra voz, más baja, más insegura.

Marcos había sembrado la duda, y ahora todos tenían miedo.

—¿Lo hay para que se muera? Respondedme, ¿hay consentimiento para que su corazón dejé de bombear esa sangre que no tiene y estoy pidiendo? —pregunté.

Nadie respondió.

—Cuatro bolsas —repetí.

Y esta vez se movieron.

Porque todos lo sabían, porque todos lo estaban viendo. No había otra opción.

La transfusión empezó mientras yo seguía trabajando, ajustando cada paso, cada decisión, compensando lo que el cuerpo del niño ya no podía realizar por sí mismo, y poco a poco, muy poco a poco, el caos fue desapareciendo, el ritmo a estabilizarse, la presión a responder, el sangrado a controlarse dentro de lo aceptable.

Cuando terminé, cuando di el último punto y retiré las manos, lo hice con la certeza de que no había más que hacer ahí dentro, de que había llegado al límite de mis conocimientos.

—Estado —pregunté.

—Estable —respondió anestesia, con ese tono que indicaba que aún no era definitivo, pero que estábamos fuera del punto crítico.

Asentí. Eso bastaba.

—A recuperación —ordené.

Me quité los guantes despacio, sintiendo el peso acumulado en los hombros, como si el cuerpo empezara a soltar lo que había estado ocultando durante toda la intervención.

—Doctor… —dijo alguien.

Levanté la mano.

—Nadie habla con la familia.

Miré a cada uno de ellos.

—Nadie —repetí—. Lo haré yo.

No hubo discusión, además después de lo que acababan de ver, de cómo me las gastaba, nadie se iba a atrever a desobedecerme.

Salí del quirófano sin prisa aparente, pero con todo ya en marcha en mi cabeza, con cada palabra que quería decir, cada posible reacción de ella, porque lo que venía ahora no era más sencillo.

Era distinto.

Y cuando se trataba de Sasha… nada iba a ser sencillo.

La vi antes de entrar del todo a la sala de espera.

No solo a ella, a todos los que había con ella.

El lugar estaba lleno de gente que no pertenecía a ese lugar, no de la forma habitual, no como familiares dispersos o individuos aislados esperando noticias, sino como un grupo organizado, ocupando el espacio con una presencia que no era la habitual, algunos sentados con la cabeza inclinada en oración, otros de pie, hablando en voz baja, y varios con bíblias abiertas o revistas en las manos, pasándolas de unos a otros como si aquello fuera su rutina, como si el hospital fuera solo otro escenario donde seguir haciendo lo mismo.

Los había visto antes por la calle. Sabía exactamente lo que eran. No necesitaban presentación.

Y eso hizo que todo encajara aún menos de lo que ya lo hacía.

Me acerqué con tranquilidad, sin mostrar reacción alguna, dejando que mi presencia hiciera lo que siempre hacía, abrir espacio sin necesidad de pedirlo.

—Familia del paciente Noah, de doce años —dije, sin elevar la voz pero lo suficiente para que todos escucharan.

El efecto fue inmediato.

Ella se levantó rápido. Y junto a ella, un hombre mayor, recto, con una expresión alegre que no correspondía a la situación, era como si todo allí estuviese bien, como si la preocupación no existiera.

Los miré a ambos.

Evaluando.

—¿Son familiares?

No era una cortesía.

Era un filtro.

Ella respondió antes.

—Es un amigo de la familia.

El hombre no dijo nada, pero su postura cambió lo justo como para confirmar lo que ya sospechaba, no era un acompañante cualquiera, no estaba ahí por apoyo emocional, estaba ahí por algo más.

Control.

Era el hombre que probablemente controlaba a toda la congregación.

Reconocí al instante ese tipo de personas.

Había visto ese tipo de figuras antes.

En otro contexto, en otro entorno, pero el mecanismo era el mismo.

—Hablaré solo con la madre —dije, mirándolo directamente—, después ella podrá trasladarle la información.

El cambio fue inmediato.

—Eso no es aceptable —intervino el hombre, dando un paso al frente—, estoy aquí para conocer de primera mano lo que ha ocurrido en ese quirófano…

—No —lo corté, sin subir el tono, pero sin dejar espacio a réplica—, no ha venido a eso, y usted y yo lo sabemos.

El murmullo alrededor creció ligeramente, como una reacción en cadena, como si el grupo entero percibiera la tensión y respondiera de forma automática.

—Tengo derecho a estar presente —insistió él, ahora más alto—, este niño forma parte de nuestra comunidad y…

Lo miré con calma.

—¿De verdad le importa cómo está el paciente —pregunté, despacio— o solo ha venido a comprobar si su alma heredará el paraíso?

El silencio que siguió fue cortante. No por mi pregunta, sino porque él no tenía respuesta. No esperé.

Me giré hacia ella.

Solo hacia ella.

—Tu hijo está vivo —dije.

Vi cómo algo se relajaba en su rostro.

—Va a pasar la noche bajo observación intensiva, mañana a las nueve podrás verlo unos minutos y después será trasladado a la UCI infantil, a partir de ahí podrás visitarlo todos los días y te irán informando de su evolución.

No hubo agradecimiento.

Solo esa misma mirada rígida que no terminaba de encajar con lo que acababa de escuchar.

La miré un poco más.

—Por cierto —añadí—, ¿nunca se le detectó ninguna anomalía de pequeño? Estoy convencido de que esto era algo que ya existía en él.

Frunció levemente el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Es poco habitual que un cuadro así aparezca a esta edad sin antecedentes previos —continué—, ¿hay historial familiar? ¿Algún problema cardíaco en el padre?

Negó.

—No.

La observé un segundo más, como si la respuesta no terminara de convencerme, como si hubiera algo que no estaba diciendo o que ni siquiera sabía que debía decir.

—Quiero verlo —insistió entonces.

—Te avisarán para que puedas verlo a través del cristal —respondí—, al menos hasta mañana, está muy débil debe descansar.

No me respondió.

—Buenas noches.

No añadí nada más.

Y entonces a lo lejos la voz de un hombre, la misma que antes, resonó.

—¿Le han puesto sangre?

La voz fue clara, alta, lo suficiente para que todos la escucharan, lo suficiente para convertirlo en una declaración más

que en una pregunta.

Detuve mi paso, giré la cabeza lo justo para mirarlo, y no respondí.

Después, seguí caminando.

CAPÍTULO 5

Salí del hospital con la sensación de que el día no había terminado, no porque me quedara algo pendiente dentro que hacer, sino porque todo lo que había pasado no se iba a quedar ahí, no con una decisión como la que había tomado, no con el tipo de gente con la que acababa de tratar, y mientras cruzaba las puertas automáticas y el aire frío de la noche me golpeaba la cara sin conseguir realmente bajarme el pulso, vi el coche antes de fijarme en la mujer.

Y después, de manera inmediata, a la policía.

Dos agentes esperando, que parecían empezar a caminar en dirección a mí nada más verme, aquello no podía ser casualidad.

Reducí el paso lo justo, sin detenerme, evaluando en silencio mientras uno de ellos se adelantaba con esa seguridad que utilizan cuando ya saben exactamente a quién buscan y además lo han encontrado.

—¿Doctor Silas Cross?

Asentí una vez.

—Sí.

El otro sacó una carpeta, abriéndola con una calma que contrastaba con la urgencia que todavía llevaba yo encima.

—Necesitamos notificarle formalmente una denuncia interpuesta contra usted y el hospital.

Solo pude que preguntar.

—¿Motivo?

—Intervención médica sin consentimiento expreso de los tutores legales del menor —respondió—, concretamente por la administración de transfusión sanguínea en contra de las creencias religiosas manifestadas con anterioridad.

Ahí estaba, más rápido de lo esperado.

—Entiendo —dije.

Y lo entendía perfectamente.

Me tendió los papeles.

—Queda usted informado de que se abre un procedimiento, se le requerirá declaración en los próximos días.

Lo cogí sin mirarlos.

—¿Algo más?

—Por ahora, no.

Asentí levemente.

—Buenas noches.

—Buenas noches, doctor.

Se apartaron dejándome de nuevo el paso abierto.

Me quedé un segundo más allí, con el papel en la mano, sin leerlo, sin necesidad de hacerlo para saber exactamente lo que ponía, y fue entonces cuando el móvil vibró.

Miré la pantalla. Era el grupo. Abrí el chat

.

Logan: *Dime que has hecho lo que creo que has hecho.*

Tristán: *Amigo, te van a dar por culo durante un tiempo. Me han soplado que alguien ha puesto una denuncia al hospital y a un cirujano. Intuyo que ese eres tú.*

Nixon: *¿Paciente vivo?*

No respondí de inmediato.

Leí todo primero.

Gideon: *Contesta, cabrón.*

Exhalé despacio antes de escribir.

Yo: *Paciente estable. Recuperándose en la UCI. Transfusión realizada.*

No tardaron ni un segundo.

Logan: *JA. Sabía que podías hacerlo. Felicidades por salvar otra vida.*

Tristán: *Enhorabuena, pero ahora prepárate para lo que viene, y no dejes de pensar que era la única opción viable.*

Logan: *Menudos retrasados los de la puta secta.*

Nixon: *¿Cantidad?*

Yo: *Cuatro bolsas.*

Nixon: *¿Era necesario que fuesen tantas?*

Yo: *Sí.*

Gideon: *Hiciste lo correcto, no dejes que el capullo este te haga replanteártelo.*

Yo: *Ya tengo la notificación. Aún no la he leído.*

Tristán: *¿Te han notificado ya?*

Miré el papel en mi mano.

Yo: *Sí.*

Logan: *Joder, qué rapidez.*

Tristán: *Eso significa que alguien estaba preparado para hacerlo.*

Nixon: *O que no es la primera vez que gestionan algo así.*

Logan: *O que tienen a medio bufete listo para denunciar en cuanto alguien respira más de la cuenta.*

Gideon: *Ya vale..*

Gideon: *Silas, necesito que respondas con precisión. ¿Documentaste todo? Necesito que tengas claro que tus recuerdos son necesarios. Y que no hubiese nadie en ese quirófano que piense que transfundir al paciente no era estrictamente necesario.*

Yo: *Sí. Bueno, está Marcos. Tuve que darle un codazo en la cara para que se callase de una vez. Él no lo vio necesario, o sí pero*

estaba acojonado por la demanda, no lo tengo del todo claro.

Tristán: *¿Marcos Stuart, aún sigue ahí? Puto lameculos. ¿Ese no fue quien se dejó en dos ocasiones gasas dentro de los pacientes?*

Yo: *Sí.*

Logan: *¿Has recogido tus cosas?*

Yo: *¿Mis cosas?*

Se hizo un silencio largo esta vez, nadie escribió.

Gideon: *Abre el sobre, lee la carta.*

Gideon solo dijo eso, pero en él significaba mucho. Asi que lo hice.

Abrí el sobre, y comencé a leer…

NOTIFICACIÓN FORMAL DE INTERPOSICIÓN DE DENUNCIA Y MEDIDAS CAUTELARES

Fecha: 21/03/2026
Destinatario: Dr. Silas Cross
N.º de colegiado: 02565999
Centro: Memorial Street Hospital

Por medio de la presente, se le comunica formalmente que ha sido interpuesta una **denuncia por presunta negligencia médica** contra su persona y contra la entidad **Memorial Street Hospital**, en relación con la atención prestada a un paciente menor de edad (12 años) intervenido quirúrgicamente bajo su responsabilidad directa.

La presente denuncia ha sido promovida por representantes legales vinculados a la organización religiosa **Testigos de Jehová**, en defensa de los derechos del menor y de su tutora legal.

HECHOS OBJETO DE DENUNCIA

Según consta en el escrito presentado:

- Se llevó a cabo una **intervención quirúrgica urgente** sin consentimiento válido para determinados procedimientos.
- Durante la misma, se procedió a la **administración de transfusiones sanguíneas**, a pesar de la **negativa expresa, reiterada y documentada de la madre del menor**, fundamentada en sus convicciones religiosas.
- Se considera que dicha actuación vulnera el derecho fundamental a la libertad religiosa, así como el principio de autonomía del paciente y su representante legal.

CALIFICACIÓN PRELIMINAR

Los hechos podrían constituir:

- **Presunta negligencia médica**

- **Actuación sanitaria sin consentimiento informado válido**
- Posible vulneración de derechos fundamentales

Sin perjuicio de la valoración definitiva por las autoridades competentes.

MEDIDAS CAUTELARES ADOPTADAS POR EL CENTRO

En atención a la gravedad de los hechos, el **Memorial Stre et Hospital** ha dispuesto:

1. **Suspensión inmediata de la actividad quirúrgica** del Dr. Silas Cross.
2. **Prohibición de acceso a quirófanos y áreas críticas**.
3. **Restricción de contacto con el paciente y sus familiares**.
4. Limitación de presencia en el centro salvo requerimiento formal.

REQUERIMIENTOS

Se le insta a:

- Comparecer en un plazo máximo de **72 horas** ante el Comité Médico y Legal del centro.
- Presentar informe detallado de la intervención realizada.
- Abstenerse de realizar cualquier tipo de declaración sobre el caso mientras el procedimiento esté en curso.

ADVERTENCIA

La continuación de actuaciones contrarias a las medidas impuestas podrá derivar en responsabilidades disciplinarias, civiles o penales.

Entidad denunciante:
Watch Tower Bible and Tract Society of New York, Inc.
(Organización representativa de los Testigos de Jehová)

Dirección:

Columbia Heights
Brooklyn, NY 11201
Estados Unidos

Representante legal:
[Nombre del representante]

Firma: _____

Se expide la presente a los efectos legales oportunos.

Logan: *¿Qué dice?*

Tristán: *Di algo, colega.*

Logan: *¿Estás ahí o qué?*

Nixon: *¿Por cierto la madre es una loca o se le ve normal?*

Me quedé mirando esa pregunta un segundo más de lo necesario. Y entre lo que tenía entre mis manos, y responder a aquello…

Silas: *La madre es alguien que no esperaba ver jamás de nuevo.*

Logan: *¿Conoces a la madre de la criatura?*

Tristán: *Joder, esto se pone interesante.*

Nixon: *Tío, dispara que nos tienes en ascuas.*

Gideon: *Silas.*

Levanté la vista un segundo, el papel todavía estaba en mi mano

Volví a mirar la pantalla.

Silas: *Sí la conozco. Es Sasha.*

Logan: *Hostia.*

Tristán: *Joder, eso complica las cosas.*

Nixon: *¿Sasha, la Sasha que…*

Gideon: *DETENER ESTA CONVERSACIÓN YA*

Gideon estuvo atento y rápido.

Cerré el chat sin añadir nada más, guardando el móvil mientras doblaba el papel y lo metía en el bolsillo de la chaqueta, porque no necesitaba verlo más tiempo para saber que aquello iba a alargarse, que no iba a resolverse rápido.

—¿Todo bien?

La voz me hizo levantar la vista.

La mujer que había visto nada más salir del hospital seguía allí, apoyada en el coche, observándome con ese interés que no encajaba con la escena anterior, como si yo acabara de salir de un día normal y no de lo que realmente había sido.

La miré y respondí.

—Sí —Mentí.

Abrí el coche y la invité a subir.

—¿Subes?

No preguntó nada, simplemente subió. Aquel fue mi regalo caído del cielo aquella noche. Lo interpreté así, mi premio por haber salvado a aquel niño.

Y mientras arrancaba, mientras dejaba atrás el hospital, la denuncia, la sala de espera, y todo lo que había pasado allí dentro, sabía que esto era una especie de paréntesis para lo que se me venía encima.

CAPÍTULO 6

No había recorrido ni dos calles cuando empezó a moverse en el asiento.

No fue sutil ni progresivo, fue directa.

Su mano se deslizó sobre mi muslo como si no necesitara permiso para hacerlo, y la verdad es que no lo necesitaba. Fue como si entendiera perfectamente cuál era su función ahí, cuál era el motivo por el que estaba en ese coche conmigo, y no la detuve, no porque no pudiera, sino porque en ese momento no había razón para hacerlo, porque el día que llevaba encima no se apagaba solo, no se disipaba con silencio ni con distancia.

Se descargaba.

—No pierdes el tiempo —dije, sin apartar la vista de la carretera.

—Tú tampoco, parece que lo estabas deseando —respondió ella, acercándose más, invadiendo espacio como si lo tuviera medido.

Noté cómo su mano se movía con más decisión, cómo buscaba reacción más que contacto, cómo entendía que conmigo no funcionaban las medias tintas ni los gestos vacíos, y durante unos segundos dejé que ocurriera sin intervenir, simplemente sintiendo cómo esa tensión que venía acumulando desde mi entrada al hospital encontraba una salida directa, simple, y necesaria.

Exhalé despacio.

—¿Quién te manda?

La pregunta salió rápida, sin cambiar el tono, como si fuera una más, pero no lo era.

Hubo un segundo de silencio como si pensara en si decírmelo o no, después hablo.

—Nixon.

Eso sí me hizo sonreír.

—Claro —murmuré—, tenía que ser él.

—Dice que eres complicado y que tu día no ha sido fácil.

Solté una risa baja, girando el volante con una mano mientras la otra se tensaba levemente sobre el asiento.

—Dice muchas cosas que son verdad.

—También dijo que tenía que arreglarte el día. Debe ser un muy buen amigo.

—Es de los mejores —dije al final—, aunque a veces no sepa cuándo callarse.

Ella se inclinó más, eliminando el espacio entre nosotros hasta hacerlo prácticamente inexistente, y durante un segundo todo se volvió más oscuro, más tenso, como si el coche fuera demasiado pequeño para lo que estaba pasando allí dentro.

Y eso fue suficiente para darme cuenta.

Giré el volante de golpe, desviándome hacia una calle más oscura, y menos transitada, frenando sin suavidad cuando encontré un lugar apartado, sin luces directas.

Paré el motor y la miré.

Y entonces esa mínima distancia que aún había entre nosotros desapareció.

La agarré sin cuidado, acercándola hacia mí con una fuerza que no dejaba lugar a dudas de lo que estaba a punto de ocurrir, y en ese momento todo lo anterior —el hospital, la denuncia, Sasha— se redujo a ruido de fondo, algo que seguía ahí pero que ya no tenía prioridad en mi cabeza.

No hubo palabras todo fue directo, rápido, sin pausas, sin hacer nada que no fuera a pasar inmediatamente a lo siguiente, como si cada segundo tuviera que compensar todo lo que llevaba acumulado encima, y la forma en la que ella respondía, sin oponer una pizca de resistencia, solo adaptándose al ritmo que marcaba, lo hizo aún más sencillo.

No había suavidad, solo intensidad.

Control, y esa necesidad constante de avanzar un poco más, de no quedarse en un punto intermedio, de llevarlo todo hasta

donde dejara de ser cómodo. Porque eso era lo único que funcionaba en mí.

Le bajé los tirantes del sujetador encendido ya por el deseo, succioné los pezones con ansia cuando sus pechos rebotaron frente a mi cara. Eran enormes, redondos, firmes. Ella gimió de placer, y eso me puso aún más duro. Mientras tanto mi polla seguía en su mano, subía y bajaba a un ritmo lento mientras crecía hasta el punto de notarla como iba a estallar. Se la metió a la boca y lamió de arriba abajo sin control. El placer era maravilloso. La agarré con fuerza por la cintura y la levanté para colocarla sobre mí, y sin antes humedecerla la embestí. Quería sentir su interior más seco que mojado, y su reacción fue gritar de placer.

Comenzó a galopar sobre mi cintura. Lento primero, después rápido, volvió de nuevo a hacerlo lento, mientras yo azotaba su redondo trasero y dejaba mi mano marcada en su piel. Cuando estaba a punto de correrse, me detuve y la alcé para salir de ella. Se quejó, y entonces la hice salir del coche para colocarla a cuatro patas sobre el capó del vehículo. Tener esa visión era mágico, y la embestí decenas de veces a lo bestia hasta que me corrí de placer mientras mis dedos se hundían en su ano y ella gritaba de placer.

Cuando terminó todo no hubo transición, no hubo ese momento que otros parecían necesitar para volver, para reconectar con algo que para mí nunca se había ido del todo, porque la cabeza no se apagaba, solo cambiaba de foco.

Me separé el primero. Recuperando mi espacio como si nada hubiera pasado, ajustando la ropa con la misma tranquilidad con la que hacía todo lo demás.

Ella tardó un poco más.

—No mentía —dijo, con una sonrisa—, eres complicado.

La miré.

—No —respondí—, soy directo, y busco lo que quiero.

Arranqué de nuevo sin añadir nada más, reincorporándome a la carretera como si aquello hubiera sido solo una pausa pequeña en mi recorrido a casa.

Y en cierto modo lo era, porque el problema real no había desaparecido, seguía estando ahí, y en esta ocasión no iba a

esfumarse con algo tan simple como tener sexo duro con desconocidas.

Conducía sin pensar demasiado en el futuro, ni a corto ni a largo plazo, porque en realidad daba igual, porque cuando terminaba así, cuando el ruido bajaba lo suficiente como para poder volver a escuchar mis propios pensamientos, lo único que quedaba era una sensación plana, controlada, exactamente como debía ser.

Ella seguía a mi lado, ahora ya callada.

Ya no había iniciativa en sus gestos, ni esa seguridad con la que había empezado todo, solo una especie de espera que a mi parecer le resultaba incómoda, como si estuviera intentando entender lo que había pasado dentro de algo que tuviera sentido para ella.

Pero eso era un error, porque ninguna mujer que existiese sobre la tierra entendería lo que ocurre cuando está conmigo.

—Puedes bajarte aquí —dije, deteniendo el coche sin mirar siquiera dónde estábamos exactamente.

Giró la cabeza hacia mí.

—¿Ya está, se ha acabado?

La miré entonces y me di cuenta de que mi gran amigo Nixon no se lo había explicado del todo bien, y ella quizá pensaba que esto era como una cita.

—Sí.

No traté de adornar las palabras para suavizar nada, yo no era así, el tiempo me había enseñado que sentir te hacía daño, y que si no dejabas que nadie permaneciese mucho a tu lado, era imposible sentir.

Dudó un segundo, como si esperara algo más, una palabra, un gesto, cualquier cosa que transformara aquello en algo distinto a lo que era.

Pero no lo tuvo y se bajó.

Cerró la puerta y desapareció.

Arranqué de nuevo sin mirar atrás porque no había nada que ver. Para mí las mujeres se simplificaban a eso, dar placer ayudar a sentirlo. Fuera de eso todo era inútil. No porque ellas lo fueran, sino porque eso era lo único que yo permitía que fueran, lo único que

encajaba dentro de un sistema que funcionaba sin errores, sin fisuras, sin ese tipo de implicación que solo complicaba lo que no necesitaba complicarse.

Ya había cometido ese error una vez. Y no se repetiría.


TF
TF

CAPÍTULO 7

A la mañana siguiente.

La puerta de la UCI se abrió con ese sonido aterrador que no dejaba lugar a dudas de que aquello era un espacio distinto al resto del hospital, uno donde el tiempo no funcionaba igual, donde cinco minutos podían ser demasiado o no ser suficientes, dependiendo de lo que hubiera al otro lado de la puerta.

Sasha entró despacio como si el cuerpo le pesara más de lo normal. Y es que ya no le quedaban muchas más fuerzas para soportar nada.

Como si a cada paso tuviera que convencer al otro pie de continuar andando

Cuando cruzó las demás puertas que la separaban de su hijo, no miró a nadie, solo a él.

Noah. Tan pequeño en esa cama que parecía diseñada para alguien más grande, con el pecho vendado, los cables saliendo de su cuerpo en direcciones que no tenían sentido para alguien que no entendiera lo que estaba viendo, las máquinas marcando un ritmo constante que no tranquilizaba, que no consolaba, que solo recordaba que su vida dependía ahora de todo aquello.

Se acercó muy despacio. Como si tuviera miedo de dañarlo. Y cuando estuvo a su lado, le acarició la mano esquivando los goteros que salían de su pequeña mano.

—Hola, cariño… —murmuró, con la voz destrozada antes de terminar la frase.

No hubo respuesta.

Solo el pitido constante que provenía de una máquina.

Le temblaron las manos al acercarlas a su cara, dudando un segundo antes de tocarlo, como si no estuviera segura de tener

derecho a hacerlo después de todo.

Las palabras de los ancianos regresaron a su cabeza.

››Tienes que averiguar si le han puesto sangre finalmente o no.

Nuestros abogados ya han actuado.

Debemos ser rápidos, Sasha, por si tenemos que retirar la denuncia.

Cerró los ojos un segundo.

Y luego fue otra voz la que se instaló en su cabeza.

››Es extraño… ¿nunca se le diagnosticó ninguna anomalía? ¿Antecedentes familiares relacionados con infartos al corazón?

La voz de Silas haciéndole esas preguntas. Recordó que había negado cada cosa que él le había preguntado.

Se llevó las manos a la cara cubriéndose el rostro al completo, estaba superada.

—Dios… —susurró, casi sin aire—, Dios…

Y solo abrió sus ojos para clavarlos en aquella imagen que tenía frente a ella. Su hijo, allí, en aquella cama de hospital, vivo solo porque esas máquinas lo mantenían con vida, y porque alguien había reunido el valor suficiente como para enfrentarse a todos.

El llanto salió sin control, sin poder contenerlo, sin importar quién estuviera mirando, porque ya no había espacio para aguantar nada más, porque la imagen era demasiado real, demasiado dura, incompatible con todo lo que había defendido hasta ese momento.

Demonios…

La idea apareció clara y dolorosa. Y a la vez imposible de ignorar.

He estado a punto de dejar morir a mi hijo…

El aire le faltó literalmente.

Por una norma… Por una creencia que ni siquiera sé si siento de verdad…

Negó entre lágrimas.

He estado a punto de perderlo por dejar que otros decidieran por mí.

—Señora…

La voz de la enfermera sonó suave a su lado.

—Tenemos que pedirle que salga, el tiempo ha terminado.

No quería apartarse de él, pero no discutió. Asintió, secándose la cara sin conseguir realmente recomponerse del todo, y se inclinó un segundo más sobre la cama.

—Mamá está aquí, siempre estará aquí —susurró.

Y salió.

El pasillo se le hizo más largo de lo que recordaba. Y cuando levantó la vista del suelo, vio que él estaba esperándola.

Leonard Brume. Estaba apoyado en una de las paredes de la entrada a la sala de espera, tranquilo, ojeando el móvil sin mucho entusiasmo. Con esa expresión serena que ahora le resultaba insoportable.

El origen, el inicio de todo, el vecino amable. El que nunca dejó de insistirle:

››Solo ven a una reunión, Sasha.

Te hará bien.

Es gente buena.

Nunca te faltará nada. Ni a ti ni a tu hijo.

Lo que no dijo nunca fue lo fácil que sería entrar y lo imposible que sería salir.

Se quedó quieta mirándolo como si lo viera por primera vez de verdad. Sin su piel de cordero, como era verdaderamente aquel lobo.

—Sasha —dijo él, acercándose con calma—, ¿cómo está el pequeño?

No respondió porque no sabía qué decir.

Y entonces él la abrazó como siempre hacía, sin pedir permiso, aun cuando notaba la rigidez en su cuerpo.

Y durante un segundo, todo volvió a mezclarse, la culpa, el miedo, la fe, la duda, el ruido constante en su cabeza que ya no pasaba desapercibido como antes.

Y por primera vez desde que toda aquella pesadilla había empezado Sasha no se sintió arropada. Se sintió atrapada.


TF
TF

CAPÍTULO 8

Desperté antes de que sonara la alarma, como siempre, con esa sensación de continuidad más que de descanso, como si no hubiera dormido realmente sino simplemente apagado mi procesador durante unas horas, y me quedé mirando el techo unos segundos mientras todo volvía a su sitio sin necesidad de esfuerzo. El quirófano, la sangre, la denuncia, ella, todo colocándose solo, como debía, hasta que el móvil vibró sobre la mesilla y rompió esa quietud de la que disfrutaba.

No quise ver quién era.

Respondí directamente.

—Cross —dije.

—Doctor, le llamamos del hospital, necesitamos que se presente de inmediato —la voz al otro lado no era neutra, había algo que la hacía sonar tensa—, se ha convocado al comité médico con carácter urgente.

Giré la cabeza hacia el reloj sin moverme del todo.

—En treinta minutos estoy ahí.

—Le esperamos.

Colgué sin más y me incorporé, pasándome una mano por la cara mientras ya estaba mentalmente dentro de esa sala antes siquiera de salir de mi apartamento, porque no había demasiadas variables posibles. Sencillamente había que decir la verdad y punto.

El hospital tenía otro ritmo por la mañana, más limpio y ordenado, como si lo ocurrido durante la noche quedara diluido en la rutina del día, pero en cuanto crucé el pasillo hacia la sala del comité

supe que no era así, que aquello seguía ahí, esperando. Y al abrir la puerta lo confirmé.

Marcos ya estaba sentado. Con su bata de mierda que se empeñaba en llevar puesta, esa bata que aunque era diferente a la del resto de cirujanos a él le gustaba pasear.

No me miró al entrar y ese fue su primer error porque me dio la pista de lo que estaba tramando. Estaba claro que hablaría en contra de mí.

—Doctor Cross —dijo uno de los miembros del comité, sin invitarme a sentarme pero esperando que lo hiciera—, necesitamos que relate lo sucedido durante la intervención de anoche con la mayor precisión posible.

Tomé asiento sin prisa, apoyando las manos sobre la mesa antes de dejar mi culo sobre el asiento.

—Paciente varón, doce años, antecedentes no registrados, entrada en urgencias tras síncope, dos paradas cardiorrespiratorias, ritmo inicial fibrilación ventricular, desfibrilación con respuesta, pero inestabilidad persistente, indicación de cirugía urgente sin margen de espera.

—¿Y en qué momento decide proceder a la transfusión? —preguntó otro, inclinándose ligeramente hacia delante.

—En el momento en que el sangrado deja de ser compensable y pasa a ser incompatible con la vida —respondí sin cambiar el tono—, no fue una decisión preventiva, fue reactiva. Mi juramento hipocrático me lo exigía.

—Según el doctor Marcos —intervino el primero—, existían alternativas.

Ahí sí giré la cabeza hacia donde él estaba sentado, y lo miré.

Esta vez sí me mantuvo la mirada.

—Existían opciones —dijo—, no se valoraron todas, se fue directamente a la más invasiva sin consenso.

—No había consenso posible —respondí—, había un paciente muriéndose.

—Eso es tu interpretación de lo que ocurría.

—No —negué despacio—, eso es fisiología.

Un murmullo leve cruzó la mesa.

—Doctor Cross —intervino otro miembro—, necesitamos que mantenga un tono adecuado para poder continuar.

No respondí a eso.

No era relevante.

—Lo que intento explicar —continuó Marcos, ahora más seguro al tener la atención y al parecer el beneplácito de la gran mayoría— es que se actuó de forma unilateral, sin respetar la negativa expresa de la madre, y eso tiene implicaciones graves tanto legales como éticas.

Me incliné ligeramente hacia delante.

—Lo que intentas hacer —corregí— es justificar una inacción por tu parte, porque si tú hubieses estado solo esa noche, estamos aquí todos bien convencidos de que ese paciente estaría ahora siendo enterrado. Quizá deberíamos darle las gracias a la persona que pensó en llamarme aunque no estuviese de urgencias.

—Estoy hablando de protocolos.

—Y yo de la supervivencia de un niño.

—No puedes ignorar lo que has hecho.

—Lo hice y no lo ignoro, estoy aquí enfrentándome a mis acciones. Quizá deberíamos preguntarnos como es que tú cometes tantos fallos en tus quirófanos y jamás te han dado una colleja todavía. ¿A quién se la chupas?

Se armó un revuelo, y alguno de todos aquello *lameculos* del comité nos pidió silencio.

Y entonces la puerta se abrió y tres figuras entraron. El anestesista y dos enfermeras.

Los mismos que estaban trabajando en la operación aquella misma noche.

—Disculpen la interrupción —dijo el anestesista, mirando directamente al comité—, pero creo que es necesario aclarar lo que se está diciendo aquí.

Uno de los miembros asintió.

—Adelante. Tomen asiento. Siempre que no se convierta esto en un gallinero, todas las declaraciones serán atendidas y estudiadas.

—El paciente estaba en una situación crítica real, no hipotética, sino real —dijo con firmeza—, la pérdida de sangre era masiva y progresiva, y la única intervención que permitió estabilizarlo fue la transfusión.

Una de las enfermeras añadió, casi sin esperar turno:

—Si no se hubiera hecho, no habría salido de quirófano.

La otra asintió.

—No hubo improvisación, hubo rapidez, y eso es lo que marca la diferencia en estos casos.

El silencio que siguió no fue incómodo, bueno quizá sí lo fue para Marcos.

El comité intercambió miradas, tomando notas.

—Quedan registradas sus declaraciones —dijo finalmente uno de ellos.

Marcos apretó la mandíbula.

Ya no volvió a intervenir.

La reunión continuó unos minutos más, pero el resultado no cambió, no podía hacerlo tan rápido, no con una denuncia de por medio, no con presión externa.

—La suspensión cautelar se mantiene hasta nueva revisión del caso.

Asentí.

Era lo esperado.

El pasillo me recibió con el ruido habitual, pasos, voces, movimiento constante, pero todo eso quedaba en segundo plano desde que la vi.

Apoyada con su espalda en la pared esperándome.

Sasha.

Me detuve al verla.

—Necesito hablar contigo —dijo antes de que pudiera seguir caminando.

La miré.

—En otro momento —le dije.

—Ahora mismo —añadió.

Me acerqué lo justo para no tener que elevar la voz cuando hablásemos de lo que fuese que quería.

—¿Qué ocurrió en la operación?

Fue directa sin rodeos, como era habitualmente ella.

—Curioso —murmuré—, denuncias primero y preguntas después.

Frunció el ceño.

—Yo no he denunciado.

La miré de nuevo.

Con más atención esta vez.

—¿No?

Negó.

—Ha sido la congregación en mi nombre.

—¿Y estás de acuerdo con eso?

No respondió de inmediato.

—No lo sé —admitió mirando a ambos lados, asegurándose de que nadie la escuchaba decirlo—, ahora mismo no lo sé.

—Tu hijo está estable —dije entonces—, eso es lo único que importa.

Asintió, pero no parecía convencida de que fuera suficiente.

—Me han dicho que el camino será largo, pero que saldrá adelante.

—Lo hará, parece un chico fuerte.

Levantó la vista hacia mí, como si buscara algo más, algo que no estaba diciendo.

—¿Puedes verlo?

Negué.

—Tengo prohibido acercarme a pacientes.

—Ajá.

Bajó la mirada.

Y fue ahí cuando noté que no estaba bien.

—Estás pálida —dije.

—Estoy bien.

No lo estaba.

—Sasha…

No terminé la frase, porque su equilibrio se desvaneció literalmente. Y reaccioné tan rápido como pude. La sujeté antes de que tocara el suelo, su peso cayó sobre mí de forma repentina, estaba demasiado débil, se le veía frágil.

—Eh —murmuré, bajando el tono—, mírame.

—Joder, Sasha, despierta.

Ajusté el agarre, sujetándola mejor.

—¡Enfermera!

No la solté cuando llegaron las enfermeras, y eso fue lo primero que rompió la lógica de todo lo que debía estar haciendo en ese momento según mis principios básicos de supervivencia. Porque lo normal habría sido apartarme en cuanto el personal sanitario tomó el control, dejar que siguieran el protocolo, desaparecer de la ecuación como hacía siempre cuando algo dejaba de ser mi responsabilidad directa, pero no lo hice, la ajusté mejor entre mis brazos mientras ellas comprobaban constantes, hablaban entre sí en ese lenguaje rápido que no necesita explicación porque yo entendía todo, y cuando la colocaron sobre la camilla y comenzaron a llevarla hacia el box de observación, simplemente caminé con ellas como si fuera parte del proceso.

—Tenemos que atenderla dentro —dijo una de ellas, girándose un poco hacia mí mientras empujaba la camilla—, puede dejarla ya en nuestras manos, doctor.

No respondí.

No porque no la hubiera escuchado, sino porque no había nada que añadir, y seguí avanzando hasta el interior del box, donde la luz blanca caía sin matices sobre su piel demasiado pálida todavía, sobre ese cuerpo que hasta hacía unos minutos se mantenía en pie únicamente por inercia, por una tensión que ahora ya no sujetaba nada, y fue entonces cuando la otra enfermera volvió a insistir, esta vez con algo menos de sutileza.

—Doctor Cross, tiene que salir, no puede quedarse aquí, ya sabe cómo funciona esto.

La miré entonces, despacio tomándome mi tiempo, dejando que el silencio hiciera su trabajo antes de responder, porque no era

una discusión, no era un pulso, era simplemente una decisión que ya estaba tomada.

—No soy su médico —dije finalmente, apoyándome contra la pared sin apartar la vista de Sasha—, soy acompañante, y no me muevo de aquí hasta que despierte, está sola.

Hubo un momento de duda, breve pero evidente, una mirada compartida entre ambas enfermeras, como si valoraran hasta qué punto merecía la pena insistir, y al final decidieron no hacerlo, no porque tuvieran claro que yo tenía razón, sino porque había algo en mi tono que dejaba claro que no iba a ceder, y que perder tiempo en eso no aportaba nada.

—Si ocurre algo, avise —añadió una de ellas antes de salir.

Asentí sin moverme.

Y entonces el ruido de mi cabeza se apagó.

Me quedé allí, de pie, observando cómo el monitor marcaba un ritmo estable, cómo su respiración iba encontrando poco a poco una cadencia más regular, cómo el cuerpo empezaba a salir de ese estado límite en el que todo se mezcla y deja de responder con coherencia, y durante esos minutos no hubo nada más a lo que tuviese que prestar atención, no hubo presión, solo espera, algo que no formaba parte de mi forma habitual de funcionar pero que, aun así, no resultaba incómodo.

Era… distinto.

El tiempo pasó sin que lo midiera, sin necesidad de hacerlo, hasta que noté el primer cambio, un leve movimiento en su mano, casi imperceptible, seguido de una ligera contracción en su ceño, como si la conciencia regresara de forma fragmentada, y finalmente sus ojos se abrieron despacio, con esa resistencia inicial a la luz que siempre acompaña a quien vuelve demasiado rápido.

—Eh, despacio —dije sin darme cuenta de que estaba bajando el tono— tranquila.

Tardó un segundo en enfocar, otro en reconocerme, y cuando lo hizo su expresión cambió lo justo para saber que estaba presente.

—Silas.

—Sí.

Intentó incorporarse, un gesto instintivo más que consciente, y reaccioné antes de que terminara de hacerlo, apoyando una mano firme en su hombro para obligarla a quedarse donde estaba.

—No —dije con calma—, despacio o puedes volver a desmallarte de nuevo.

Parpadeó varias veces, llevándose una mano a la cara como si intentara entender lo que había pasado, pero su mente todavía no estaba del todo allí.

—¿Qué ha pasado?

—Un síncope —respondí, observándola con atención— bajada de tensión, probablemente combinada con estrés, falta de descanso y… —hice una pausa mínima antes de añadir— ¿cuánto hace que no comes?

La pregunta pareció atravesarla con retraso, como si necesitara un segundo extra para entenderla.

—No lo sé, la verdad es que no lo recuerdo —admitió finalmente, en un susurro casi avergonzado.

Negué levemente.

—Eso explica bastante bien lo que te ha ocurrido.

Guardó silencio, asimilando, mientras su respiración terminaba de estabilizarse y el color tardaba en volver a su rostro más de lo que debería.

—Gracias —dijo entonces, mirándome— por quedarte.

No respondí de inmediato, no porque no tuviera algo que decir, sino porque ninguna respuesta encajaba del todo bien con lo que estaba ocurriendo, y al final opté por la más simple.

—No había nadie más, no podía dejarte sola, tirada, como tú lo *hicis...* —me callé, no era el momento de decir nada.

Sus ojos se mantuvieron en los míos un segundo más, como si intentara leer algo que no estaba dispuesto a mostrar, pero no insistió, porque en ese momento otra cosa tomó prioridad.

—Noah… —murmuró de pronto, removiéndose de nuevo— ¿cuánto tiempo llevo aquí? he perdido la noción del tiempo.

La volví a detener antes de que pudiera incorporarse otra vez, esta vez con más fuerza.

—Sigue en UCI —dije— estable, sin complicaciones nuevas.

El cambio en su expresión fue inmediato, una mezcla de alivio incompleto y miedo que no terminaba de desaparecer.

—Quiero verlo.

—Ahora no —respondí, sin suavizarlo.

Me miró, con esa urgencia que empezaba a rozar lo irracional.

—Necesito saber que sigue bien.

—Necesitas recuperarte tú primero —la interrumpí, manteniendo la mirada fija en ella— porque si en este estado intentas hacerte cargo de algo o de alguien, no vas a ayudar a nadie, y menos a él.

El silencio que siguió no fue de desacuerdo.

Asintió muy despacio, como si le costara aceptar algo que en el fondo sabía que era cierto.

—Voy a pedir que alguien te informe —añadí— pero tú no te mueves de aquí.

—Está bien.

Y justo en ese momento la puerta se abrió, y no fue el sonido lo que llamó mi atención, sino la presencia que entró después, una que ya había visto allí antes, una que no encajaba del todo con el resto del entorno y que, sin embargo, se movía dentro de él con una naturalidad inquietante.

Se acercó con una aparente calma, con esa expresión serena que parecía diseñada para tranquilizarla, y antes de que dijera nada, antes de que estuviese más cerca de nosotros, giré ligeramente la cabeza hacia Sasha.

—¿Es el padre?

La pregunta me salió directa, y ella dudó un segundo antes de responderla, uno solo, pero fue suficiente para que yo me diese cuenta.

—Sí —respondió después— es él. Leonard.

La miré, porque algo no encajaba en aquello. Pues yo habría jurado que cuando hablé con ella después de la cirugía de su hijo, ese fulano ya estaba allí y no se acercó.

A los pocos segundos, estaba allí junto a ella.

—Sasha, me han dicho que te has desmayado —dijo, colocando una mano sobre la suya con una familiaridad que no pasaba desapercibida— ¿estás bien?

—Sí —respondió ella, todavía débil— ha sido por todo lo ocurrido, me ha superado.

—Estoy aquí —añadió él, apretando suavemente su mano—. Y puedes estar tranquila porque Dios no te dará nunca más carga de la que no puedas soportar.

Observé la escena sin intervenir, sin apartar la mirada, evaluando cada puta mierda de palabra que salía de esa estúpida boca.

No aparté la mirada de él cuando se acercó a la cama, ni siquiera cuando su mano se posó sobre la de Sasha con esa naturalidad que no era casual, que no era improvisada, sino que parecía querer incomodarme, o tratar de marcar su territorio, Aunque a la misma vez me parecía como si llevara años sabiendo exactamente cómo tocar sin parecer excesivo, cómo hablar sin que pareciese que se imponía sobre la otra persona, cómo estar sin parecer una amenaza, y durante unos segundos me limité a observar, a tratar de entender cada gesto dentro de una imagen que no terminaba de convencerme.

—Sasha —dijo él con suavidad, inclinándose un poco hacia ella—, me han dicho que ha sido solo un susto, que todo está bajo control. No tienes de qué preocuparte, he traído tu biblia para que podamos leer juntos algunos textos que te darán paz.

Ella asintió despacio.

—Dios es bueno —añadió él, apretando ligeramente su mano—, no da más carga de la que uno puede soportar. Recuérdalo siempre.

La frase cayó con una calma que no encajaba con el lugar, ni con el momento, ni con nada de lo que había visto en las últimas horas, y durante un segundo pensé en ignorarlo, en dejar que siguiera hablando como si estuviese loco de atar, como hacía siempre con lo que no aportaba nada.

Pero no lo hice.

—Debes de ser muy gilipollas para creerte todo eso que dices, eh.

El silencio fue inmediato.

Sasha giró la cabeza hacia mí de golpe.

—Silas.

Pero no la miré, en cambio al menda sí.

—Perdón —dijo, con una calma que rozaba lo irritante—, no estoy seguro de haberle entendido. Me presento, mi nombre es Leonard.

Di un paso hacia él.

—No me sorprende que no me entiendas, debes tener el coeficiente igualado al de una ameba —respondí—, no parece que entender sea tu fuerte.

Sasha se incorporó un poco más, claramente incómoda.

—Silas, no hace falta que seas grosero.

—Sí hace falta —la corté sin apartar la vista de él—, porque lo que acaba de decir no es una opinión inocente, es exactamente el tipo de mierda que hace que gente como tú —señalé levemente hacia Sasha— acabe dudando en situaciones donde no hay nada que dudar.

Leonard no reaccionó como esperaba. No parecía ofendido, era como si estuviese entrenado para situaciones como aquella. Simplemente ladeó la cabeza ligeramente.

—Creo que está confundiendo consuelo con imposición.

Solté una risa breve.

—No, lo estoy identificando perfectamente —respondí—, y si alguna vez tienes dudas, te invito a darte una vuelta por la planta infantil, entra en una de esas habitaciones, mira a los niños a la cara y explícales que todo eso es parte de un plan de tu dios que tiene preparado para ellos una puta mierda de vida miserable, a ver qué tal te funciona.

Sasha negó, nerviosa ahora.

—Silas, por favor.

—No —continué, ignorándola—, explícales que son lo suficientemente fuertes como para soportar lo que tu puto dios les

ha echado encima, explícales que deberían agradecerlo por ser elegidos.

Leonard mantuvo la calma.

Eso fue lo peor.

—La fe no funciona así —dijo con tranquilidad—, no se trata de justificar el dolor, sino de darle sentido.

—El dolor no necesita sentido —repliqué—, necesita solución.

—A veces no la hay.

—Siempre la hay —dije, más bajo ahora, más frío—, otra cosa es que no te guste la solución y te niegues a aceptarla, como en el caso del niño, una transfusión de sangre.

El silencio volvió a instalarse en aquel pequeño box.

Sasha miraba de uno a otro, completamente tensa.

—Esto no ayuda —murmuró.

—Lo que no ayuda —añadí sin mirarla— es que alguien venga a decirle que todo esto es parte de un plan cuando su hijo está conectado a máquinas para seguir vivo.

Leonard desvió la mirada hacia ella. No hacia mí.

—¿Quién es este señor, Sasha?

Lo dijo con suavidad. Como si yo no estuviera.

Eso sí me hizo sonreír.

—El que le ha salvado la vida a su hijo —respondí antes de que ella pudiera hacerlo—, para que lo tengas claro.

Leonard me miró entonces.

—Entiendo —dijo—, entonces debería agradecerle su intervención.

—No necesito tu agradecimiento.

—Pero sí veo que necesitas que te respeten —añadió él.

Negué.

—No —dije—, lo que necesito es que no interfieras en cosas que claramente no entiendes.

Sasha inspiró hondo.

—Silas, basta ya.

No bajé el tono.

—¿Sabes lo que pasa? —continué, ignorando la interrupción—, que es muy fácil hablar de fe cuando no eres tú el

que está en la mesa de operaciones decidiendo si alguien vive o muere.

—Y es muy fácil despreciar la fe cuando no la tienes —respondió Leonard sin perder la calma.

Eso sí me hizo cabrearme.

—No la necesito.

—Quizá por eso te cuesta entenderla.

—No —negué despacio—, la entiendo perfectamente, y precisamente por eso sé el daño que puede hacer cuando la fe es acérrima.

—Silas —intervino Sasha, más enfadada ahora—, ya está.

La miré.

—No —repitió ella, sosteniendo la mirada—, en serio, ya está.

Hubo un segundo de silencio entre nosotros.

—Vete —añadió, más bajo esta vez, pero más claro—, por favor—. Necesito hablar con él —continuó— a solas.

Miré a Leonard que a mi parecer seguía igual de tranquilo, como si allí no hubiese ocurrido nada. Volví a mirarla a ella y me di cuenta de que algo no encajaba en ellos.

—Claro —murmuré al final, dando un paso atrás—, hablad tranquilos. Ya me marcho.

Me giré hacia la puerta, pero antes de salir me detuve un segundo.

—Espero que tu dios esté a la altura —dije sin mirar atrás—, porque yo ya hice mi parte.

Y esta vez no esperé respuesta y salí.

Pero no me llevé calma conmigo, todo lo contrario, estaba cabreado al máximo.

CAPÍTULO 9

No llegué a salir del hospital, ni siquiera crucé las puertas automáticas, porque en cuanto me vi fuera del box, lejos de ella y de ese tipo, con el ruido del pasillo volviendo poco a poco a ocupar el espacio con normalidad en mi cabeza, noté cómo algo dentro de mí seguía girando a una velocidad que nada tenía que ver con nada de lo que acababa de hacer, como si la discusión no hubiera terminado realmente, como si me hubiera quedado a medias, y eso era lo que no soportaba, las cosas a medias, las decisiones incompletas, las situaciones que no terminaban de desaparecer si ella estaba ahí.

Me apoyé contra la pared en un pasillo lateral, más vacío, más silencioso, y saqué el móvil sin pensarlo, abriendo el grupo casi por reflejo, como si ya supiera que necesitaba decírselo a alguien aunque fuera a través de una pantalla.

Yo: *Estoy a dos segundos de volver a entrar y romperle la cabeza a un imbécil a ver qué plan tiene su dios para él cuando necesite una transfusión.*

Ni treinta segundos tardaron en empezar a responder, como siempre, como si ninguno de ellos durmiera o como si ese chat fuera una extensión constante de nosotros mismos.

Nixon: *Hostia, buenos días para ti también. ¿A quién quieres matar exactamente? ¿Te ayudo o voy preparando palomitas?*

Tristán: *Antes de que Nixon empiece a disfrutar demasiado, necesito contexto, porque ahora mismo suena a delito con agravantes.*

Logan: *Si es por religión, te aviso que vas tarde, hay demasiada competencia en ese sector.*

Gideon: *Silas.*

Levanté una ceja al leer solo mi nombre, porque con él nunca hacía falta más, y empecé a escribir sin ordenar lo que salía de mis dedos, soltándolo tal cual, el niño, la parada, la operación, la negativa de la madre, la transfusión, la amenaza, la denuncia, el comité, Marcos intentando cubrirse el culo, y finalmente lo que había pasado hacía unos minutos, lo que realmente me tenía ahí, quieto, sin avanzar.

Ese tal Leonard.

No expliqué más de lo necesario, pero tampoco oculté nada, y cuando terminé, el chat se quedó en silencio unos segundos que se hicieron más largos de lo normal, como si todos estuvieran encajando piezas a la vez.

Nixon: *Vale… esto ya no es gracioso.*

Tristán: *Tío ya tienes una denuncia formal con respaldo religioso, esto se va a poner feo muy rápido.*

Logan: *Déjame adivinar, ha soltado alguna frase tipo: todo es voluntad divina o esto pasa por algo.*

No respondí, pero supo la respuesta.

Nixon: *Joder, claro que sí lo ha hecho.*

Deslicé el pulgar por la pantalla, leyendo sin intervenir, dejando que hablaran, porque necesitaba escuchar qué veían ellos desde fuera, aunque ya me imaginaba por dónde iba a ir.

Gideon: *¿Quién es exactamente ese hombre?*

Me quedé mirando la pregunta un segundo antes de contestar, porque no tenía una respuesta clara.

Silas: *No lo sé bien. El padre del niño, su novio o marido. Pero tiene poder sobre ella.*

Ahí cambió el tono.
Se notó.

Nixon: *Ah.*

Solo eso, pero suficiente.

Tristán: *Cuando dices ella… estamos hablando de Sasha, ¿no?*

Nixon: *No hace falta que lo escribas.*

Logan: *Joder…*

Apreté la mandíbula sin darme cuenta, porque ya estaban ahí, en ese punto donde no quería que fueran todavía, pero era inevitable.

Gideon: *Aléjate.*

Leí el mensaje despacio, como si necesitara darle tiempo a asentarse, aunque la respuesta ya estaba ahí antes incluso de terminar.

Yo: *No.*

No hubo pausa, no hubo duda, y eso solo hizo que reaccionaran más rápido.

Tristán: *Silas, escúchame bien, ahora mismo no estás siendo objetivo y lo sabes.*

Logan: *Ni lo va a ser, no jodas, si es quien es, todo se acaba de ir a la mierda en la vida de Silas.*

Nixon: *Sabíamos que si aparecía otra vez podían pasar cosas malas, pero esto es más complicado.*

Nixon: *Exacto.*

Exhalé despacio, pasándome la mano por la cara mientras leía, sintiendo cómo esa presión que llevaba dentro no bajaba, no se

diluía, sino que se reorganizaba, tomando forma.

Yo: *Estoy aquí, por cierto. No se os olvide que puedo leer todas las gilipolleces que estáis soltando.*

La respuesta fue inmediata.

Logan: *Vale, hermano, perfecto. Entonces dime, ¿tienes algo que objetar o simplemente te molesta que tengamos razón?*

No respondí.
Porque esa era la parte incómoda.

Logan: *¿No estás de acuerdo con lo que estamos diciendo?*
Gideon: *Esto no es quirófano, Silas. Aquí no decides tú solo ni puedes imponerte a la situación.*

Tristán: *Y esto no es solo una paciente más.*

Nixon*: Es ella.*

Ahí sí me quedé quieto.
Mirando la pantalla.
Sin escribir.
Porque no había forma de esquivar eso.
Volví a leer los mensajes, uno a uno, como si al hacerlo fueran a cambiar, como si hubiera algo que no hubiera visto a la primera, pero no, estaban ahí, claros, directos, incómodamente acertados.
Y aun así…

Yo: *Tenéis razón.*

Vi aparecer los tres puntos en varios nombres a la vez, pero no les dejé tiempo a responder.

Yo: *Pero ya la perdí una vez sin saber por qué.*

Eso sí los frenó.
Lo noté incluso a través de la pantalla.

Yo: *Y esta vez no dejaré que ocurra.*

Mis dedos no se detuvieron, porque una vez empezaba no tenía sentido hacerlo a medias.

Yo: *Voy a hacer todo lo que haga falta para seguirle la pista y que no desaparezca otra vez, aunque tenga que meterme en su mierda de mundo o apartar a cualquiera que esté en medio.*

Logan: *La vas a cagar.*

Yo: *Incluido ese pirado que parece que le dice cómo vivir.*

Tardaron más en responder esta vez.

Nixon: *Esto va a acabar mal.*

Tristán: *Legalmente hablando, muy mal.*

Logan: *Personalmente hablando, peor todavía.*

Gideon: *Silas, asegúrate de saber exactamente qué estás dispuesto a perder antes de seguir avanzando.*

Me quedé mirando ese último mensaje unos segundos más de lo normal, dejando que se asentara, que hiciera el recorrido completo dentro de mi cabeza, porque no era una advertencia en vano, no viniendo de él, y aun así no sentí duda.

Solo claridad.

Bloqueé el móvil y lo guardé en el bolsillo, separándome de la pared por fin, notando cómo esa necesidad de volver, de no dejar aquello cerrado en falso, seguía exactamente dónde estaba, intacta.

Porque el problema no era el tipo.

Ni la denuncia.

Ni siquiera el hospital.

El problema era que Sasha había vuelto a mi vida.

Y esta vez…

no pensaba dejar que desapareciera.

CAPÍTULO 10

Y fue justo ese pensamiento el que me hizo girarme antes siquiera de haber dado dos pasos hacia la salida, como si mi propio cuerpo tuviera más claro que yo lo que iba a hacer a continuación, porque intentar marcharme en ese momento no era una opción real, era una forma de fingir que todavía tenía control sobre algo que hacía rato que había dejado de encajar en mi esquema habitual.

Volví sobre mis pasos sin prisa aparente, pero con una dirección demasiado clara como para disimularla, atravesando el pasillo con la misma sensación que tenía antes de entrar a quirófano cuando sabía que lo que iba a encontrar dentro no iba a ser sencillo, solo que esta vez no había bisturí, ni monitor, ni equipo al que dar órdenes, solo una puerta cerrada y dos personas al otro lado que estaban a punto de convertirse en un problema mucho mayor de lo que ya eran.

No entré directamente.

No soy tan estúpido.

Pero tampoco me fui.

Me detuve a un lado, lo suficiente como para no ser visible desde dentro pero lo bastante cerca como para escuchar, porque no necesitaba mucho más, no después de todo lo que ya había visto, y durante unos segundos no hubo nada, solo ese silencio extraño que siempre precede a una conversación incómoda, hasta que la voz de él rompió el silencio con esa misma calma que empezaba a resultar irritante.

—No deberías alterarte de esta manera, Sasha, tu cuerpo está respondiendo al estrés y eso es precisamente lo que debemos evitar ahora mismo.

Su tono era suave, medido, casi paternal.

—Mi hijo está en la UCI —respondió ella, y aunque intentaba mantener el tono de voz, había algo que indicaba que podía romperse en cualquier instante—, creo que tengo derecho a estar alterada.

—Y lo tienes —replicó él sin perder esa serenidad tan extraña—, pero también tienes la responsabilidad de mantenerte fuerte, por él y por tu fe.

—Leonard… —dijo ella.

Noté cómo mi cuerpo se tensaba sin darme cuenta.

—Dime.

—Si… —dudó, como si incluso formular la pregunta le costara— si le han puesto sangre. ¿Qué nos puede ocurrir?

Ahí estaba la maldita pregunta.

—Nuestros abogados ya están trabajando en ello —respondió él con tranquilidad—, pero es importante que tú también lo confirmes, necesitamos saber si se ha cometido una violación de los principios que has decidido seguir.

—Yo no estoy segura ya de haber decidido nada —soltó ella de golpe, y eso sí no me lo esperaba.

Hubo un silencio más largo esta vez.

—Sasha —dijo él despacio—, fuiste tú quien aceptó el camino.

—Sí, pero… —su voz se rompió— demonios, es mi hijo.

En ese momento recuerdo que pensé que había algo que no entendía. Había dicho mi hijo, no nuestro hijo.

—Y precisamente por eso —continuó él— debes mantenerte firme, porque las decisiones que tomamos ahora no son solo para este momento, son para algo más grande, algo que trasciende y se nos escapa al entendimiento.

—No me hables de ese futuro ahora —lo cortó ella, y ahí sí había algo de rabia—, he estado a punto de perderlo.

—No lo has perdido —respondió él finalmente—, porque has sido fuerte.

Apreté la mandíbula.

—No sé si lo soy —murmuró ella, y esa frase… esa frase no encajaba con la Sasha que yo recordaba—, no sé si quiero serlo de

esta forma.

Eso me hizo incorporarme ligeramente contra la pared, como si necesitara estar más atento, como si algo importante estuviera a punto de decirse en ese momento.

—Es normal dudar —dijo Leonard, con esa calma inquebrantable—, sobre todo en momentos como este, pero por eso estamos aquí, para ayudarte a mantenerte en el camino correcto.

—¿Y si no es el correcto? —preguntó ella.

—Lo es —respondió él finalmente—, aunque ahora no lo veas.

Ahí fue cuando entendí algo.

Me separé de la pared antes de pensar en las consecuencias, girando hacia la puerta con la misma determinación con la que entro en quirófano cuando sé que alguien se está muriendo y no hay tiempo para dudas, porque lo que estaba ocurriendo ahí dentro no tenía nada que ver con religión ni con decisiones personales, tenía que ver con control, con culpa, con alguien empujando a otra persona en la dirección equivocada, a la persona equivocada en el peor momento posible.

No esperé a escuchar nada más, la puerta se abrió de golpe contra la pared y el ruido fue lo único que hizo falta para que ambos giraran la cabeza, pero yo ya estaba dentro, avanzando sin detenerme, con esa claridad incómoda que aparece cuando dejo de pensar y empiezo a actuar, porque lo que estaba pasando ahí dentro no iba a seguir desarrollándose delante de mí como si yo no tuviera nada que decir al respecto.

—Suéltala —dije cuando vi que la tenía sujeta por los brazos.

No levanté la voz, pero el tono fue suficiente, directo, y llegó justo cuando la mano de Leonard se cerraba sobre el brazo de Sasha, no estaba seguro si iba a ejercer violencia en ella, pero sí había demasiada firmeza en el agarre, una firmeza disfrazada de control que reconocía demasiado bien, y no esperé a que respondiera, ni a que se justificara, ni a nada que pudiera convertir aquello en una conversación civilizada, simplemente di el paso que faltaba, agarré su muñeca y la aparté de ella de un tirón limpio, sin brusquedad innecesaria pero sin margen para que lo ignorara,

empujándolo lo justo hacia atrás para marcar territorio sin tener que hacer mucho más.

—Creo que esta conversación no le incumbe —dijo él, recuperando el equilibrio sin perder esa calma irritante que parecía llevar pegada a la piel.

—Te equivocas —respondí sin apartarme—, a partir de ahora sí me incumbe.

—Silas… —la voz de Sasha sonó, sorprendida, desbordada— ¿qué estás haciendo?

No la miré, porque si lo hacía sabía que iba a dudar un segundo, y no podía permitirme eso.

—Sacarte de aquí.

—No tienes derecho.

—Ni tú pareces tenerlos —la corté, girándome al fin hacia ella—, no mientras alguien decide por ti en un momento como este.

—Yo estoy decidiendo —replicó, pero no sonó firme, sonó cansada, superada, como si ni ella misma estuviera del todo convencida de lo que decía.

—No —negué despacio—, estás cediendo.

El silencio que se formó fue corto pero suficiente para que algo cambiara en su expresión, una grieta mínima, apenas visible, y en ese instante Leonard volvió a acercarse, midiendo cada paso como si supiera exactamente hasta dónde podía tensar la cuerda.

—Creo que deberíamos calmarnos —intervino con ese tono suave que empezaba a sacarme de quicio—, Sasha no necesita más presión ahora mismo.

Giré la cabeza hacia él con lentitud, dejándole ver exactamente lo que pensaba.

—Lo que no necesita es que le digas cómo tiene que sentirse mientras su hijo está conectado a máquinas.

—Mi intención no es esa.

—Tu intención da igual.

No alargué más la discusión porque no me interesaba él, no en ese momento, así que volví a Sasha, acortando la distancia lo suficiente como para que no pudiera evitar mirarme directamente.

—Vámonos.

—No —respondió automática—, tengo que quedarme aquí.

—No en ese estado.

—Es mi hijo.

—Precisamente por eso.

Hubo un segundo, solo uno, en el que dudó, y lo aproveché, le cogí la mano y tiré de ella sin brusquedad pero sin darle opción a quedarse anclada en ese sitio que la estaba destrozando por dentro, notando la resistencia al principio, leve, más emocional que física, y cómo se deshacía paso a paso, como si una parte de ella supiera que tenía que salir de allí aunque la otra se negara a admitirlo.

—Silas… —intentó decir algo más, pero no la solté.

—Luego discutimos —dije sin mirarla—, ahora no.

Sentí el movimiento de Leonard detrás, un paso, una intención, y ni siquiera me giré.

—Ni se te ocurra —añadí, bajo—, porque lo siguiente ya no va a ser un empujón.

No hizo falta más, porque no volvió a acercarse, y con eso bastó para sacarla de allí, atravesando el pasillo con esa sensación conocida de estar imponiendo un ritmo que nadie más estaba siguiendo, llevándola hasta el coche sin darle espacio a replanteárselo, sin permitir que el entorno volviera a atraparla.

El trayecto fue sin música ni palabras, con su respiración todavía irregular llenando el espacio más que cualquier otra cosa, y no intenté romperlo porque sabía que no serviría de nada, que lo que teníamos que decirnos no iba a salir en mitad de ese recorrido, así que conduje sin mirar atrás, sin pensar demasiado en el destino porque ya estaba decidido desde antes de arrancar.

Cuando detuve el coche frente a mi casa, el motor aun vibraba bajo nosotros, y fue ella quien habló primero.

—¿Qué hacemos aquí?

—Es mi casa —respondí, girando ligeramente la cabeza hacia ella.

—Vale, ¿qué hacemos aquí? —su tono cambió, más tenso, más alerta—, llévame de vuelta al hospital.

Negué despacio.

—No.

—Silas…

—Te vas a quedar aquí, vas a descansar, y mañana te llevo para que veas a Noah.

Se giró del todo hacia mí, con una clara incredulidad en la mirada.

—No puedes decidir eso por mí.

—Ya lo he hecho.

—Necesito estar allí —insistió—, necesito estar cerca de mi hijo.

Y fue entonces cuando algo dentro de mí reaccionó, porque esa frase llegó tarde, demasiado tarde.

—Curioso —murmuré.

—¿Perdona?

La miré directamente.

—Que ahora sí parece que te preocupa, pero cuando decidiste que no podían ponerle sangre no parecías demasiado centrada en que sobreviviera.

El golpe llegó sin aviso, directo, y ni siquiera me moví, dejé que el impacto se asentara sin apartar la mirada, notando el calor inmediato en la cara pero sin darle importancia, porque lo que dolía no era eso.

No dijo nada, abrió la puerta y salió del coche como si necesitara escapar de algo que no podía aguantar más, alejándose con pasos rápidos, y tardé un segundo en seguirla, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria antes de alcanzarla.

—Sasha.

Se giró de golpe.

Y ahí se paró todo.

Demasiado cerca, sin espacio real entre los dos, con esa tensión cargada que no tenía nada que ver con lo que acabábamos de discutir, sino con algo más antiguo, más profundo, algo que llevaba ahí desde mucho antes de que ese hospital, ese niño o esa denuncia existieran, y durante un instante ninguno habló porque no hacía falta, porque todo estaba dicho de otra manera.

Mi mirada bajó a sus labios casi sin darme cuenta, y su respiración cambió, leve pero evidente, y ese pequeño gesto fue suficiente para romper la distancia que quedaba, inclinándome lo justo, esperando una fracción de segundo que no fue una negativa, y entonces fue ella la que terminó de cerrar el espacio.

El beso no tuvo nada de suave ni de medido, fue directo, cargado, como si todo lo que habíamos contenido durante años encontrara salida en ese punto concreto, y durante ese instante el resto dejó de importar, todo quedó fuera, reducido a ruido de fondo mientras su cuerpo respondía al mío con una familiaridad que no debería seguir existiendo pero que estaba ahí, intacta.

Duró poco.

Se apartó de golpe, respirando más rápido, como si acabara de despertar de algo que no quería haber empezado ni a soñar.

—Mierda… —susurró, llevándose una mano al pelo— otra vez no…

Negó, retrocediendo un paso.

—Otra vez caigo en lo mismo contigo, en tus líos fáciles.

La miré sin moverme.

—Aléjate de mí, Silas —añadió, aunque la voz le temblaba—, no sé ni cómo puedo mirarte a la cara después de lo que hiciste.

Eso sí que me dolió.

No podía responder.

—Aunque tampoco entiendo cómo tienes valor para mirarme después de cómo te portaste.

El silencio que siguió fue atronador.

Porque ya no hablábamos del presente.

CAPÍTULO 11

El silencio después de sus palabras no fue inmediato, fue de esos que llegan tarde. De los que primero intentas hablar y ante la falta de palabras, va llegando poco a poco mientras lo que acaba de decir alguien empieza a asentarse en el sitio equivocado, y me quedé mirándola sin moverme, intentando encajar lo que acababa de soltar con algo que tuviera sentido, con algo que pudiera ordenar, pero no había nada, ni una sola pieza que conectara con otra.

—No vuelvas a acercarte a mí.

Su voz salió más firme de lo que esperaba, aunque los ojos no acompañaban del todo, porque ahí seguía habiendo algo más, algo que no era solo rechazo.

—Ni a mi hijo.

Ahí sí fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

No respondió de inmediato, como si estuviera decidiendo hasta dónde iba a llegar, hasta qué punto iba a abrir algo que claramente llevaba tiempo cerrado, pero al final lo hizo, aunque no de la forma que yo necesitaba para entenderlo.

—Ya tuve bastante con perder a alguien por tu culpa.

La frase cayó de golpe, sin explicación sin contexto.

Y eso fue lo peor.

—¿Qué?

Di un paso hacia ella, sin darme cuenta.

—¿De qué coño estás hablando?

—No te acerques —repitió, retrocediendo un paso, manteniendo esa distancia como si realmente la necesitara—, no vuelvas a acercarte a mí otra vez.

—Sasha, para —dije, más bajo ahora, intentando mantener el control que se me estaba escapando—, estás diciendo cosas que no tienen sentido.

Soltó una risa breve, completamente fuera de lugar.

—Claro —murmuró—, para ti nunca lo tienen.

—Porque no lo explicas —respondí, más duro de lo que pretendía—, sueltas mierda y esperas que la entienda.

Eso la hizo tensarse.

—Mi hermano, Silas.

Ahí sí me quedé quieto.

No porque no supiera de quién hablaba.

Sino porque no entendía por qué lo estaba sacando ahora.

—¿Qué pasa con tu hermano?

Su mirada cambió.

Ya no era solo rabia.

Era algo más profundo.

Más antiguo.

Parecía un rencor que crecía a cada segundo dentro de ella.

—¿Ni siquiera recuerdas el día que lo dejaste solo?

La pregunta me golpeó de una forma extraña, no por lo que decía, sino por cómo lo decía, como si la respuesta fuera obvia, como si yo tuviera que saber exactamente a qué se refería, y durante un segundo intenté buscar ese momento, ese día concreto entre todos los recuerdos que tenía de entonces, pero no había nada que encajara con esa acusación.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—No —negó ella—, el que no tiene ni idea de lo que yo sé eres tú.

Apreté la mandíbula, sintiendo cómo esa sensación de control se deshacía poco a poco porque no había lógica a la que agarrarme.

—Tu hermano murió ahogado —dije, directo—, al día siguiente de estar en el río con medio pueblo, ¿qué coño tiene eso que ver conmigo?

Su respiración cambió, pasó a ser más rápida, más irregular.

—Tiene que ver todo.

—No —negué, dando un paso más hacia ella—, no tiene nada que ver, y si lo tiene, más te vale explicarlo porque ahora mismo lo único que estás haciendo es soltar acusaciones sin sentido.

—Lo dejaste solo.

Otra vez.

La misma frase.

Como si fuera suficiente.

—¿Y? —respondí, sin entender—, todos nos fuimos en algún momento, no me digas que eso es lo que tienes para echarme las culpas por su muerte.

—No todos —me cortó, y esta vez sí hubo algo más en su voz, algo que me hizo callar—, tú no deberías haberlo hecho. Deberías haberte quedado con él, y más después de lo que habíais hecho.

El silencio que siguió fue distinto.

Porque ahí sí había algo que ella sabía y que yo me estaba replanteando hasta donde sabía.

—¿Por qué? —pregunté, más bajo—, ¿por qué yo?

No respondió. Y eso empezó a irritarme de verdad.

—¿Qué pasó esa noche, Sasha? —insistí—, porque yo estuve allí, estuve todo el día con él, con vosotros, no pasó nada fuera de lo normal.

Pero mientras lo decía, algo no terminaba de encajar.

Había en todo eso una punzada molesta.

—Discutisteis —dijo ella de pronto.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Discutisteis —repitió—, y no fue por una tontería.

Eso sí lo recordaba. Algunas cosas eran fragmentos sueltos, pero la discusión estaba intacta en mi memoria, llena de voces altas y algo de violencia en los gestos.

Nada que no hubiera pasado mil veces entre nosotros, pero aquel día el motivo era otro.

—Fue una discusión —respondí—, como muchas otras.

—No —negó ella—, no como las otras.

La miré fijamente.

—¿Qué coño estás insinuando?

—No estoy insinuando nada —respondió—, lo estoy diciendo claro.

—Pues dilo. Acusame de lo que quieres acusarme.

—Si no lo hubieras dejado allí hoy estaría vivo.

Eso sí me dejó sin respuesta un segundo.

—¿Qué?

—No habría estado solo en ese momento en el que ocurrió todo.

—No estaba solo —repliqué automáticamente—, había gente, Sasha, cuando yo me fui aún quedaban personas con él, y no estaba en mitad de la nada.

—No estaba contigo, tú eras el único que podía evitarlo.

Ahí lo entendí.

O al menos entendí lo que ella quería decir.

Y no tenía sentido.

—¿Me estás culpando de que tu hermano muriera porque me fui antes que él?

—Me estoy culpando a mí de haber confiado en ti.

Eso sí dolió.

—No tienes ni puta idea de lo que pasó esa noche —dije, más bajo, más frío—, y aun así has decidido que soy el culpable.

—No he decidido nada —respondió, aunque su voz tembló—, lo sé.

—No, no lo sabes.

Di un paso más.

Ella no retrocedió esta vez.

—Estás buscando a alguien a quien culpar —continué—, y soy el más fácil porque estaba allí.

—No.

—Sí.

—No —repitió, más fuerte ahora—, porque fuiste tú el último que estuvo con él.

Eso me hizo fruncir el ceño.

—Eso no es verdad.

—Lo es.

—No —negué con firmeza—, no fui el último.

Porque ahí sí había algo que no encajaba.

—¿Quién fue entonces? —preguntó ella, casi en un susurro.

No respondí de inmediato.

Porque no lo tenía claro.

Y eso…

eso no me gustó nada.

—No lo sé —admití finalmente, aunque la respuesta me supo a poco incluso a mí.

Su expresión cambió.

—¿Ves? —murmuró—, ni siquiera lo sabes.

—Eso no significa que tengas razón. Significa que no sabes todo lo que pasó. Y que yo no recuerdo quien más había con él esa noche.

—Aléjate de mí, Silas —añadió después, recuperando parte de esa firmeza inicial—, de mí y de mi hijo.

No respondí, entre otras cosas porque no sabía qué decirle. Nada en mi cabeza estaba claro, pero lo que sí tenía claro era otra cosa. Que aquello no se iba a quedar así. Ni de lejos.

Y que si había algo que no encajaba en esa historia… yo iba a descubrirlo.

Aunque tuviera que remover todo lo que había dejado enterrado.

La miré durante unos segundos más, intentando entender lo que acababa de decir, intentando decidir si aquello tenía algún tipo de sentido o si simplemente estaba proyectando algo que no era, pero cuanto más lo pensaba menos encajaba, y aun así había algo que no terminaba de aclararse, una sensación incómoda, como una pieza mal colocada que no ves del todo pero sabes que está ahí.

—Por eso desapareciste —dije al final, más bajo de lo que esperaba—, ¿no?

Ella no respondió.

Pero tampoco lo negó.

Y eso fue suficiente.

Di un paso hacia ella, despacio esta vez, sin esa tensión anterior, pero con algo más peligroso debajo, algo que llevaba años

contenido sin que yo lo supiera.

—¿Porque creíste que yo tuve algo que ver con la muerte de tu hermano?

Su respiración se cortó.

—Durante todo este tiempo —continué, sin apartar la mirada— yo preguntándome qué había hecho para que desaparecieras de esa forma, sin una explicación, sin una puta palabra…

Noté cómo la mandíbula se me tensaba mientras hablaba, porque aquello sí dolía, más de lo que esperaba reconocer.

—Y resulta que no hice nada.

Ella bajó la mirada.

—No fue tan simple —murmuró al fin.

—Claro que lo fue —repliqué—, decidiste que era culpa mía y desapareciste.

—No lo entiendes.

—Entonces explícamelo.

Levantó la vista otra vez.

Y ahí había algo distinto.

Algo que no era solo rabia.

—No puedo.

—No quieres.

—No es lo mismo.

—Para mí sí.

Negó despacio, pasando una mano por su cara como si intentara recomponerse, como si todo aquello la estuviera superando más de lo que quería admitir.

—Ese día… —empezó, pero se detuvo.

Esperé, pero no continuó.

El sol caía fuerte, era uno de esos días de verano en los que el aire es más seco de lo normal y todo el mundo parece moverse más lento. Estábamos en el río con más gente, solo se escuchaban risas, música a lo lejos, y el agua reflejaba destellos que nos obligaban a entrecerrar los ojos mientras avanzabas por la orilla.

Recuerdo el calor, el ruido, el olor a tabaco.

Y a él. Lo recuerdo riéndose como siempre.

—Te vas a caer, gilipollas.

No sé si lo dije en voz alta o lo pensé.

Pero estaba ahí, en el borde de las compuertas demasiado cerca, como si necesitara demostrar algo que nadie le había pedido.

—Relájate, estudiante de doctor —respondió, girando la cabeza hacia mí con esa sonrisa despreocupada que le salía tan fácil—, no todo en la vida es control.

Bufé.

—Y no todo es ser un puto inconsciente.

Se rio.

Y saltó.

El agua salpicó alrededor, gente gritando, alguien aplaudiendo, lo normal, nada fuera de lo común, nada que hiciera pensar que aquello iba a ser el último recuerdo claro que tendría de él.

Después hay fragmentos de una botella pasando de mano en mano. Sasha riéndose, la imagen del sol escondiéndose.

Y la discusión:

—Te estás pasando.

—¿Y a ti qué coño te importa?

—Me importa porque estás haciendo el imbécil.

—Siempre haces lo mismo, ¿sabes? —dijo, acercándose un paso más—, creerte mejor que el resto.

—No me creo mejor —respondí—, pero alguien tiene que decirte cuando estás cruzando el límite.

—¿Y tú quién eres para marcar límites?

No respondí y eso le cabreó e intentó picarme.

—Eso pensaba —añadió.

—Vete a casa —dije al final—, estás borracho.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Entonces deja de comportarte como un crío.

—Lárgate, Silas.

Eso sí lo recuerdo bien.

—¿Qué?

—Que te largues —repitió—, no te necesito aquí.
—Vale.
Me di la vuelta.
Y me fui.

Parpadeé.
De vuelta al presente.
Con ella delante.
Con todo eso dándome vueltas en la cabeza.
—Discutimos —dije, más para mí que para ella.
—Sí.
—Y me fui.
No respondió.
—Eso no lo mató —añadí, más firme, como si necesitara agarrarme a algo sólido.
—No lo sabes.
La miré.
—¿Tú sí?
—No —admitió finalmente.
Ahí estaba.
—Entonces deja de decir que fue culpa mía.
—No puedo.
—Claro que puedes.
—No —negó—, porque fuiste el último que estuvo con él antes de que todo cambiara.
—No fui el último —repetí, aunque ya no sonaba tan seguro.
—Eso crees tú.
—¿Y tú qué sabes que yo no sé?
Se calló.
—Esto no se queda así —dije al final, más bajo, más frío—, porque si hay algo que no cuadra en todo esto, lo voy a averiguar.
—Déjalo, Silas.
—No.
—Te estoy diciendo que lo dejes.
—Y yo te estoy diciendo que no.

La miré un segundo más.

—Ya te perdí una vez sin entender por qué.

—No hay solución Silas, somos personas distintas a las que éramos en el pasado.

—No.

CAPÍTULO 12

Me quedé mirándola un momento más después de decir aquello, con la sensación incómoda de haber abierto algo que llevaba demasiado tiempo cerrado y que ahora ya no iba a volver a ser escondido, no como estaba antes, no después de lo que había dicho ella ni de lo que había empezado a recordar yo, y aun así no insistí más, porque no era el momento de seguir, no con ella así, no con todo lo de su hijo encima.

Metí la mano en el bolsillo, saqué las llaves y se las tendí.

—Toma.

Sasha bajó la mirada hacia ellas y luego volvió a mí, confundida.

—¿Qué es esto?

—Las llaves de mi casa.

—Vale —respondió—, pero ¿por qué me las das?

—Porque te vas a quedar aquí —dije sin rodeos—, necesitas descansar.

Negó al instante.

—No, Silas, yo tengo que volver al hospital.

—Y vas a volver —repliqué—, pero no hoy.

—No puedes decidir eso.

—No lo estoy decidiendo —mentí sin esfuerzo—, solo te lo estoy proponiendo.

—No parece una propuesta.

—Es lo más cercano a eso que vas a tener ahora mismo.

Me miró como midiendo si iba en serio o no, como intentando encontrar algún titubeo en mí, pero no lo había, no esta vez.

—No me fío de ti —dijo al final, más bajo.

Asentí ligeramente.

—Normal.

Eso pareció descolocarla un segundo.

—Pero tu hijo sigue en ese hospital —añadí—, y si quieres estar en condiciones de verlo mañana, necesitas descansar.

—No puedo.

—Te aseguro que cuando te metas en la cama lo harás —señalé—, mírate, tu cuerpo pide a gritos descanso.

Guardó silencio.

Tenía los ojos cansados.

—No voy a tocarte, tranquila, yo me marcho —dije entonces, más bajo—, vendré mañana a por ti temprano.

Sus ojos se movieron un instante hacia mis labios y volvieron a subir.

—Vendré a primera hora —continué—, te llevo al hospital y ves a Noah.

—¿Y tú? —preguntó finalmente.

—Tengo que hacer algo.

—¿Qué?

La miré un segundo.

—Entender qué pasó.

—Silas… —empezó, pero no terminó.

Le acerqué las llaves un poco más.

—Descansa.

Tardó un par de segundos, pero al final las cogió.

Me giré, volví al coche y arranqué sin mirar atrás, porque si lo hacía sabía que iba a quedarme, y quedarme no iba a arreglar nada, no esa noche.

Conduje directo a casa de Nixon, con la cabeza trabajando más rápido de lo que me gustaba, reconstruyendo fragmentos, intentando encontrar algo que encajara, algo que explicara por qué ella estaba tan convencida de algo que para mí no tenía sentido, y cuanto más lo pensaba más claro tenía que había algo que no estaba viendo.

Cuando aparqué, las luces del salón estaban encendidas.

Ni llamé.

Abrí con la copia que tenía y entré.

—¿Qué coño haces aquí a estas horas? —soltó Nixon desde el sofá sin apartar la vista del portátil.

—Necesito tu ayuda.

Eso sí hizo que levantara la cabeza.

Me miró un segundo.

Cerró el portátil.

—Vale —dijo—, eso suena serio.

Me quedé de pie un momento antes de hablar.

—Sasha cree que maté a su hermano. Bueno, que su hermano murió por mi culpa más bien.

Nixon parpadeó una vez.

—¿Cómo?

—Que cree que es mi culpa.

—¿Pero no se ahogó en el río?

Asentí.

Se pasó una mano por la cara.

—Vale, para —dijo—, empieza desde el principio porque me estoy perdiendo algo.

Exhalé despacio.

—No sabía por qué desapareció —empecé—, nunca me lo dijo, se fue sin más, y hoy… me lo ha soltado.

—¿Así, de golpe?

—Así.

—¿Y cuál es su teoría?

—Que discutí con él, que lo dejé solo, y que por eso murió. Imagino que hay algo que no me ha querido decir.

Nixon frunció el ceño.

—Pero eso no tiene sentido.

—Lo sé.

—Había un montón de gente ese día, me contaste que discutiste y que te fuiste, pero no estaba solo.

—Lo sé.

—Y el informe fue claro, ¿no? Ahogamiento.

—Sí.

Se quedó callado unos segundos, pensando.

—¿Tú recuerdas algo raro?

Negué.

—Discutimos, sí, pero nada fuera de lo normal, me fui, y al día siguiente apareció su cuerpo sin vida.

—¿Ella cree que fuiste el último en verle?

—Imagino, no sé —respondí—, pero ella está convencida de que fue mi culpa.

Nixon apoyó los codos en las rodillas, mirándome más serio ahora.

—Entonces hay algo que no sabes.

—Eso es lo que yo pienso.

—¿Y qué quieres hacer?

—Averiguarlo.

—Claro —murmuró, casi para sí—, joder…

Levantó la vista otra vez.

—Vale, esto ya no es solo cosa tuya.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Que esto es del equipo —respondió—, no vas a meterte en esto solo, ni de coña.

—Nixon…

—Ni Nixon ni hostias —me cortó—, si hay algo raro en lo de ese chico lo vamos a sacar, y si no lo hay, también, pero no te vas a quedar con la duda, no ahora que ha vuelto ella.

No respondí.

Porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Voy a llamar a Gideon —añadió, cogiendo el móvil.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Es tarde.

—Me da igual.

Marcó.

Esperó.

—Levanta, cabrón… —murmuró.

Al segundo contestaron.

—Tenemos un problema —dijo sin rodeos—, y sí, tiene que ver con Silas.

Hizo una pausa, escuchando.

—No, no es legal… todavía —añadió—, aunque creo que es peor.

Me miró.

—Es personal.

—Exacto —continuó—, necesitamos tirar de hace años, muerte en el río, informe cerrado como accidente, pero parece que hay dudas.

Otra pausa.

—Sí, mañana hablamos todos, pero quiero que empieces a mirar lo que puedas.

Colgó.

Me miró.

—Esto se va a empezar a mover ya.

Asentí despacio.

Porque no había vuelta atrás.

—Y Silas —añadió antes de levantarse—, una cosa.

—¿Qué?

—Si ella te culpa así después de tanto tiempo…

Hizo una pequeña pausa.

—Más te vale estar preparado para que no te guste lo que encontremos.

No respondí, porque justo eso era lo que realmente empezaba a preocuparme.

Nixon no dijo nada durante unos segundos después de colgar, se quedó con el móvil todavía en la mano, mirándome como si estuviera valorando algo más allá de lo que acabábamos de hablar, y yo tampoco rompí el silencio porque no tenía nada nuevo que añadir, lo que había era suficiente, demasiado incluso, y aun así sentía que solo habíamos empezado.

—Siéntate —dijo al final, señalando el sofá.

No discutí.

Me dejé caer sin ganas, apoyando los codos en las rodillas mientras pasaba una mano por mi cara, intentando quitarme de encima esa sensación constante de que nada iba bien, de que había

algo en medio de todo aquello que no estaba viendo y que, por algún motivo, llevaba años ahí sin que nadie lo analizara.

—Vale —murmuró él, dejándose caer enfrente—, esto lo vamos a investigar bien, pero no esta noche.

Levanté la vista.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué no vamos a hacer nada?

—Claro que no —repitió—, ahora mismo estás demasiado metido en esto, no vas a ver nada claro.

—Nunca he necesitado estar descansado para pensar.

—Ya —asintió con media sonrisa—, pero esto no es una cirugía, no vas a arreglarlo con un bisturí y dos decisiones rápidas.

No respondí.

Porque no me gustaba que tuviera razón.

—Duérmete aquí —añadió—, mañana cuando venga Gideon vemos todo con calma.

Solté una risa corta, sin humor.

—¿Dormir, para qué?

Frunció el ceño.

—¿Cómo que para qué? Para descansar —respondió.

—Si ya no tengo que operar, puedo quedarme despierto lo que quiera.

Ahí sí me miró distinto.

Más serio.

—No digas gilipolleces.

—No lo son.

—Sí lo son —replicó sin dudar—, que estés suspendido no significa que dejes de ser quién eres.

Negué levemente.

—Ahora mismo no soy nada de eso.

—Eres exactamente lo mismo —insistió—, solo que cabreado y sin quirófano.

Eso me arrancó una sonrisa.

—Duérmete, Silas —añadió, más bajo esta vez—, mañana lo vas a necesitar.

Lo miré unos segundos más, valorando si tenía sentido seguir dándole vueltas a lo mismo esa noche, y aunque una parte de mí

quería hacerlo, quería quedarse despierto reconstruyendo cada detalle, otra sabía que no iba a llegar a nada en ese estado, que solo iba a repetir lo mismo una y otra vez sin avanzar.

—Vale —murmuré al final.

Me levanté, fui hacia la habitación que ya conocía de sobra y cerré la puerta sin decir nada más, dejándome caer en la cama sin siquiera molestarme en quitarme los zapatos, mirando al techo durante unos segundos mientras las imágenes volvían solas, el río, la discusión, Sasha, su forma de mirarme, esa seguridad absurda al decir que era culpa mía, y por primera vez no las rechacé, no intenté darles sentido, solo dejé que estuvieran ahí hasta que el cansancio hizo el resto.

No sé cuánto dormí. pero fue suficiente.

Cuando abrí los ojos, la luz que entraba por la ventana ya no era de madrugada, y el sonido de voces en el salón terminó de despertarme del todo antes incluso de que me moviera, reconociendo una de ellas al instante.

Gideon.

Me incorporé sin prisa, pasándome la mano por la cara antes de salir al pasillo, y en cuanto entré en el salón los encontré a los dos, Nixon apoyado en la encimera con una taza en la mano y Gideon de pie frente a la mesa, con una carpeta abierta y varios papeles extendidos como si llevara un rato revisándolos.

—Mira quién ha decidido aparecer y vislumbrarnos con su presencia —soltó Nixon sin levantar la vista.

—Llevo aquí un rato —respondió Gideon, sin tono, concentrado—, pero parece que necesitabas dormir.

—No empieces —murmuré, acercándome.

Gideon levantó la vista entonces, evaluándome en un segundo, como siempre hacía.

—¿Qué tal estás?

—Bien.

—Mentira —dijo sin más, y volvió a los papeles—, pero me vale.

Me acerqué a la mesa.

—¿Qué tienes?

No respondió de inmediato, cogió uno de los documentos y me lo tendió.

—Informe forense —dijo—, fecha, lugar, causa oficial: ahogamiento.

Lo miré por encima.

Nada nuevo.

—Eso ya lo sé.

—Sí —asintió—, pero sigue leyendo.

Bajé la vista otra vez.

Detalles.

Hora estimada.

Condiciones.

Nada que llamara la atención a primera vista.

—No veo nada raro.

—Porque no estás mirando bien —intervino Nixon desde detrás—, dale la vuelta.

Fruncí el ceño, pero lo hice.

Y ahí fue cuando lo vi.

Una línea.

Pequeña.

Fácil de pasar por alto.

—¿Eso estaba ahí antes? —murmuré.

—Siempre —respondió Gideon—, otra cosa es que nadie le prestara atención.

Leí otra vez.

Más despacio.

—Contusión leve en la zona occipital previa al ahogamiento.

Levanté la vista.

—Se golpeó.

—O lo golpearon —añadió Nixon.

El silencio que siguió fue casi doloroso.

—Eso no lo recordaba —dije.

—Normal —respondió Gideon—, no era relevante para cerrar el caso como accidente.

—Pero ahora sí lo es.

Gideon asintió.

—Ahora cambian cosas, pero solo porque su hermana te acusa de algo. No porque hayan pruebas de nada.

Me quedé mirando el papel un segundo más, notando cómo esa sensación que llevaba desde la noche anterior empezaba a tomar forma, cómo ese hueco dejaba de ser abstracto para convertirse en algo concreto.

Algo real.

—No se ahogó sin más —murmuré.

—Eso parece, pero podría haber resbalado en el río, haberse golpeado y después ahogarse —respondió Nixon.

—Entonces, qué diferencia hay —empecé.

—De momento ninguna, solo tienes que sacarle más información, porque así, con lo que tenemos, no tenemos absolutamente nada —terminó Gideon.

Levanté la vista.

—¿Quién lo firmó, quien firmó la autopsia?

Gideon cerró la carpeta con calma.

—Esa es la parte interesante.

CAPÍTULO 13

No me gustó cómo sonó eso. Porque cuando Gideon decía algo así nunca era por gusto, siempre había algo detrás, algo que no gustaba del todo o que directamente olía mal, y me quedé mirándolo unos segundos, esperando que continuara sin tener que pedírselo, pero no lo hizo, simplemente apoyó la carpeta sobre la mesa con esa calma suya que empezaba a ponerme nervioso.

—¿Quién lo firmó? —repetí, más directo esta vez.

Gideon entrelazó los dedos delante de él, pensativo, como si estuviera valorando la información antes de soltarla.

—El informe está firmado por un forense del hospital comarcal de entonces —empezó—, alguien sin demasiado peso, sin historial llamativo, sin nada que haga saltar alarmas a simple vista.

—Eso suena a que hay un pero —murmuró Nixon desde la encimera.

—Siempre hay un pero —respondió Gideon sin mirarlo—, el problema no es quién lo firma.

—¿Entonces?

—El problema es cuándo.

Fruncí el ceño.

—Explícate.

Gideon abrió de nuevo la carpeta y pasó un par de hojas hasta dar con lo que buscaba, señalando una línea concreta antes de girarla hacia mí.

—Hora de la autopsia —dijo.

Bajé la mirada.

Leí.

Y tardé un segundo en verlo.

Otro en entenderlo.

—Esto no cuadra.

—No —confirmó él—, no cuadra.

—¿Qué pasa? —preguntó Nixon, acercándose por fin.

—La autopsia se hizo un día antes de morir—respondí sin apartar la vista del papel—, no puede ser.

—¿Y eso que implica? Se pudieron equivocar de fecha.

Levanté la cabeza.

—No es posible, estos documentos pasan tres filtros.

—¿Entonces?

—Pues eso es que tenían prisa por acabar con todo esto.

—¿Prisa por qué? —insistió Nixon.

—Por cerrar el caso —respondió Gideon.

Me apoyé en la mesa, notando cómo todo empezaba a moverse dentro de mi cabeza más rápido, conectando cosas que hasta hacía unas horas ni siquiera existían.

—¿Quién mete prisa en algo así? —pregunté.

—Buena pregunta.

—Quien hizo esto creía que era un chaval cualquiera, con familia de pocos recursos, de un barrio desfavorecido, y que no iba a hacer demasiado ruido —dijo Gideon.

—Lo que no me cuadra es que la hermana sospeche de algo y no armase revuelo —asintió Nixon—, y aun así esto se cerró como accidente en tiempo récord.

Volví a mirar el informe.

—Golpe en la cabeza antes de ahogarse.

—Sí.

—Autopsia mal fechada.

—Sí.

—Y nadie dijo nada.

—Nadie al parecer —corrigió Gideon.

—Alguien lo quiso así —murmuré.

—Eso parece.

Me incorporé del todo, alejándome un paso de la mesa como si necesitara espacio para pensar, pasando una mano por mi nuca mientras intentaba reconstruir todo otra vez, pero ahora con esto

encima, con esa nueva pieza que lo cambiaba todo sin explicarlo realmente.

—Ese día había mucha gente —dije—, demasiada como para que algo así pase desapercibido si no fue un accidente.

—O para que alguien vea algo y no lo diga —añadió Nixon.

—O para que alguien sí lo diga y no le hagan caso —remató Gideon.

Me giré hacia él.

—Quiero nombres.

—Los tendrás —respondió—, pero no tan rápido.

—No me jodas.

—Esto tiene años, Silas —replicó con calma—, no es tirar de un hilo y ya está, hay que hacerlo bien si no quieres cargarte lo poco que podamos encontrar.

Apreté la mandíbula.

—Mientras tanto ella cree que fui yo.

—Eso es otro problema —dijo Nixon.

—No —negué—, es el mismo.

Los dos me miraron.

—Y si alguien pretendía inculparme, y no le salió del todo bien…

—Eras el candidato perfecto —terminó Gideon.

—Pero nadie me señaló —añadí—, nadie vino a preguntarme nada más allá de lo básico.

—Porque coló como ahogamiento, en el caso de que la familia hubiera dado patadas, entonces habrías salido rápido a la palestra —respondió Gideon.

—Creo que debería ir a hablar con Madox, es posible que él tuviese algo que ver, después de aquello, él apareció y me llevo a La finca.

—¿Crees que él te protegió? —preguntó Gideon.

—Eso es lo que voy a averiguar.

—No vas a hacer nada sin pensar —me cortó—, bastante tienes ya encima.

—No me digas lo que tengo que hacer.

—Entonces no me obligues a hacerlo.

Nos quedamos mirándonos un segundo más de lo necesario, esa tensión antigua que siempre aparecía cuando chocábamos, pero no dijo nada más, y eso fue suficiente.

—Empieza por lo básico —añadió después, más calmado—, gente que estuvo allí, quién habló, quién no, quién desapareció después.

—Y Sasha —dijo Nixon—, ella sabe algo, aunque no lo tenga claro del todo.

Eso me hizo pensar.

—No voy a presionarla.

—No he dicho que la presiones —replicó—, he dicho que la escuches. Pregúntale a ver qué tiene que decir.

—Hay otra cosa —añadió Gideon, volviendo a abrir la carpeta solo un segundo—, el informe menciona que el cuerpo apareció temprano.

—Sí.

—Demasiado temprano.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa eso?

—Que alguien lo encontró antes de lo que debería.

—¿Y?

—Y no hay registro de quién lo encontró.

—Eso no tiene sentido.

—Exacto.

Me quedé quieto.

Procesando.

—Alguien lo vio.

—Sí.

—Y no hay declaración…

—¿Por qué?

Gideon me sostuvo la mirada.

—Esa es la pregunta correcta.

Me aparté de la mesa, cogiendo el móvil casi por inercia, sin tener del todo claro a quién iba a llamar, pero con una idea fija creciendo cada vez más fuerte.

—¿Dónde vas? —preguntó Nixon.

—A seguir tirando del hilo.

—Silas…

—No voy a hacer ninguna estupidez —le corté, aunque ni yo mismo estaba seguro de eso.

Me detuve un segundo antes de salir.

—Pero alguien sabe lo que pasó esa noche.

Los miré a los dos.

—Y voy a encontrarlo.

Salí sin esperar respuesta.

Porque ya no podía quedarme quieto.

Porque por primera vez en años esa historia volvía a estar viva.

CAPÍTULO 14

No tenía claro a quién iba a llamar, pero sí sabía a dónde tenía que ir, y eso fue suficiente para arrancar el coche sin pensarlo, dejando atrás la casa de Nixon mientras la cabeza seguía trabajando sola, enlazando todo lo que acabábamos de ver con algo que llevaba mucho más tiempo ahí, algo que nunca me había planteado cuestionar hasta ahora, porque no había tenido motivos hasta que Sasha volvió.

Conduje sin música, sin distracciones, dejando que el trayecto se hiciera casi automático, como tantas otras veces, pero esta vez no iba al hospital, ni a casa de ningún paciente, ni siquiera a resolver algo inmediato, iba hacia algo mucho más antiguo, hacia el punto donde todo había empezado para nosotros, porque si alguien tenía información, si alguien podía saber algo que no salió en ningún informe, ese era él.

Madox.

El hombre que nos sacó de la mierda cuando no éramos nada, el que nos dio estructura, propósito, una vida que ninguno de nosotros habría tenido por su cuenta, el que nos convirtió en lo que éramos ahora, y también, probablemente, el único al que nunca le habíamos cuestionado absolutamente nada.

Hasta ahora.

Cuando llegué, el lugar estaba como siempre, silencioso, limpio para lo que representaba realmente, y al cruzar la puerta no necesité que nadie me anunciara, porque sabía perfectamente dónde encontrarlo.

Estaba en su despacho.

Siempre lo estaba.

Llamé una vez.

—Adelante.

Entré sin esperar más.

Madox levantó la vista desde el escritorio, sin sorpresa, como si ya supiera que iba a aparecer en ese momento concreto, y durante un segundo me observó en silencio antes de apoyarse ligeramente en la silla, evaluando.

—Silas.

—Necesito hablar contigo.

No fue una petición.

Y él lo sabía.

—Lo supongo —respondió con calma—, no sueles venir sin motivo.

Cerré la puerta detrás de mí.

—¿Recuerdas el verano del río?

No hizo falta más.

Sus ojos cambiaron rápidamente en ese momento.

—Sí —respondió—, lo recuerdo.

—Murió alguien.

—Lo sé.

—¿Qué sabes exactamente?

Se inclinó ligeramente hacia atrás, entrelazando los dedos, tomándose su tiempo antes de responder, como si midiera cada palabra antes de soltarla.

—Lo que se dijo entonces —contestó al final—, un accidente.

Negué.

—No. No fue solo eso.

Su mirada se fijó en mí con más atención.

—¿Por qué dices eso?

Saqué el móvil, abrí la foto que le había hecho al informe y se lo mostré sin rodeos.

—Golpe en la cabeza antes del ahogamiento, autopsia acelerada, sin registro de quién encontró el cuerpo.

No lo cogió.

Pero lo miró.

Y eso fue suficiente.

—Interesante —murmuró.

—No estoy aquí para que te parezca interesante.

—Lo sé.

—Quiero saber qué pasó.

—Ya lo sabes.

—No —negué—, sé lo que dijeron que pasó.

—¿Por qué vienes a mí con esto, Silas?

—Porque tú estabas ahí.

Eso sí le hizo cambiar ligeramente la postura.

—No —corrigió—, yo no estaba en el río.

—Pero estabas en todo lo demás. Porque casualmente a los dos días me reclutaste para The Fellowship.

No respondió.

—Sasha cree que fue culpa mía —añadí, observando su reacción—, que lo dejé solo.

—¿Y tú qué crees?

—Que falta algo.

—Siempre falta algo.

—Pues esta vez no quiero que sea así.

Nos quedamos en silencio, midiéndonos, como no lo habíamos hecho nunca, porque hasta ahora nunca había habido motivo para hacerlo, pero ese momento era distinto, porque por primera vez no estaba aceptando su palabra como suficiente.

—Era su hermano —dije finalmente—, y él era amigo mío.

—Lo sé.

—Entonces entiendes por qué no voy a dejarlo.

—Lo entiendo.

—¿Y?

Madox exhaló despacio, apoyando las manos sobre la mesa.

—Hay cosas —empezó— que en su momento se manejaron de la forma más adecuada para todos.

Ahí estaba.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que necesitas.

—No.

Di un paso hacia el escritorio.

Su mirada se endureció.

—Ten cuidado con cómo planteas esto, Silas.

—Ten cuidado tú con lo que estás ocultando.

—No estás viendo el cuadro completo —dijo él finalmente.

—Entonces enséñamelo.

—No puedo.

—No quieres.

—No debo.

Apreté la mandíbula.

—Alguien murió.

—Y eso no va a cambiar.

—Pero lo que pasó sí.

Negó despacio.

—A veces remover el pasado solo empeora las cosas.

—A veces es lo único que las arregla.

Nos quedamos mirándonos un segundo más.

—¿Quién encontró el cuerpo? —pregunté al final.

No respondió de inmediato.

Y eso fue suficiente para saber que sabía algo.

—Silas…

—¿Quién?

Bajó la mirada un instante.

—No es relevante ahora.

—Lo es para mí.

—Y ahí está el problema.

—No —negué—, el problema es que lleváis años decidiendo qué es relevante y qué no.

—Si sigues por este camino —añadió entonces—, no te va a gustar lo que encuentres.

—Eso ya me lo han dicho antes.

—Entonces escúchalo.

—No.

Lo dije sin dudar.

—Ya no quiero escuchar nada más.

Me di la vuelta sin esperar más, porque sabía que no iba a sacar nada en ese momento.

Salí del despacho con esa sensación clara en el pecho, más definida que antes, más concreta, como si el camino se hubiera estrechado de golpe, obligándome a avanzar en una única dirección.

Porque ahora ya no era solo una duda.

Era una certeza.

Alguien había ocultado algo aquella noche.

Y Madox… conocía bien los detalles.

CAPÍTULO 15

No llegué ni al coche cuando ya tenía el móvil en la mano, desbloqueándolo con esa inercia que no era tanto nervios como necesidad de no quedarme solo con lo que acababa de pasar, porque lo de Maddox no había sido una simple conversación incómoda, había sido una confirmación sin palabras, una de esas que te dejan peor que si te lo dijeran todo bien claro, y sabía que si alguien iba a entender el matiz eran ellos, así que abrí el grupo buscando el nombre de siempre, *The Fellowship*, pero con la sensación de que esta vez no iba a ser una conversación más, y empecé a escribir mientras bajaba los escalones.

Yo: *He estado con Madox.*

No tardaron nada en reaccionar, como si todos estuvieran ya con el móvil en la mano o como si, de alguna manera, esto también lo hubieran estado esperando.

Nixon: *Vale, eso ha sido rápido, ¿qué coño haces yendo ahí sin avisar?*

Tristán: *Dime que no has ido a liarla.*

Gideon: *¿Qué te ha dicho?*

Seguí caminando, metiendo la mano libre en el bolsillo, notando cómo la cabeza seguía funcionando a toda velocidad mientras escribía sin detenerme demasiado en filtrar.

Silas: *Sabe cosas. Más de las que me ha querido decir.*

Hubo un pequeño parón, no largo, pero suficiente para notar que eso no era lo que esperaban leer.

Nixon: *Eso no me gusta nada.*

Tristán: *Vale, concreta un poco más porque eso puede significar mil cosas.*

Yo: *Le he enseñado el informe. Golpe en la cabeza antes de ahogarse, autopsia hecha demasiado rápido, sin registro de quién encontró el cuerpo.*

Vi cómo empezaban a aparecer los tres puntos en varios nombres a la vez, desaparecer, volver, superponerse, típico cuando todos intentan responder al mismo tiempo.

Nixon: *Joder, así de golpe le sueltas eso.*

Tristán: *¿Y qué ha dicho exactamente?*

Yo: *Nada claro. Lo ha intentado cerrar con lo de siempre, que se hizo lo mejor para todos.*

Nixon: *Traducción: hay mierda y no quiere removerla.*

Gideon: *Eso no es una respuesta neutra, eso es una evasiva consciente.*

Tristán: *¿Se ha puesto a la defensiva?*

Me apoyé un momento en el coche sin subirme todavía, mirando la pantalla mientras recordaba su cara, ese pequeño cambio que solo alguien que lo conoce bien detecta.

Yo: *No del todo. Pero ha medido cada palabra. Y cuando le he preguntado quién encontró el cuerpo… ha cambiado.*

Ahí sí que el chat se quedó sin nada nuevo un segundo más de lo normal.

Nixon: *Vale…*

Tristán: *Eso ya es otra cosa.*

Gideon: *¿Ha respondido?*

Negué para mí mismo antes de escribir.

Yo: *No. Ha intentado no responder con cosas que nunca antes dijo.*

Nixon: *Entonces lo sabe.*

Tristán: *¿Sabe quién fue, o es que fue él? ¿Qué es lo que quieres decir?*

Gideon: *Algo de eso es.*

Pasé el pulgar por la pantalla, leyendo lo que ya estaba escrito, viendo cómo tomaba forma incluso para mí mientras lo veía reflejado ahí, ordenado por otros.

Yo: *No ha negado nada. Ni una sola vez.*

Ese mensaje se quedó ahí unos segundos más de lo habitual, como si todos lo estuvieran leyendo dos veces antes de reaccionar.

Nixon: *Eso es lo peor que podía hacer.*

Tristán: *Sí, porque si lo negara podríamos pensar que no hay nada, pero así…*

Gideon: *Así confirma sin decirlo.*

Apreté ligeramente la mandíbula, notando cómo esa sensación de la noche anterior se convertía ya en otra cosa.

Yo: *Hay algo. Seguro.*

Nixon: *Ya, eso lo tenemos todos claro ahora.*

Tristán: *La pregunta es qué.*

Gideon: *Y quién más lo sabe.*

Ahí fue cuando lo noté de verdad.

No en lo que estaban diciendo.

Sino en quien faltaba.

Me quedé mirando el chat un segundo más, repasando los nombres sin querer admitirlo todavía, pero era evidente.

Faltaba uno.

Y no era cualquiera. Era Logan.

El pulgar se me quedó quieto sobre la pantalla mientras volvía a subir la conversación, asegurándome de que no se me había pasado nada, pero no, no había ni un solo mensaje suyo, ni una reacción, ni una broma fuera de lugar, nada.

Demasiado raro. Y entonces miré si estaba conectado, si había leído los mensajes que yo había escrito. Y sí, sí a todo.

Yo: *Logan.*

Escribí su nombre para llamarlo.

Los otros tardaron menos en darse cuenta.

Nixon: *Vale, sí, estaba pensando lo mismo.*

Tristán: *¿Dónde coño está?*

Gideon: *Logan.*

Nada.

Ni rastro.

Ni siquiera los tres puntos.

Eso ya no era normal.

Yo: *¿No tienes nada que decir?*

Nixon: *Tío, esto no me gusta un pelo. Responde.*
Tristán: *Logan no se calla nunca, y menos con algo así.*

Gideon: *Estará leyendo.*

Levanté ligeramente la cabeza, mirando alrededor sin ver realmente nada, como si eso fuera a ayudarme a pensar mejor.

Gideon tenía razón. Seguro que estaba leyendo.

Pero no escribía.

Yo: *Claro…*

Nixon: *¿Qué?*

No le respondí a Nixon directamente, porque en ese momento algo encajó solo, sin esfuerzo, como una pieza que llevaba tiempo fuera de sitio y de repente encontraba su hueco, detalles pequeños, cosas que en su momento no parecían nada, pero que ahora… ahora tenían sentido.

Logan siempre cerca de Madox.
Siempre un paso más dentro que el resto.
Siempre midiendo cuándo hablar y cuándo no.

Yo: *Logan sabe algo.*

Esta vez sí reaccionaron más rápido.

Nixon: *Ya estamos.*
Tristán: *¿Lo dices en serio?*

Gideon: *Es probable.*

Miré la pantalla fijamente, esperando.
Y entonces, por fin…
Aparecieron los tres puntos bajo su nombre.
Desaparecieron.
Volvieron.
Otra vez.
Como si estuviera escribiendo y borrando.
Y eso fue lo que terminó de confirmarlo.

Logan no estaba callado porque no supiera qué decir. Estaba callado porque sabía exactamente qué no podía decir.

Yo: *No hace falta que escribas mucho.*

Los tres puntos volvieron a aparecer.
Se quedaron más tiempo.

Y en ese momento supe que acabábamos de abrir algo que llevaba demasiado tiempo cerrado.

Y que Logan ya no iba a poder quedarse al margen.

CAPÍTULO 16

No frené mi ritmo al bajar del coche, ni me planteé hacerlo en ningún momento después, crucé la distancia hasta la puerta de Logan como un rayo, con la mandíbula tensa y la cabeza demasiado llena de mierda como para poder ordenar nada, y cuando golpeé la madera lo hice sin medir la fuerza, dos veces, con golpes secos, sin intención de ser educado. Cuando la puerta se abrió y apareció su mujer con esa cara de sorpresa mezclada con incomodidad supe al instante que iba a mentirme, lo vi antes de que hablara siquiera.

—Silas… —dijo, y vi esa duda en su mirada—, Logan no está.

La miré, sin parpadear, dejando que el silencio hiciera lo suyo antes de responder.

—No me mientas.

—De verdad que…

No la dejé terminar, no tenía paciencia para eso, ni tiempo, ni ganas de entrar en ese juego, así que con un gesto duro, la aparté para pasar, sin violencia pero sin pedir permiso tampoco, y cuando crucé el umbral ya estaba mirando hacia el salón porque sabía que iba a estar ahí, lo sabía antes de verlo, y no me equivoqué.

Logan estaba de pie. Y a su lado Maddox.

Se me escapó una risa baja mientras avanzaba despacio hacia ellos.

—Joder… —murmuré—, qué bien montado lo tenéis. Se supone que los secretos entre nosotros no existen.

Ninguno habló al principio, solo me miraban, como si intentaran medir hasta dónde iba a llegar aquello, pero yo ya había cruzado esa línea antes de entrar.

—¿Has venido a avisarle o ya estaba avisado de antes? —le solté a Maddox sin rodeos, señalando con la barbilla hacia Logan.

Logan tensó la mandíbula.

—Cálmate, Silas.

—No —respondí al instante, sin subir la voz pero cargando cada palabra—, no me voy a calmar.

—No sabes…

—No me jodas —lo corté, acercándome un paso más—, no después de esto que acabo de ver.

Giré la mirada hacia Maddox.

—Muy bien lo de antes —añadí—, de verdad, casi me lo creo.

—No has venido aquí a montar un espectáculo —respondió él con esa calma suya que empezaba a sacarme de quicio.

—No —negué—, he venido a que dejéis de tratarme como si fuera gilipollas.

El ambiente se endureció un poco más, lo suficiente como para que ya no hubiera vuelta atrás.

—Sabéis algo —continué, mirándolos a los dos—, los dos, y no me vais a soltar lo de fue un accidente otra vez porque no cuela.

Logan dio un paso al frente.

—No es tan simple. Te pido que dejes de remover esto.

—Claro que lo es —repliqué—, alguien murió, alguien decidió cerrar eso rápido, y vosotros estáis en medio. Me habéis jodido.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Entonces explícamelo.

Silencio. Otra vez ese puto silencio.

—No hace falta que te escondas —añadí, clavando la mirada en Logan—, todos sabemos que siempre fuiste su favorito.

Eso le golpeó, lo vi en la cara, en cómo se le tensó el gesto de un segundo a otro.

—Y hasta ahí bien —seguí—, pero esto… esto ya es otra cosa.

—No tienes derecho a…

—¿A qué? —lo corté de nuevo—, ¿a preguntar por qué coño mi vida se fue a la mierda sin saber ni por qué?

Maddox intervino entonces, más serio.

—Baja el tono.

—No.

Ni lo dudé.

—No voy a bajarlo.

Me acerqué un poco más, invadiendo ese espacio que hasta ahora siempre había respetado.

—Quiero saber qué pasó esa noche.

—Ya lo sabes.

—No —negué—, sé lo que me contasteis.

—Y es suficiente.

—No lo es.

Silencio otra vez, pero ya no era el mismo, ahora era más incómodo, más cargado de todo lo que no estaban diciendo.

—Y ya que estamos —añadí, sintiendo cómo la rabia subía sin que hiciera nada por frenarla—, quiero saber por qué Sasha desapareció.

Ninguno respondió.

Ni una palabra.

Y eso fue lo que terminó de encenderme.

—¿También sabéis eso? —pregunté más bajo, más frío.

—Claro que lo sabéis.

Me pasé la mano por la cara, soltando una risa seca.

—De puta madre.

Volví a mirarlos.

—¿Sabéis lo que es estar años dándole vueltas a algo sin entender nada? —seguí—, ¿sabéis lo que es pensar que has hecho algo mal pero no tener ni una puta pista de qué?

—Silas…

—No —corté, esta vez a Madox—, no me interrumpas.

Porque ya no había forma de parar.

—Se fue —continué—, sin decir nada, sin dar una explicación, sin una mierda de cierre a lo nuestro, y yo ahí como un imbécil intentando encontrar sentido a algo que no lo tenía.

Apreté la mandíbula.

—Y ahora resulta que vosotros lo sabíais.

Los señalé.

—Siempre lo habéis sabido.

Logan negó levemente.

—No es como crees.

—Entonces dime cómo es.

Ninguno habló.

—Eso pensaba.

Di un paso atrás.

—Me habéis jodido la vida.

La frase pareció afectarles.

—¿Sabes lo que debería ser mi vida ahora? —añadí, bajando el tono pero no la intensidad—, debería tener algo más que esto, algo que no sea solo control, normas, decisiones frías… algo que tenga sentido.

Los miré uno a uno.

—Y no lo tiene. Porque ella se fue.

—Y se fue por algo que tiene que ver con esto.

Nadie lo negó.

Ninguno de los dos.

Exhalé despacio.

—Así que vais a hablar. Ahora.

El silencio se alargó, pesado, incómodo, de esos que ya no se pueden sostener sin que algo se rompa, y entonces Logan bajó la mirada un segundo, un instante, pero suficiente para que lo viera, para que lo entendiera, y cuando volvió a levantarla ya no era el mismo gesto de antes, ya no era el silencio de alguien que no quiere hablar, era el de alguien que sabe que ya no puede seguir callando.

Y en ese momento supe que lo que viniera después lo iba a cambiar todo.

CAPÍTULO 17

No había terminado de bajar los escalones cuando el móvil empezó a vibrar en mi mano y durante un segundo estuve tentado de dejarlo sonar, porque tenía la cabeza en otro sitio, en Logan, en Madox, en todo lo que acababa de abrirse y que ya no iba a cerrarse fácilmente, pero cuando vi el número del hospital supe que no podía ignorarlo, no después de todo lo demás, así que contesté mientras me apoyaba en el coche, intentando bajar un poco la tensión que aún llevaba encima.

—Cross.

—Doctor, tiene que venir de inmediato, el comité ha tomado una decisión.

La voz era seca, profesional, de las que no dan rodeos, y eso ya me puso en alerta.

—Habla.

—Se levanta la suspensión con efecto inmediato, puede reincorporarse desde este momento.

No dije nada al principio, solo dejé que esa frase se asentara, porque no era lo que esperaba oír tan pronto.

—¿Y la denuncia?

—No es válida, la parte que la interpone no tiene potestad legal sobre el menor, no hay base jurídica suficiente para sostenerla.

Exhalé despacio, pasando la mano por mi nuca.

—Entendido.

—Le esperan.

Colgué sin añadir nada más y me quedé un segundo quieto, mirando al frente sin ver realmente nada, notando cómo todo se recolocaba en mi cabeza a la vez, la investigación, Sasha, el niño… el niño.

Ese era el único punto que importaba ahora.

Arranqué el coche.

El hospital me recibió como siempre, con ese olor limpio y constante, con el ruido controlado de fondo, con esa sensación de orden que siempre había sido mi sitio, mi zona, y aun así esta vez todo era distinto, porque no estaba entrando como cualquier otro día, estaba entrando con algo que no terminaba de encajar dentro de mí y que, por algún motivo, empezaba a incomodarme de una forma que no me gustaba.

Caminé directo, sin detenerme, sin saludar más de lo justo, atravesando pasillos que conocía de memoria hasta llegar a la puerta de la habitación, y ahí sí me detuve un segundo, lo justo para coger aire, para dejar todo lo demás fuera, porque dentro solo importaba una cosa.

Abrí aquella puerta que todavía me separaba de la verdad.

Y lo primero que vi fue a Sasha.

Sentada junto a la cama, inclinada hacia adelante, con los hombros vencidos por el peso del cansancio, y las manos cerca del niño como si en cualquier momento fuera a desaparecer si dejaba de tocarlo, y en cuanto la puerta se abrió se giró hacia mí, y la expresión que cruzó su cara no fue sorpresa, fue rechazo puro, inmediato, como si mi presencia fuera exactamente lo último que quería ver en aquel instante.

Se levantó casi de golpe.

—¿Qué haces aquí?

Cerré la puerta con calma, sin apartar la mirada de ella.

—Trabajar.

Soltó una risa breve.

—No quiero que te acerques a él.

Di un paso hacia el interior de la habitación.

—No es una petición —volvió a hablar.

Frunció el ceño, claramente superada.

—¿Perdona, quizá no recuerdas que está ahí a tu lado y no en una caja de madera porque yo no hice caso a nadie?

—Tú ya no eres su médico, vete.

—He vuelto —añadí, sin subir la voz pero sin dejar margen a duda alguna—, soy su médico otra vez, así que no montes un numerito.

—No tienes derecho a estar aquí —replicó, acercándose un poco más, como si intentara interponerse físicamente.

—Tengo todo el derecho —respondí—, y si te pones tonta te saco de la habitación en dos segundos, no me obligues.

Se quedó quieta un instante, respirando más rápido, con esa mezcla de rabia y miedo que no terminaba de esconder bien.

—Después de lo que hiciste…

—Después de lo que tú crees que hice —la corté.

—Lo sé todo.

—No sabes nada.

El silencio que se quedó entre nosotros fue denso, incómodo, lleno de cosas que no estaban dichas pero que pesaban igual o más, y durante un segundo pensé que iba a seguir, que iba a cabrearme aún mas, pero no lo hizo.

—No te acerques a mi hijo —repitió.

—Es mi paciente.

—Es mi hijo.

Nos quedamos mirándonos, como si cualquier palabra más fuera a hacer que todo estallara de verdad, y probablemente lo habría hecho si no fuera porque en ese momento algo cambió.

Un sonido leve que provenía de la cama, un movimiento.

Nada espectacular en un principio, solo un niño más despertándose de una larga siesta después de una intervención seria..

Pero suficiente para cambiarlo todo en ese momento.

Giré la cabeza hacia la cama casi sin darme cuenta, y ahí estaba.

Noah, pero esta vez era distinto, porque tenía los ojos abiertos.

Parpadeando despacio, desubicado al principio, como si estuviera intentando entender dónde estaba, respirando con ese ritmo irregular de quien vuelve de demasiado cerca del límite, y Sasha reaccionó al instante.

—Noah… cariño…

Se inclinó hacia él, cogiéndole la mano con cuidado, hablándole en voz baja, temblando, y yo di un paso más sin pensarlo, acercándome a la cama, porque había algo en aquella cara, algo que mi cabeza ya había detectado antes de que pudiera ponerle nombre.

El niño giró la cabeza.

Y me miró.

Y ahí fue cuando todo se desmoronó.

Porque esos ojos, aquellos ojos que estaba mirando, eran los míos.

No parecidos ni similares. Míos.


TF
TF

CAPÍTULO 18

Sentí un golpe fuerte en el pecho, como si algo se hubiera descolocado de golpe dentro de mí, y me quedé quieto, completamente quieto, mirándolo sin poder apartar la vista mientras cada cosa empezaba a encajar sin que pudiera detenerlo, sin que pudiera ignorarlo. En mi cabeza se estaba montando un puzle de muchas piezas.

—Doctor… —murmuró él, débil.

No respondí.

No podía.

Porque ya no estaba viendo solo a un paciente.

Estaba viéndome.

Y entonces llegó lo siguiente. El recuerdo de todo lo ocurrido: Saha desapareciendo, los más de 12 años sin saber de ella. ¿Y cómo no había caido? Aquella enfermedad tan extraña en su corazón…

Cerré los ojos un segundo.

La miocardiopatía hipertrófica. La misma maldita enfermedad que había tenido mi padre.

Hereditaria.

Inconfundible.

Abrí los ojos otra vez, mirándolo, sintiendo cómo esa certeza se asentaba sin dejar espacio a dudas.

Y levanté la vista hacia Sasha.

Ella ya me estaba mirando.

Y lo supo. Lo vio en mi cara, en cómo la estaba mirando ahora, en lo que ya no podía ocultarme.

—No… —susurró, dando un pequeño paso atrás.

Fui hacia ella.

—Sasha…

—No digas nada —negó con la cabeza, visiblemente alterada—, no… no lo digas aquí.

Pero ya era imposible.

Porque la verdad estaba ahí, delante de los dos, respirando, ocupando todo el espacio de la habitación.

—¿No pensabas contármelo nunca? —pregunté, con la voz más baja de lo que esperaba.

No contestó.

—Sasha.

Sus ojos se llenaron de algo que no era solo miedo.

¿Era culpa?

—¿Cuántos años? —repetí.

Tragó saliva, mirando al suelo un segundo antes de volver a mí.

—No era fácil para mí.

—¿No ha sido fácil? Pues han pasado más de doce años, y creo que si no es por el destino, a día de hoy todavía seguiría sin saber nada.

Movía la cabeza negando levemente mientras me pasaba la mano por la cara.

—Claro… —murmuré.

La miré otra vez.

—Claro que sí.

Ella no dijo nada.

No podía.

Y yo tampoco sabía qué decir exactamente, porque por primera vez en mucho tiempo no tenía el control de la situación, no tenía una respuesta clara, no tenía una forma de encajar lo que estaba pasando en ese lugar.

Solo tenía una certeza. Una que ya no iba a desaparecer.

Volví a mirar al niño. A sus ojos, que era como mirar a los míos.

Tuve que sentarme para poder seguir en aquella habitación. Todo estaba siendo demasiado, incluso para mí, para ese hombre que todo lo había construido a base de dolor, de angustia, de pura supervivencia desde pequeño.

Aquella historia no empezó aquella noche en el río donde todos parecían pasarlo bien, ni en la pelea entre ellos dos, ni siquiera en el momento en que Sasha lo vio todo desde la distancia. Empezó mucho antes, en decisiones pequeñas que parecían no tener importancia, en ese tipo de cosas que uno hace pensando que controla la situación y que puede parar cuando quiera, porque eso era exactamente lo que Silas pensaba entonces, que lo tenía todo bajo control, que aquello no era más que una forma rápida de sacar dinero sin depender de nadie, sin deberle nada a nadie. Solo había que mover pequeñas cantidades, lo justo para no llamar la atención, lo justo para seguir adelante sin tener que pedir.

Adrián fue quien entró conmigo en eso, su hermano, mi amigo, alguien con quien había compartido demasiado como para pensar que aquello podía salir mal, éramos uña y carne, lo que sabía uno también lo sabía el otro, para nosotros no existían los secretos, éramos como dobles, pero esa era la trampa, creer que conoces a alguien lo suficiente como para meterte con él en algo que puede joderse en cualquier momento, y durante un tiempo funcionó, sin problemas, sin sustos, dinero rápido, pocas preguntas, nadie mirando, hasta que dejó de ser suficiente para él.

Lo noté antes de que lo dijera, en cómo hablaba, en cómo actuaba, en esa ambición que empezó a crecerle dentro sin que supiera frenarla, porque ya no le bastaba con lo pequeño, con lo seguro, quería más, más cantidad, más movimientos, más riesgo, y yo no, yo ya estaba viendo hacia dónde iba aquello, ya sabía que ese camino no tenía salida fácil para nosotros, que tarde o temprano alguien más grande iba a aparecer, alguien que no juega a medias, alguien que no negocia. Y que no está dispuesto a que le levantáramos el negocio.

—Hay gente que quiere trabajar con nosotros —me dijo días antes, apoyado en la barandilla del río, mirando el agua como si estuviera viendo algo que yo no veía.

—No —respondí sin rodeos.

Ni lo dudé en responderle aquello.

—Ni siquiera sabes quién es.

—Me da igual.

Se giró hacia mí, molesto.

—Es una oportunidad, Silas. No seas aguafiestas.

—Lo que tú ves como oportunidad, yo lo veo como un problema.

—Siempre estás igual.

—Y tú no estás pensando para variar.

Ahí empezó la discusión, pequeña al principio, casi insignificante, pero suficiente para que todo lo que vino después tuviera sentido.

—No podemos quedarnos siempre en lo mismo —insistió—, esto se nos queda pequeño. Crecer es avanzar.

—Perfecto —repliqué—, entonces lo dejamos.

Eso sí lo hizo reaccionar.

—¿Qué? ¿Qué cojones quieres decir con eso?

—Que lo dejamos —repetí—, antes de que esto se convierta en algo que no podamos controlar.

Negó con la cabeza, riéndose.

—Tú puedes salirte si quieres, yo no.

—Claro, y te dejo solo, con esa cabeza que tienes llena de pájaros que no vuelan a ningún sitio.

—No, tranquilo, no me dejarás solo —respondió—, porque ya he hablado con ellos.

Ahí se acabó la conversación.

Ahí supe que ya no estábamos en el mismo punto.

Y que aquello ya no dependía solo de nosotros.

Sasha no sabía nada de todo aquello.

Para ella todo seguía siendo lo de siempre, su hermano, su novio, ese verano que parecía no tener final, y esa noche en el río que empezó como tantas otras, con gente, música lejana, risas, botellas pasando de mano en mano, nada que hiciera pensar que algo iba a terminar en una muerte.

Ella se fue antes que muchos de los que quedaban, dijo que estaba cansada, y cuando llegó a casa se descalzó sobre la alfombra

de la entrada.

Lo único que esperaba encontrar era silencio, oscuridad para poder dormir, pero no fue eso lo que encontró.

La luz de la habitación de Adrián estaba encendida. Eso ya era raro porque su hermano se había quedado en el río.

Entró llamándolo por su nombre sin obtener respuesta, y fue entonces cuando vio a su madre sosteniendo aquella caja metálica entre sus manos, con la mirada perdida, sin entender nada de lo que allí dentro había.

—¿Sabías algo de esto? —le preguntó.

Sasha solo negó con la cabeza, todavía sin poder llegar al alcance de lo que aquella caja significaba.

—¿Qué es?

—Nada, hija, ve a dormir, mañana tu hermano nos lo explicará.

Aquellas fueron las únicas palabras que su madre pronunció sobre aquella caja.

Sasha lejos de poder dormir, no dejaba de darle vueltas a la imagen que minutos antes había visto. Y el único nombre que le vino a la cabeza fue el de Silas.

Si alguien conocía bien a su hermano, era él, asi es que no se lo pensó mucho, y salió de su habitación sin despertar a su madre.

Decidió volver al río. A buscar respuestas.

Cuando llegó, quedaba poca gente, y a lo lejos pudo verlos discutiendo.

No fue una pelea muy fuerte, ella había visto cientos de esas entre ellos, fue una discusión que parecía que llevaba tiempo gestándose, por las palabras que se decían, por los reproches… y que al parecer esa noche estalló.

—No entiendes nada —le dijo, dando un paso hacia él.

—Entiendo perfectamente que te estás metiendo en algo que no puedes controlar.

—Siempre con lo mismo.

—Porque es la realidad.

—La realidad es que tú tienes miedo.

—No, la realidad es que tú no sabes con quién estás tratando.

—Sí lo sé.

—No tienes ni idea.

Se empujaron, y cruzaron esa línea que no deberían haber cruzado nunca.

—Esto no va a ir bien —le dijo, agarrándolo por la camiseta—, salte ahora que puedes.

—Ya es tarde.

Y lo era. Porque en ese momento aparecieron.

No eran gente del grupo.

No eran caras conocidas para Silas.

Y eso fue lo primero que le hizo entender que aquello ya no tenía vuelta atrás.

Se acercaron sin prisa.

Seguros de sí mismos.

—¿Dónde está la mercancía? —preguntó uno de ellos, mirando directamente a Adrián.

Aquellas palabras fueron la confirmación exacta de lo que Silas sospechaba.

—No sé de qué hablas —respondió él, pero su tono no convencía a nadie.

Ni a Silas, ni mucho menos a ellos.

Silas dio un paso al frente.

—Aquí no hay nada, os habéis equivocado de gente.

Uno de ellos lo miró.

Sonrió.

Y le empujó.

Fuerte. Lo suficiente para que se cayese hacia atrás, golpeando el suelo con el hombro, perdiendo aquel tiempo que hubiese necesitado después. Porque cuando intentó incorporarse ya estaban encima de él.

—No juegues con nosotros.

—No tengo nada, y él no sabe nada —insistió Adrián, más nervioso ahora.

—Lo tienes, no nos quieras joder.

—No.

Lo agarraron y empezaron a golpearle bajo la mirada de Silas, que como pudo se quitó de encima al tipo que lo sujetaba. Cuando pudo correr hacia su amigo, alguien por detrás lo derribo asistiéndole un gran golpe en la cabeza. Y el silencio llegó después…

Y mientras tanto…

Sasha estaba allí.

Observando parte de la escena, intuyendo lo que estaba ocurriendo, pero solo conociendo lo que ella creía conocer. Una verdad que no era completa, pero sí suficiente para ella.

Y cuando todo terminó, cuando ellos se fueron, Sasha corrió a su casa, a averiguar que era lo que esa caja de metal contenía. Y cuando la abrió y pudo verlo, decidió esconderla, porque aquello sería su nuevo pasaporte para poder alejarse del que creía culpable de lo que le había pasado a su hermano.

Convencida de que sabía la verdad.


TF
TF

CAPÍTULO 19

La habitación se quedó en silencio después de aquello, pero no fue un silencio tranquilo, fue de los que se odian, de los que aprietan tan fuerte el pecho que sientes que te ahogas, de los que te obligan a pensar más de la cuenta aunque no quieras, y durante unos segundos ninguno de los dos habló, Sasha seguía junto a la cama, con la mano de Noah entre las suyas, como si ese contacto fuera lo único que la mantenía en el presente, y yo me quedé a unos pasos, mirándolos, intentando encajar lo que ya era imposible de ignorar, porque no había forma de volver atrás después de eso, no había forma de hacer como si no lo hubiera visto.

Tragué saliva despacio.

—Te confundiste conmigo.

Mi voz sonó más baja de lo que pretendía, pero fue directa, sin rodeos, y ella no respondió al instante, solo tensó los hombros, como si esas palabras fueran exactamente lo que no quería escuchar.

—Creo que hay cosas que no sabías —añadí, dando un paso más hacia ella— y decidiste rellenarlas por tu cuenta.

Eso sí la hizo levantar su cabeza y mirarme.

Con esa mirada cargada de rabia que llevaba años acumulándose seguramente.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Pues dime una cosa —replicó, avanzando un poco hacia mí, soltándose de la mano de Noah—, ¿dónde estabas tú al día siguiente?

No dije nada.

—Porque a mi hermano lo encontraron por la mañana —continuó—, en el río, donde lo dejasteis, y tú no estabas allí, Silas, tú no aparecías por ningún lugar, era como si la tierra te hubiese engullido.

Apreté la mandíbula.

—Eso es otro tema.

—No —negó—, es el mismo tema.

—No puedo responderte aún —respondí, más seco ahora—, porque no lo sé, tengo lagunas en mi memoria, pero lo voy a resolver, pero tú… —hice una pausa, mirándola fijamente— tú me ocultaste algo bastante más grave.

Se quedó quieta.

Sabía a qué me refería.

—No me vengas ahora con eso —murmuró.

—¿Con qué? —repliqué—, ¿con el hecho de que tengo un hijo de doce años del que no sabía absolutamente nada?

—No tienes derecho a *hablarm…*

—¿Derecho? —la interrumpí—, no me hables de derechos ahora mismo, Sasha.

—No sabes nada.

—Sé lo suficiente —respondí—, sé que desapareciste, sé que no dijiste nada, sé que me dejaste sin una explicación durante años, y ahora resulta que además… soy padre… —aquello lo dije mucho más despacio, tratando que Noah no lo escuchase.

Di un paso más hasta quedarme bien cerca.

El aire entre nosotros se tensó de golpe.

—No ibas a entenderlo.

Solté una risa.

—¿Perdona?

—No ibas a entenderlo —repitió, más firme—, ni lo que pasó, ni lo que yo vi, ni lo que sentí en ese momento.

—Entonces explícame.

—Ya lo hice —respondió—, te vi allí discutiendo con él, estabais en líos, y por tu culpa mataron a mi hermano. Porque estoy convencida de que tú eras la cabeza pensante de todo aquello. Seguro que tú le obligaste a que guardara la droga en casa.

¿Droga? ¿Aquella droga que decía que no tenía? Maldito, murió por esconderla…

—Viste una parte —dije aquello pero no le revelé que su hermano murió por imbécil.

—Vi suficiente.

—No —negué, acercándome un poco más—, viste lo que quisiste ver.

Eso la encendió.

—No te atrevas.

—Lo hiciste —insistí—, rellenaste los huecos con lo que te convenía.

—¡Te vi pelear con él! —alzó la voz, golpeándome el pecho con la mano abierta— ite vi discutir, empujarle, vi a esa gente aparecer, vi cómo todo se iba a la mierda!

No me moví.

—Y después no estabas —añadió, golpeándome otra vez—, no estabas cuando lo encontraron, no estabas cuando lo sacaron del agua, no estabas cuando yo…

Se le quebró la voz.

Pero no se detuvo.

—Cuando yo tuve que reconocerlo.

Otro golpe sobre mi pecho, pero esta vez más débil.

—¿Dónde estabas tú?

Esa pregunta sí dolió.

Pero no retrocedí.

—Eso es lo que voy a averiguar.

—Claro —rio—, ahora.

—Sí, ahora.

—Un poco tarde, ¿no crees?

—Más tarde fue lo tuyo —respondí—, desaparecer sin decir nada, llevarte esto contigo —señalé levemente hacia el niño— y hacer como si yo no existiera.

—No podía quedarme.

—¿Por qué?

—Porque te vi.

—Viste lo que quisiste ver —repetí.

—¡No!

Volvió a golpearme.

Más fuerte esta vez.

Pero ya no había rabia solamente, había algo más, algo que llevaba demasiado tiempo ahí guardándoselo.

—Te quería, joder —escupió, golpeándome otra vez—, te quería y me hiciste creer que eras alguien que no eras.

Ese sí fue distinto. Ese golpe no iba dirigido al pecho. Iba a algo más profundo.

Di un paso más hacia ella.

—Y yo a ti.

Se quedó quieta.

—¿Qué?

—Te quería —repetí—, y no dejé de hacerlo.

Negó con la cabeza.

—No…

—Sí.

Otro paso y eliminé cualquier espacio entre nosotros, ya estábamos demasiado cerca.

—Me pasé más de seis años buscándote —añadí, sin apartar la mirada—, preguntando, intentando entender qué coño había hecho para que desaparecieras así.

—No mientas.

—No lo hago.

—Tú…

Alzó las manos otra vez.

Esta vez eran sus puños los que me golpeaban.

—Te odié —dijo entre golpes—, te odié durante años, ¿lo entiendes?, porque no podía aceptar otra cosa, porque mi hermano estaba muerto y tú no.

No terminó la frase.

No pudo.

Y ahí fue cuando la detuve.

Le agarré las muñecas.

—Sasha…

Intentó soltarse.

No lo consiguió.

—Suéltame.

—No.

—Silas…

Tiró otra vez.

Y entonces, la acerqué a mí. Sin darle tiempo a reaccionar. Y la abracé fuerte.

Como si fuera a desaparecer otra vez si la soltaba.

La noté tensa al principio, el cuerpo rígido contra el mío, las manos aún atrapadas entre nosotros, respirando rápido, irregular, y durante un segundo pensé que iba a apartarse, que iba a empujarme, pero no lo hizo.

Se quedó.

Y poco a poco dejó de resistirse.

Apoyó la frente contra mi pecho.

Cerró los ojos, y yo enterré la cara en su pelo, aspirando ese olor que no había olvidado en todos esos años, como si el tiempo no hubiera pasado, como si nada hubiera cambiado y al mismo tiempo todo fuera distinto.

—Te quiero… —murmuré contra su piel, casi sin voz—, joder… no he podido olvidarte.

Su respiración se cortó.

La sentí.

—No digas eso…

Pero no se apartó.

—Es la verdad.

Y entonces, muy despacio, volvió a tensarse y se separó. Lo justo para mirarme. Y ahí volvió a colocar la barrera.

—Esto no cambia nada —susurró—, ¿me oyes?, nada.

Sasha fue la primera en apartarse, dando un paso atrás, luego otro, respirando hondo como si necesitara aire de verdad después de haber estado demasiado cerca de algo que no podía permitirse sentir, y cuando volvió a mirarme ya no quedaba rastro de lo de antes, solo esa dureza que había aprendido a aparentar durante años.

—No cambia nada —repitió—, ¿me oyes?, nada.

La miré en silencio, dejando que hablara, porque sabía que no había terminado.

—Para mí sigues siendo el culpable —añadió, señalándome con el dedo, sin temblarle ya la voz—, sigues siendo la última persona que vio a mi hermano con vida, el que estaba allí cuando todo ocurrió, el que desapareció después, y el que no estuvo cuando hacía falta.

Apreté la mandíbula, pero no respondí al instante.

—Puedes contarme la versión que quieras —continuó—, puedes decirme que no fue así, que no sabías, que intentabas ayudarle, pero yo estuve allí, Silas, yo lo vi, y eso no lo puedes cambiar.

—No —respondí al fin—, pero sí puedo demostrarte que no sabes toda la historia.

Negó con la cabeza.

—No quiero saberla.

—La vas a saber.

—No —insistió—, no necesito más mentiras.

—No son mentiras.

—Lo son para mí.

De nuevo todo cayó en silencio, porque ahí estaba el punto exacto en el que chocábamos, donde ninguno iba a ceder fácilmente.

—Aléjate de nosotros —añadió entonces, bajando un poco la voz pero sin suavizarla—, de mí… y de mi hijo.

Aquella palabra me dolió, pero decidí salir de allí, porque si había algo que tenía claro en ese momento era que aquello no iba a resolverse hablando solo con ella, no mientras siguiera creyendo lo que creía, no mientras hubiera piezas que ni siquiera yo tenía, y había dos nombres que seguían apareciendo una y otra vez en mi cabeza.

Maddox y Logan.

Saqué el móvil. Sin apartar la mirada de ella.

—¿Qué haces? —preguntó, frunciendo el ceño.

No respondí. Abrí el chat.

The Fellowship.

Y escribí.

Yo: *Necesito que vengáis.*

No tardaron ni diez segundos en responder.

Nixon: *Eso no suena muy bien, amigo.*

Tristán: *¿Nivel de urgencia del 1 al voy a cometer un delito?*

Logan: *…*

Ahí estaba lo que yo buscaba.
Seguí escribiendo.

Yo: *Nivel de urgencia: me están ocultando algo desde hace años y acabo de confirmarlo hace pocas horas. Os necesito.*

Tres puntos aparecieron en varios nombres a la vez.

Gideon: *Ubicación.*

Yo: *Estoy en el hospital. Pero no es para ahora, es para lo que viene.*

Nixon: *Me estás asustando un poco, no voy a mentir.*

Tristán: *A mí no, a mí me está confirmando que todo lo que se dijo ayer era cierto.*

Logan: *Silas…*

Leí y sonreí.

Yo: *No empieces.*

Logan: *No sabes en qué te estás metiendo.*

Yo: *Sé perfectamente en qué me estoy metiendo.*

Nixon: *Vale, alguien me explica qué coño está pasando porque siento que me he perdido algo gordo.*

Tristán: *Sasha.*

Nixon: *Ah.*

Nixon: *Vale, ahora sí.*

Gideon: *¿Qué necesitas exactamente?*

Apoyé el hombro contra la pared, sin dejar de mirar a Sasha mientras escribía.

Yo: *Necesito que entre todos le saquemos la verdad a Maddox. Aunque quizá en esa frase debería incluir el nombre de Logan también.*

Tristán: *Puff, tío, Maddox es hueso duro de roer, eso no va a ser fácil.*

Nixon: *Eso es básicamente declararle la guerra.*

Logan: *No lo hagas. Estate quieto, deja todo como está.*

Leí ese mensaje despacio.
Muy despacio.

Yo: *Llegas tarde.*

Logan: *Silas, en serio.*

Yo: *No.*

Escribí rápido esta vez.

Yo: *Llevo años sin saber qué pasó esa noche.*
Yo: *Años pensando que hice algo que no entiendo.*
Yo: *Y ahora sé que vosotros sabéis más que yo.*

Ahí ya no hubo forma de disimular.

Nixon: *Espera, ¿vosotros? ¿Pero eso de que Logan está en el ajo es cierto?*

Tristán: *Logan…*

Gideon: *Esto se ha acabado.*

Logan: *…*

No respondió, pero no hacía falta que lo hiciese, porque todos teníamos nuestras sospechas de que sabía mucho.

Yo: *Así que vamos a hacer esto bien.*
Yo: *Todos.*
Yo: *O lo hago yo solo.*

Nixon: *Tío, esto es cosa de todos, nadie debe hacer nada solo cuando uno de nosotros está metido en algo serio.*

Tristán: *Legalmente hablando, me da mucho miedo.*

Gideon: *No lo harás solo.*

Levanté ligeramente la barbilla.
Ahí estaba.

Gideon: *Dime cuándo.*

Yo: *Hoy.*

Nixon: *Claro, perfecto, sin presión ni nada.*

Tristán: *Me encanta cuando tomamos decisiones impulsivas que pueden arruinar varias vidas.*

Nixon: *Varias no, todas.*

Gideon: *Basta.*
Gideon: *Si vamos a hacerlo, se hace bien. Y si Silas necesita que sea ya, pues ya.*

Yo: *Se hace ya.*

Leí una última vez lo escrito.
Y añadí.

Yo: *Porque alguien lleva demasiado tiempo decidiendo por mí.*

Bloqueé el móvil.

Y volví a mirarla.

—Esto no ha terminado —le dije, con calma.

Sasha sostuvo mi mirada.

—Para mí sí. No hay nada que puedas añadir para que cambie mi pensamiento.

Negué levemente.

—Eso lo veremos pronto.

Salí de la habitación mirando de nuevo aquel rostro que parecía ajeno a todo lo que ella y yo nos decíamos pero que no dejaba de observarnos todo el tiempo.

CAPÍTULO 20

No esperé a que nadie más llegara, ni a que el plan tomara forma, ni a que la cabeza se me enfriara, porque si lo hacía corría el riesgo de empezar a pensar demasiado y eso era exactamente lo que no podía permitirme en ese momento, así que fui directo, sin rodeos, sin avisar, conduciendo más rápido de lo que debía hasta casa de Logan, con una única idea repitiéndose una y otra vez en mi cabeza, que ya era suficiente, que ya había durado demasiado ese silencio, que alguien tenía que hablar de una puta vez.

Aparqué, apagué el motor, salí del coche y fui directo a la puerta, llamando una sola vez.

Cuando la puerta se abrió nadie apareció al otro lado. Leila se encontraba justo detrás de la puerta, y con un fino hilo en su voz dijo:

—Me marcho, os dejo solos.

Asentí, y cuando crucé el umbral me encontré con él en el pasillo. No parecía sorprendido. Porque aunque no hubiese dicho que iba, creo que todos sabíamos ahora mismo donde me encontraba.

—Logan.

—Silas —respondió demasiado rápido.

Allí estaba.

Y no estaba solo.

¿Maddox cómo no?

El ambiente cambió en cuanto los vi juntos, como si todas las piezas de aquel maldito puzle volvieran de nuevo a colocarse de golpe en el peor orden posible, como si todo lo que había estado sospechando acabara de materializarse delante de mí sin ningún tipo de filtro.

Solté una risa.

—Vaya.

Nadie respondió.

—¿Qué pasa? —añadí, cerrando la puerta a mi espalda— ¿no podéis intentar engañarme de uno en uno, vais a intentarlo juntos?

Logan dio un paso al frente.

—Silas, no es lo que crees.

—Cállate.

Intenté callarlo sin levantar la voz, pero con suficiente peso como para que dejase de decir mentiras.

Mis ojos fueron directos a Maddox.

—¿Le has avisado?

—Claro que sí —respondí yo mismo—, siempre lo haces.

—Baja el tono —intervino él, tranquilo, como si nada de aquello le afectara—, no has venido aquí a montar un espectáculo.

—No —negué, avanzando un paso más—, he venido a que dejéis de tratarme como si fuera imbécil.

Logan apretó los dientes.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Lo sé perfectamente —respondí, clavándole la mirada—, sé que sabéis algo, sé que lleváis años callándolo, y sé que tú —señalé directamente— has sido siempre su puto favorito, así que no me vengas ahora con historias.

—Eso no tiene nada que ver.

—Tiene todo que ver.

—Me habéis jodido la vida —continué, sin bajar el ritmo—, ¿lo entiendes?, me habéis dejado años sin respuestas, sin saber qué coño pasó, perdiéndola a ella sin saber por qué, pensando que había hecho algo que no encajaba… ¿también sabíais que tenía un hijo? Menuda canallada.

—Silas —intervino Madox—, esto no es lo que crees.

—Cállate tú también.

Eso sí fue distinto.

Porque no solía hablarle así.

Pero esta vez ya todo me daba igual.

—Quiero la verdad —añadí—, toda.

Nadie habló.

Y eso fue suficiente.

Giré ligeramente la cabeza hacia Logan.

—Empieza tú.

—No.

—No es una opción.

—No voy a decir nada.

—Lo vas a decir.

—No.

Dio un paso hacia mí.

—Porque no quieres saberlo.

Sonreí.

—Eso lo decides tú, ¿no?

—No —respondió—, lo decido porque sé lo que hay.

—Pues dilo.

—No.

—Dilo de una puta vez.

La voz se me tembló más de lo que habría querido, pero ya no había vuelta atrás y aquello me ponía de los nervios.

—Te estás equivocando.

—Puede.

—Esto no te va a ayudar.

—Puede.

—Te va a hundir.

—Puede.

Di un paso más.

Quedándome a un palmo de él.

—Pero lo voy a escuchar —dije.

Y entonces Logan cedió.

Pasó una mano por su cara, exhalando el aire despacio, como si estuviera tomando una decisión que llevaba años evitando.

—Maddox me lo contó —dijo al fin, sin mirarme directamente—, la noche que te trajo.

No me moví.

—Dijo que había habido una pelea, que apareció gente, que todo se fue a la mierda.

—Eso ya lo sé —corté.

—Déjame terminar.

Apreté los dientes.

Pero asentí.

—Dijo que esos tipos lo tiraron al río… —continuó— que tú estabas en el suelo, que te levantaste después…

Mi pulso empezó a cambiar.

—Que cuando reaccionaste, estabas furioso, él ya estaba en el agua.

Tragué saliva.

—Y que tú…

Ahí dudó.

Solo un segundo.

Pero lo vi.

—¿Yo qué?

Levantó la mirada por fin.

Y ahí estaba.

La mierda.

—Que tú fuiste corriendo hacia él. Que lo sacaste del agua.

Ahí estaba la verdad, lo saqué del agua para salvarle.

—Y que…

Apretó la mandíbula.

—Que lo golpeaste.

—¿Qué?

Mi voz salió casi inaudible.

—Que cogiste una piedra —continuó, ya sin frenar— y le golpeaste en la cabeza.

Negué.

Instintivo.

—No.

—Eso es lo que me contó.

—No.

—Que lo mataste en el acto.

El mundo se quedó congelado.

—No.

—Maddox te encontró en ese momento —añadió—, te sacó de allí, te hizo desaparecer antes de que llegara nadie más.

Miré directamente a Maddox.

—Eso es mentira.

—Estúpido —añadió Logan, ahora sí mirándome—, ¿eso es lo que querías oír?, ¿te sientes mejor ahora?, ¿es mejor esta versión que la que ya conocías?

No contesté.

No podía.

—Te dije que lo dejaras —insistió—, que lo mejor era no removerlo.

—Pero tú no puedes, ¿verdad?

Apreté los puños.

—No puedes dejar que otros decidan por ti, aunque sea lo mejor. Pues ahí lo tienes.

Se hizo un vacío en la habitación.

—Esa es la verdad que buscabas.


TF
TF

CAPÍTULO 21

El silencio que dejó Logan después de decir aquello que había guardado tanto tiempo, fue doloroso, fue de los que se quedan pegados a tu piel, de los que hacen que el aire se vuelva irrespirable, y durante unos segundos nadie dijo nada porque no había forma sencilla de responder a algo así, no cuando lo que acababa de decir convertía todo lo anterior en una mentira o en algo peor, en algo que nadie había querido mirar de frente.

Yo no me moví, ni aparté la mirada de él, pero tampoco reaccioné como esperaba, porque no sentía rabia en ese momento, no sentía quizá lo que debía sentir, lo que se apoderaba de mí ene se instante era otra cosa, algo más frío, como si mi cabeza estuviera intentando entender algo que no terminaba de cuadrar.

Y entonces se abrió la puerta.

Nixon fue el primero en entrar, frenando en seco nada más cruzar el umbral al notar el ambiente que allí se intuía, levantando las cejas con esa mezcla suya de ironía y alarma, seguido de Tristán, que no dijo nada, pero recorrió la estancia con la mirada como si ya supiera que aquello no iba a ser una conversación normal, y detrás de ellos Gideon, cerrando la puerta con calma, demasiada calma para lo que estaba ocurriendo allí dentro, y bastó con que diera dos pasos para que su presencia cambiara algo, como si hubiera entrado alguien que no iba a permitir que aquello se desviara.

—Vale… —murmuró Nixon, mirando despacio de uno a otro— alguien quiere explicarme por qué parece que he entrado en un entierro.

Nadie respondió.

Tristán miró directamente a Logan.

—¿Qué has hecho?

Logan apretó la mandíbula, incómodo ahora que ya no estaba solo frente a mí, y durante un segundo pareció plantearse callarse, pero ya no había marcha atrás.

—Le he contado lo que Maddox me dijo aquella noche.

Nixon frunció el ceño.

—¿Qué noche?

—La del río.

Eso bastó para ellos, todos sabíamos el motivo por el que cada uno estaba en The Fellowship.

—Ah, perfecto —soltó Nixon, pasándose una mano por la cara—, justo lo que necesitábamos, remover esa mierda.

Gideon no dijo nada todavía, solo observaba, pero estaba escuchando cada palabra.

—¿Y qué le has contado exactamente? —preguntó Tristán, más serio ahora.

Logan dudó un segundo, pero habló.

—Que después de que esos tipos tiraran a Adrián al río… —empezó— Silas fue detrás, lo sacó… y…

Se le volvió la voz más baja.

—Y lo mató.

El silencio que siguió fue distinto al anterior, más cargado, como si ahora sí hubiera algo concreto flotando en medio de todos.

Nixon soltó una risa incrédula.

—No me jodas. Eso no se lo cree nadie.

—Eso es lo que me dijo —replicó Logan, a la defensiva.

—¿Que lo mató? —insistió— ¿así sin más? Pero tío si eran amigos, los mejores amigos, se supone que eran sombras el uno del otro.

—Con una piedra —añadió Tristán, mirando fijamente a Logan—, ¿también te dijo eso?

—Sí.

—Y tú te lo creíste —remató Nixon, negando con la cabeza.

Maddox estaba allí pero de momento no decí nada.

—No tenía motivos para no hacerlo —respondió Logan, molesto—, venía de él.

Ahí fue cuando Gideon habló.

No levantó la voz, no hizo ningún gesto brusco, pero bastó con una sola palabra para que todos se callaran.

—No.

Se hizo silencio.

Todos lo miramos.

Gideon dio un paso más hacia el centro de la habitación, sin apartar la vista de Madox.

—Eso no encaja con lo que yo escuché esa noche en la que llegó Silas.

Madox no reaccionó de inmediato, pero lo vi ponerse nervioso, lo suficiente como para que yo frunciese el ceño al mirarle.

—¿Qué no encaja? —preguntó Logan.

Gideon ni siquiera lo miró a él.

—Recuerdo perfectamente el día que Silas llegó a La Finca —dijo, despacio, como si estuviera ordenando cada recuerdo antes de soltarlo—, no fue un día cualquiera, ni para nosotros, ni para él.

Yo tragué saliva sin darme cuenta.

—Y recuerdo perfectamente lo que dijo Maddox —continuó—, aquello no nos lo dijo a nosotros, ni en público… fue a Tyron.

El nombre cayó con peso.

Maddox parpadeó una sola vez.

—Gideon, es mejor que no digas nada más, estoy seguro de que quieres ayudar, pero esto se escapa a tu entendimiento. Eras un crío. No entendáis nada de lo que escuchabas —dijo Maddox.

—Ya, igual tienes razón, yo no entendí lo que escuché, pero de crío poco, Maddox, te recuerdo que cuando me diste cobijo yo ya tenía veintitrés años.

—Gideon, no hables de lo que no sabes.

Gideon ignoró a Maddox y se dirigió en ese momento al resto.

—Le dijo que lo que había hecho era por el bien del muchacho.

—Gideon, silencio —intentó detenerle Maddox.

—Recuerdo que no conocía mucho a Tyron, pero le veía en la cara angustia, miedo, estaba cagado de miedo.

Nixon giró la cabeza hacia él.

—¿Qué estás dando a entender, que Tyron hizo daño a Adrián?

—Silas —respondió Gideon sin dudar antes de continuar—, Tyron no es el culpable, recuerdo escucharle llorar hasta meses después de que lo hiciese, y también recuerdo que lo castigasen por ser blando.

Tristán cruzó los brazos lentamente.

—Eso no tiene ningún sentido.

—No —confirmó Gideon—, no lo tiene. Pero es lo que yo recuerdo.

—Porque si lo que ha contado Logan es verdad —añadió Tristán—, aquí no hay nada que proteger, solo hay un tío que mata a su amigo y punto.

Nixon asintió.

—Exacto, no necesitas montar una historia para eso, no necesitas sacarlo de allí como si fuera una víctima.

—Veo que vosotros no lo veis como yo lo veo, así es que vamos a hacerlo fácil —dijo Gideon, clavando los ojos en Maddox—, explícame qué hiciste realmente.

Maddox exhaló despacio, pasándose la mano por la cara, pero ya no tenía esa calma de antes, ahora había algo más, algo que no terminaba de controlar.

—Maldita sea… —murmuró.

—No —replicó Gideon—, nada de eso, responde.

Maddox levantó la mirada de golpe.

—¿De verdad vais a hacerme esto ahora?

—Sí —respondió Gideon sin pestañear.

—¿Después de todo lo que os he dado? —añadió, señalándonos con un gesto amplio— ¿de verdad vais a cuestionarme?

—No estamos cuestionando lo que nos diste —intervino Tristán—, estamos cuestionando esto.

—Os saqué de la calle —continuó Maddox, subiendo el tono—, os di una vida que ninguno de vosotros habría tenido, educación, estabilidad, un sitio al que pertenecer…

—Y te lo agradecemos —dijo Nixon—, pero eso no te da barra libre para inventarte lo que te dé la gana sobre nuestro pasado.

—No he inventado nada.

—Entonces explícate —insistió Gideon.

Maddox apretó los dientes.

Miró a Logan.

Luego a mí.

Y durante un segundo no dijo nada.

—Hice lo que tenía que hacer —dijo al final—, lo que era mejor para todos.

Negué despacio.

—No —respondí—, hiciste lo que era mejor para ti.

Eso sí le tocó.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo.

—Entonces dímelo tú —di un paso adelante—, dime por qué coño necesitabas que Logan creyera que yo maté a alguien.

—Dímelo —repetí.

No levanté la voz, no hizo falta, y Madox lo supo en cuanto me miró, porque esta vez no iba a desviar la conversación, ni a esconderse detrás de medias verdades.

El silencio se estiró un más de lo necesario, como si aún estuviera valorando hasta dónde podía llegar sin perderlo todo, pero ya era tarde para eso.

—Porque tenía que hacerlo —dijo al fin.

Fruncí el ceño.

—¿Qué?

—Tenía que hacerle ver que él era diferente a todos vosotros.

No entendía del todo lo que quería decir.

—¿De qué coño estás hablando?

Exhaló despacio, como si lo que venía ahora fuera algo que llevaba demasiado tiempo guardando.

—Tenía que hacer que él destacara sobre todos vosotros —continuó—, que no fuera como el resto, que no cayera en lo mismo que vosotros, en los mismos errores, en las mismas debilidades.

Nadie habló.

Pero todos escuchaban.

—Y para eso… —añadió, mirándome directamente— vosotros teníais que parecer peores que él.

—¿Qué has dicho? —esta vez fue Logan quien preguntó.

—Necesitaba que vieras lo que no debías ser. Parecía que no avanzabas por haber matado al novio ese de tu madre. Tenías que darte cuenta de que no eras peor que nadie.

—¿Y eso qué tiene que ver con decir que maté a alguien? —pregunté yo ahora.

—Todo —respondió sin titubear—, necesitaba que incluso el mejor de todos mis proyectos fuera peor que Logan.

—Esto me parece una puta broma macabra —dijo Nixon.

—Por eso le dije que tú habías matado a tu mejor amigo —me dijo Maddox.

No pude controlarme más, y me lancé hacia él sin pensar, agarrándolo de la pechera con ambas manos, empujándolo contra la pared con una fuerza que ni siquiera intenté medir.

—¿Por qué? —escupí— ¿por qué mataste a Adrián?

El nombre salió como una herida abierta.

—¿Por qué? —repetí, sacudiéndolo— ¡era mi amigo, joder!

Nixon dio un paso, pero Gideon lo detuvo con una mano en el pecho, sin apartar la mirada de nosotros, porque sabía que esto tenía que ocurrir.

Madox no se resistió.

Ni siquiera intentó soltarse.

Solo me miró.

—Porque te iba a arrastrar a su mierda.

—¿Qué?

—Te iba a llevar por el peor camino posible —continuó—, no tenía cabeza, Silas, no pensaba, solo veía dinero, riesgo, más, siempre más. No parecía que ese muchacho supiera ponerse límites.

Apreté los dedos en su camisa.

—No tienes ni puta idea.

—Sí la tengo —replicó—, llevaba meses observándolo, meses viendo cómo te empujaba hacia algo de lo que no ibas a salir

indemne.

—¡Era mi amigo!

—Era tu lastre.

Eso dolió escucharlo.

—Algún día iba a acabar como acabó —añadió—, con o sin ti.

—No.

—Sí.

Negué con la cabeza, sintiendo cómo la rabia se mezclaba con algo más oscuro, más difícil de contener.

—Y tú ya estabas en mi punto de mira —continuó—, eras mejor, más listo, más rápido, sabías parar… y eso no podía desaprovecharse.

—Cállate.

—No podía permitir que destruyera lo que tú eras. Lo que podías llegar a ser.

El aire se volvió irrespirable.

—¿Y quién coño eres tú para decidir eso?

—Alguien que vio lo que podías llegar a ser.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Y entonces dijo lo peor.

—Mira en lo que te has convertido. En lo que te he convertido. Eres brillante —continuó—, el mejor en lo tuyo, preciso, respetado, admirado… podrías ser el mejor cirujano del país, del mundo si quisieras.

Apreté más fuerte su camisa.

—¿Y eso justifica matar a alguien?

—Justifica salvarte.

Ahí fue cuando lo solté.

No porque quisiera.

Sino porque si no lo hacía no iba a parar de golpearle hasta verle muerto.

Di un paso atrás, respirando hondo, pasando una mano por mi cara como si así pudiera despejar algo que ya no tenía solución.

—¿Sabes lo que soy? —murmuré.

Nadie habló.

Ni siquiera él.

Levanté la mirada.

Directo a Maddox.

—Soy un puto desgraciado.

El silencio se hizo más profundo después de decir eso.

—Tengo un hijo —añadí, señalando el vacío— un hijo que no sabe que existo.

Tristán bajó la mirada.

Nixon dejó de moverse.

—El amor de mi vida me odia —continué— porque cree que maté a su hermano.

Maddox no dijo nada.

—¿Y tú vienes a decirme que esto ha salido bien?

Di un paso más hacia él.

—¿De verdad crees que esto es un éxito?

—Has hecho de mí el hombre más vacío que vas a conocer en tu vida.

Cada palabra salió más lenta.

—Me quitaste la verdad.

Otro paso.

—Me la quitaste a ella.

Otro.

—Y me hiciste creer que el problema era yo.

—Así que no —negué, despacio—, no hiciste un buen trabajo. Lo destruiste todo.

La habitación se quedó en un vacío absoluto, de esos en los que nadie sabe qué decir porque cualquier palabra sobra, porque ya no hay forma de arreglar lo que acaba de salir a la luz, y aun así todos sabíamos que esto no había terminado.

Porque ahora…

faltaba lo más importante. Decirle la verdad a Sasha, y eso era muy difícil, porque en todas las ecuaciones, yo seguía siendo el culpable, pues Maddox hizo que matasen a su hermano para, ¿salvarme a mí?

CAPÍTULO 22

El silencio que quedó después de mis palabras fue como si todos estuviéramos asimilando lo que acababa de ocurrir delante de nosotros, y durante unos segundos nadie habló, hasta que Tristán fue el primero en moverse, despacio, acomodándose las mangas de la camisa con esa calma suya que siempre aparecía cuando algo se volvía serio de verdad.

—Bueno… —murmuró, mirando directamente a Maddox—, te recomiendo que te busques un buen abogado.

No lo dijo con rabia.

Fue con una frialdad absoluta.

—Porque te vamos a joder bien.

Nixon soltó una risa.

—Muy bien.

—Muy, muy bien —añadió.

Logan, que hasta ese momento había permanecido en silencio, dio un paso al frente, mirando a Maddox con algo que no era solo decepción, era algo más profundo, más personal.

—Y que no te confunda nada —dijo, con la voz firme—, me da igual que seas mi suegro.

Maddox frunció el ceño.

—Logan… todo esto lo hice por ti.

—No —lo cortó—, no me digas ahora que era por mí.

Se pasó una mano por la cara, como si necesitara contener algo antes de seguir.

—Estoy bastante seguro de que a Leila le va a encantar escuchar esto de su padre. Me das vergüenza.

Maddox no respondió.

Y aquella vez me pareció viejo, cansado.

Gideon dio un paso hacia la puerta.

—Se acabó.

No fue una sugerencia.

—Vamos.

Nixon fue el primero en moverse hacia mí, dándome una palmada seca en el hombro, sin decir nada, pero suficiente para indicarme que saliera de allí, y Logan hizo lo mismo al pasar a mi lado, sin mirarme directamente, pero quedándose lo justo para que supiera que estaba ahí, que no me iba a abandonar en aquello, que no iba a dejar que me quedara solo con todo lo descubierto.

No recuerdo haber dicho nada al salir.

Ni haberme despedido.

Solo recuerdo el aire de la calle soplando con fuerza aquel día, congelándome la cara, y el ruido del coche cuando Nixon arrancó sin preguntar a dónde íbamos, porque no hacía falta, todos sabíamos que no iba a ser al hospital, ni a mi casa, ni a ningún sitio donde hubiera silencio.

—A mi casa —dijo Gideon desde atrás.

Nixon asintió.

Y nadie discutió.

No sé cuánto tiempo pasó desde que entramos hasta que tuve un vaso de whisky en la mano, pero cuando me di cuenta ya estaba sentado en el sofá, con la chaqueta tirada en algún sitio y la camisa desabrochada cuatro botones, mirando aquel líquido ámbar que se balanceaba en el interior del cristal, como si fuera a darme alguna respuesta.

—Bebe —murmuró Nixon, dejándose caer en el sillón de enfrente.

Le hice caso.

El alcohol bajó ardiendo por mi garganta.

No solucionó nada, pero ayudó un poco a suavizar el ruido de mi cabeza.

—Hijo de puta… —murmuró Logan desde la cocina, volviendo con otra botella—, te juro que como vuelva a verle la cara…

—Le vas a ver —respondió Tristán desde la puerta, apoyado en el marco—, y más de lo que te gustaría. Teniendo en cuenta de que es tu suegro…

Gideon entró detrás de él, cerrando con calma.

—Esto no se queda así.

Nadie lo dudó.

—Ni de coña —añadió Nixon.

—¿Estás bien? —preguntó Logan al final, mirándome por fin de frente.

Solté una risa.

—No.

Nixon alzó el vaso.

—Respuesta correcta. No esperábamos otra.

Tristán negó con la cabeza, pero no dijo nada.

—¿Sabes qué es lo peor? —añadí, pasándome la mano por la cara— que una parte de mí… quiere entenderlo. Quiere buscar algo para entender el porqué de todo esto. Debo de ser subnormal.

Nadie respondió de inmediato.

—No justificarlo —aclaré—, pero… entender por qué lo hizo.

—Porque está enfermo —dijo Nixon.

—Porque se cree Dios —añadió Tristán.

—Porque decidió por ti —remató Gideon.

Asentí.

—Sí… eso seguro.

Di otro trago más largo esta vez.

—Pero no cambia nada.

—No —dijo Logan—, no lo cambia.

—Lo que sí cambia es lo que hagamos nosotros ahora —añadió Gideon.

Levanté la mirada.

—¿Y qué hago yo ahora?

—Primero —respondió—, descansar.

—No tengo que operar mañana. Eso ya es descanso —respondí.

—No es por el hospital —replicó—, es por lo que viene ahora, y te aseguro que deberías estar descansado.

Tristán que estaba apoyado en la pared, se separó de inmediato.

—Nosotros tenemos que ocuparnos de algo —dijo.

Fruncí el ceño.

—¿El qué? —pregunté.

Gideon intercambió una mirada con él.

—Cosas nuestras.

—No me gusta cómo suena eso —les dije.

—No tiene que gustarte —respondió Tristán—, solo tienes que confiar en nosotros.

Los miré a los dos.

—Dejad a Tyron fuera de esto —Eso sí salió rápido—. Está claro que cargar con lo que hizo ya es suficiente castigo para él.

Gideon asintió.

—Tranquilo. No es por ahí por donde vamos.

—Entonces, ¿por dónde?

Tristán esbozó una leve sonrisa.

—Ya lo verás.

No me convencía. Pero tampoco tenía fuerzas para discutirlo.

Gideon se acercó un poco más antes de salir.

—Descansa —dijo—, de verdad.

—Y no hagas ninguna locura —añadió Tristán.

Nixon soltó una risa.

—Eso va a ser complicado —dijo Nixon y añadió— Pero yo me quedo con él.

—Lo sé —respondió Gideon, mirando directamente hacia mí—, por eso lo digo.

—Bueno —murmuró Nixon, levantando la botella—, por las familias como la nuestra.

Logan alzó su vaso.

—Y por joder a los cabrones de mierda.

No pude evitar sonreír con eso.

—Y por no dejar que te hundas solo —añadió Nixon.

Chocamos los vasos.

CAPÍTULO 23

—Va a estar aquí, seguro —dijo Gideon mientras aparcaban.

Tristán no respondió, pero asintió levemente, mirando hacia la entrada con una expresión más tensa de lo habitual.

—Esto no va a ser fácil, espero que lo sepas.

—Nunca lo es. Solo quiero que ella también sepa la verdad —respondió Gideon.

Subieron sin prisa, pero sin detenerse, hasta llegar a la planta donde estaba el niño ingresado, y antes incluso de entrar en la habitación, Tristán se detuvo un segundo para hacer una última pregunta.

—¿Estamos seguros de que es lo que debemos hacer?

Gideon lo miró.

—No.

Y abrió la puerta.

Sasha estaba de pie junto a la cama, con una mano apoyada en la barandilla, la otra cerca del niño, como si necesitara ese contacto constante.

Había un hombre a su lado vestido con un traje sencillo, postura rígida, y expresión satisfecha. Giró la cabeza en cuanto entraron, reconociéndolos al instante aunque no dijera nada, y eso bastó para que el ambiente cambiase incluso antes siquiera de que alguien hablara.

—No es buen momento —dijo él, dando un paso sutil hacia delante, colocándose ligeramente entre ellos y la cama.

Tristán arqueó una ceja.

—Nunca lo es cuando hay alguien intentando controlar la conversación. Así que haz el favor de apartarte.

Gideon no apartó la vista de Sasha.

—Necesitamos hablar contigo.

Ella no respondió de inmediato, pero su postura cambió, se volvió más defensiva, como si ya supiera que aquello no iba a ser algo que pudiera evitar.

—No tengo nada que hablar con vosotros.

—Sí lo tienes —respondió Gideon—, y además intuyo que sabes quien somos incluso sin presentaciones.

—He dicho que no.

El hombre intervino de nuevo.

—Ella ya ha pasado por suficiente hoy.

—Y lo que viene es peor —replicó Tristán sin mirarlo siquiera—, así que quizá deberías dejar de decidir por ella.

—Os estoy decidiendo…

—Lo que creo que estás haciendo ahora mismo es coger tus cosas y salir de aquí cagando leches.

Sasha cerró los ojos un segundo.

—Basta.

Se hizo el silencio. Los tres la miraron.

—Decid lo que tengáis que decir y marchaos —añadió, sin mirarlos todavía—, no quiero un espectáculo aquí.

Gideon dio un paso adelante.

Y entonces miró al niño que estaba dormido pero debido al grito que Sasha había dado empezó a abrir los ojos.

—¿Qué? —dijo Gideon sin poder quitar los ojos de la cara del niño.

—Joder… —pronunció Tristán.

La palabra se le escapó sin filtro. Sin poder controlarse.

—No puede ser…

Sasha alzó la cabeza de golpe.

—¿Qué pasa?

Nadie respondió.

Porque los dos seguían mirando al niño.

A sus ojos.

—No me jodas… —murmuró Tristán, casi en voz baja pero lo bastante alto como para que todos lo oyeran— Gideon… míralo bien.

—Lo estoy viendo.

—Es que es…

No terminó la frase porque no hacía falta.

Sasha dio un paso hacia delante intentando tapar a su hijo de ellos.

—¿Qué estáis diciendo? —dijo al fin Leonard antes de seguir hablando—. Esas palabras no son apropiadas decirlas delante de un niño.

—Cállese —lo cortó Gideon, sin apartar la mirada del niño—, por favor.

—¿Perdón?

Pero ya nadie le estaba prestando atención.

—Es igual que él —dijo Tristán al fin, mirando ahora a Sasha.

—Os pido que no continuéis —pidió ella, aunque ya había algo en su tono que les decía a Gideon y Tristán que tenían razón en lo que estaban pensando.

Gideon la miró a los ojos.

—Igual que Silas.

—¿Qué está diciendo Sasha? —dijo Leonard.

—Los ojos —añadió Tristán—, la forma de mirar, joder, es que es él pero en pequeño.

—Basta —dijo ella, esta vez más fuerte—, no volváis a decir eso.

—Sasha…

—¡He dicho que basta!

Leonard dio un paso más hacia delante.

—Esto se ha acabado, vais a salir ahora mismo de aquí, todos —dijo aquello último mirando a Leonard, que en ese momento sonreía.

—No —respondió Gideon—, no hasta que escuches lo que tenemos que decirte.

—No tienen nada que decirme —replicó ella, respirando más rápido ahora—, y desde luego no va a venir aquí nadie a inventarse nada.

—Está claro que alguien os manda —dijo Leonard.

—Tu Dios no, así que no te importa nada de esto. Vete, por tu bien.

—No voy a dejarla sola en momentos de tribulación.

—Ya estamos… —dijo Tristán.

—Pues siéntate ahí —dijo Gideon señalando la silla de la esquina, para continuar—, no hagas mucho ruido, y no prometo que no te partiremos la cara.

—¡Salvaje! —respondió Leonard.

—Tú lo has querido.

Tristán se acercó despacio mirando al suelo, y cuando levantó la vista, sin avisa le propinó un puñetazo lento, para que tuviera tiempo a salir corriendo, pero no pilló la indirecta, así que en cuestión de segundos fue derribado.

Sasha ni se inmutó, de echo cuando Leonard logró levantarse del suelo, pues del golpe había perdido el equilibrio, se fue rezando todo lo rápido que pudo.

—¿Qué os ha dicho? —preguntó de repente, mirando a Gideon—, ¿qué os ha contado él?

—Él no nos ha contado nada, entre todos hemos descubierto la verdad de lo que ocurrió aquella noche en la que tu hermano murió —respondió Tristán.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es ahora la versión?

—Que Silas no mató a tu hermano. Eso es lo más interesante de todo.

—No —negó ella de inmediato—, no… no vais a hacer esto.

—Lo vamos a hacer —dijo Gideon—, porque alguien tiene que hacerlo. Alguien debe contarte la verdad de lo que ocurrió, y que de una vez dejes de culparle.

—Yo estuve allí —replicó, señalándose el pecho—, yo lo vi.

—Viste una parte.

—Vi suficiente antes de irme, se estaban peleando.

—No.

—Sí.

—No —insistió, acercándose un poco más—, viste una pelea, viste a gente que no conocías, viste algo de aquella noche… pero no viste el final.

—No me hace falta.

—Ya te digo yo que sí.

—Silas mató a mi hermano por eso después se escondió, durante los dos primero días no apareció por ningún lado.

—Porque cuando todo terminó… Cuando tu hermano fue asesinado… —añadió Gideon— Silas no estaba consciente.

Eso la frenó.

—¿Qué?

—No recuerda nada de lo que pasó después. Él no mató a su mejor amigo.

—Eso es lo que él os ha contado.

—No —intervino Tristán—, ya te hemos dicho que lo hemos descubierto entre todos.

Ella negó con la cabeza.

—No… no, esto es mentira.

—Maddox mandó matar a tu hermano.

La frase cayó sin aviso a Sasha.

Y el impacto fue inmediato.

—No.

—Sí.

—No.

Retrocedió un paso.

—No… no, eso no…

Miró al hombre a su lado, a Tristán.

Buscando algo.

Una confirmación.

Un apoyo.

—Dile que se equivoca.

—Sasha —dijo Gideon, más bajo ahora—, lo hizo porque pensaba que Adrián iba a arrastrar a Silas a un mundo de corrupción. Maddox había puesto sus ojos en Silas para que fuese miembro de una organización poderosa. Igual que antes había hecho con más hombres —negó con la cabeza—, con otros chavales.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras escuchaba todo lo que Gideon le decía.

—Eso no tiene sentido…

—Para él sí lo tenía.

—No…

—Lo protegió —añadió Tristán—, lo sacó de allí inconsciente y después construyó una historia para que nadie mirara en su dirección.

—No…

Negó otra vez.

—No, yo lo vi, yo vi a Silas, yo…

La voz se le quebró.

—Yo estuve allí.

—Y te fuiste antes de ver lo demás —respondió Gideon.

—Tú habías encontrado algo en tu casa, creías que estaban peleándose por eso —añadió Tristán, observando su reacción—, y eso terminó de encajar lo que querías creer.

—¿Cómo…?

—Sabemos más de lo que crees.

El aire se volvió irrespirable para ella.

—No… —susurró—, no, no…

Miró al niño.

Después a ellos.

Después al vacío.

—Yo… me fui. Me fui pensando que…

No terminó.

No pudo.

—Que él lo había hecho —terminó Gideon por ella. Pero aún creyendo que Silas había matado a tu hermano, no fuiste capaz de denunciarle… ¿lo quieres?

Sus piernas fallaron un segundo, lo justo para que tuviera que apoyarse en la cama.

—Yo… —murmuró— yo le quería, pero no podía estar con el hombre asesino de mi hermano.

El peso de esa frase lo cambió todo.

—Y me fui.

Mientras tanto en la cama, el pequeño Noah, estaba relajado gracias a todos los calmantes que se le administraban, pero no tanto como para no escuchar lo que a su lado estaban hablando.

—Mamá, ¿Quiénes son? ¿qué es lo que están hablando? Mamá… ¿quiénes son? ¿qué están diciendo?

La voz de Noah no paraba de preguntarle, ni siquiera clara del todo, arrastraba ese tono espeso de los calmantes, pero fue suficiente.

Sasha se giró hacia él.

Como si la hubieran sacado de un abismo a la fuerza.

Lo miró. Y todo lo demás dejó de existir durante un segundo. El niño tenía los ojos abiertos, cansados, pero atentos a todo lo que se había dicho allí, demasiado atentos para lo que ella necesitaba ahora.

Se obligó a respirar. A ser madre antes que cualquier otra cosa. Se acercó despacio a la cama, apartándole con suavidad un mechón de pelo de la frente, y forzó una sonrisa que no le llegaba a los ojos.

—No pasa nada, cariño… —murmuró, bajando la voz—, son… amigos —dudó antes de hablar.

Noah frunció ligeramente el ceño.

—No parecen amigos.

A Tristán se le escapó una exhalación leve por la nariz, pero no dijo nada.

Gideon tampoco.

Sasha tragó saliva.

—A veces los amigos… hablan de cosas que no son fáciles —añadió, acariciándole la mejilla—, pero no tienes que preocuparte por eso ahora.

El niño la miró un segundo más.

Como si estuviera decidiendo si creerla o no, pero estaba muy cansado.

—¿Está todo bien?

—Sí —respondió rápido—, está todo bien.

Se inclinó y le dejó un beso en la frente, deteniéndose un segundo más de lo necesario, como si en ese gesto intentara sujetarse a algo.

—Duerme un poco, ¿vale? Descansa… cuando vuelva te lo explico todo bien. Voy a acompañarles fuera de la habitación, me despido y estoy contigo enseguida.

Noah asintió despacio.

—Vale…

Sus ojos se cerraron poco a poco, vencidos por el cansancio.

Sasha se giró hacia Gideon y Tristán.

—Fuera.

Tristán fue el primero en reaccionar, llegó hasta la puerta, la abrió y salieron los tres.

Y en cuanto la puerta se cerró a su espalda, Sasha se derrumbó de nuevo. Se pasó una mano por la cara. Y luego los miró.

—Como esto sea mentira, como sea todo una invención vuestra… —La voz le temblaba— …como estéis jugando con esto, os juro que no os lo voy a perdonar jamás.

—No estamos jugando —respondió Gideon con calma.

—Más os vale.

—Quiero saberlo todo —dijo al fin—, sin adornos, sin medias verdades… todo. Aunque no ponga en buen lugar a vuestro amigo.

Tristán intercambió una mirada rápida con Gideon. Y asintió.

—Entonces escucha bien —dijo—, porque te lo vamos a contar todo, y hasta podrás verlo con tus propios ojos, porque nuestro amigo Logan grabó cuando Maddox confesó todo.

Sasha apretó los labios.

—Hace años que no puedo dormir.

—Quizá cuando veas esto —dijo Gideon sacando su teléfono del bolsillo y poniéndole un video donde aparecían Silas y Maddox enfrentándose.


TF
TF

CAPÍTULO 24

Silas no supo cuánto había dormido aquella noche, pero cuando abrió los ojos lo hizo sin esa presión constante en el pecho, sin el zumbido en la cabeza que llevaba años acompañándole; se quedó unos segundos mirando el techo, respirando despacio, como si su propio cuerpo no terminara de creerse que, por una vez, podía descansar. Giró la cabeza y lo primero que le llegó fue el olor a café, caliente, recién hecho, de ese que te obliga a volver del todo al mundo real. Nixon estaba en la cocina, de espaldas, con una taza en la mano y otra ya servida sobre la encimera, como si llevara un rato esperando ese momento exacto.

—Te has levantado sin hacer ruido —dijo Silas a Nixon.

Nixon se volvió despacio, llevándose una mano a la nuca, notando aún el peso del día anterior en los músculos.

—Estoy perdiendo facultades, me hubiese encantado cabrearte de buena mañana haciendo ruido, pero se me ablanda el corazón, debe ser la edad.

—O igual estás dejando de ser un elefante en una cacharrería —respondió Silas, acercándole la taza en cuanto lo tuvo a su lado—. Tómate el café, anda, que tienes cara de necesitarlo más que yo.

Silas cogió su café y dio un primer sorbo largo, cerrando los ojos un instante.

—Joder… —murmuró—. Esto debería recetarse.

—Pues empieza, eres médico.

Se apoyaron los dos en la encimera, en ese silencio cómodo que solo existe cuando no hace falta llenar el aire de palabras, aunque en el fondo los dos sabían que aquello iba a durar poco.

Silas miró alrededor, como ubicándose del todo.

—¿Dónde están todos?

Nixon sopló el café antes de responder, ganando un par de segundos.

—Logan ha salido a mover lo de la denuncia contra Maddox. Está con la policía desde hace rato.

Silas asintió despacio, era justo lo que tocaba, lo lógico, aunque nada de lo que estaba pasando tuviera ya demasiado de lógico.

—¿Y Gideon y Tristán?

Ahí Nixon dudó lo justo para que se notara.

Silas lo vio.

—¿Nixon?

—Están… ocupándose de cosas importantes —respondió al final, encogiéndose ligeramente de hombros.

Silas entrecerró los ojos.

—Eso suena a que no quieres contarme algo.

—Suena a que no necesitas saberlo todavía.

—¿Todavía?

—Sí —dio otro sorbo—, si quisieran que estuvieras allí, te habrían llevado con ellos, créeme.

Silas le sostuvo la mirada un par de segundos más, calibrando hasta dónde apretar, pero había algo en el tono de Nixon, que le hizo retroceder un paso.

—No me gusta quedarme al margen.

—Ya, pero igual por una vez no va de lo que te gusta —respondió Nixon con calma—. Va de que descanses y pienses con la cabeza fría, porque lo de ayer… —dejó la frase en el aire, porque no hacía falta terminarla.

Silas bajó la vista a la taza.

—Lo de ayer no ha terminado, lo sé.

—Precisamente por eso estás aquí conmigo y no en otro lugar.

El sonido de la puerta al abrirse de golpe cortó la conversación de repente.

Ambos giraron la cabeza al mismo tiempo.

Logan entró casi chocando con el marco, sin aliento, con la camisa medio fuera del pantalón y el gesto desencajado, como si

hubiera subido las escaleras corriendo. Que era realmente lo que había hecho.

—Maldita sean los ascensores, nunca van lo suficientemente rápidos cuando hacen falta, y ya lo de que estén libres mejor no hablamos.

Cogió aire unos segundos bajo la atenta mirada de Nix y Silas.

—No está —soltó de primeras, apoyando una mano en la pared para recuperar aire.

Silas dejó la taza sobre la encimera con un golpe seco.

—¿Quién no está?

—Maddox —añadió Logan, incorporándose—. No lo encuentran por ningún lado.

Nixon frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo encuentran? ¿Habéis ido a su casa?

—A su casa, a la finca, a todas sus propiedades registradas, oficinas, contactos… nada —enumeró Logan, pasando una mano por su pelo—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

Silas exhaló despacio, sin sorpresa real.

—Claro…

Logan lo miró con incredulidad.

—¿Claro? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—No me sorprende.

—Pues a mí sí, joder —replicó Logan, acercándose más—. Estamos hablando de un tío al que acabamos de señalar por asesinato y desaparece en cuestión de horas.

—Precisamente por eso —respondió Silas, apoyándose en la encimera, más sereno de lo que cabría esperar—. Era de esperar, él es así.

Nixon los miró a ambos.

—Espera, espera… ¿me estás diciendo que esto lo tenía previsto?

—Maddox siempre tiene previsto el siguiente paso —dijo Silas, casi en automático.

Hubo un segundo de silencio. De esos en los que todos entienden más de lo que se dice.

—¿Has llamado a Leila? —preguntó entonces Silas.

Logan soltó una risa.

—Sí, claro que la he llamado.

—¿Y?

—Ni idea —respondió—. Dice que no sabe dónde está.

—¿Y le crees?

Logan se quedó un segundo pensándolo, y eso ya era una respuesta en sí misma.

—Sí… —dijo al final—. O al menos creo que ella no está metida en esto.

—¿Crees o sabes?

—Silas, joder… —resopló—. Es su padre, pero eso no significa que le cuente todo. Además… ya lo hizo antes.

Silas levantó la mirada.

—¿El qué?

—Desaparecer —respondió Logan, cruzándose de brazos ahora—. Hace años montó todo un numerito para que todos creyéramos que estaba muerto. Meses sin saber nada de él. Ni su hija, ni su gente más cercana.

Nixon soltó un silbido bajo.

—Vale, recordemos que hablamos de Maddox, es otro nivel de hijo de puta.

—Sabe cómo borrarse —añadió Logan—. Sabe cómo desaparecer sin dejar rastro.

Silas asintió despacio, procesándolo, encajando piezas que llevaban años dispersas.

—Entonces no está huyendo.

—¿Ah, no? —replicó Logan, incrédulo.

—No —Silas negó con la cabeza—. Maddox no huye… se retira.

—¿Y qué diferencia hay? —preguntó Nixon.

—Que cuando alguien huye, intenta no ser encontrado —respondió Silas, levantando la vista hacia ellos—. Cuando alguien como él se retira es porque sabe que jamás será encontrado.

—Genial —murmuró Logan—. Justo lo que necesitábamos oír.

—Necesitábamos saber con quién estamos tratando —corrigió Silas.

—Lo sabemos —replicó Logan—. Un asesino manipulador que ahora está suelto.

—¿Puede hacernos daño con algo? —añadió Nixon.

Silas apoyó ambas manos en la encimera, inclinándose ligeramente hacia delante, más presente ahora, más concentrado.

—Creo que no, salvo lo de Tristán… creo que nada más maneja con lo que poder chantajear.

Logan lo miró fijamente.

—Es algo que tener en cuenta, eh.

Silas tardó un segundo en responder.

—Tenemos que encontrarle.

—¿Cómo?

—Ahora no lo sé, pero hay que hacerlo, o Tristán vivirá toda su vida acojonado. —dijo simplemente.

Logan dejó escapar el aire lentamente.

Se hizo un gran silencio esta vez, mientras todos pensaban en la putada que era aquello para Tristán.

Porque en el fondo los tres sabían que la información que manejaba Maddox era importante.


TF
TF

TRISTÁN MOOR, PERDICIÓN

Disciplina. Exactitud. Cero errores.
Así vive Tristán. Uno de los cinco hombres criados desde la adolescencia por The Fellowship, una orden espiritual que no solo educa… transforma. Bajo sus reglas, el dolor se convierte en control, la fe en obediencia, y los errores… simplemente no existen.

Una calurosa tarde de verano, en una calle olvidada de Chicago, aparece un cadáver. A su lado, un adolescente inconsciente. Cuando despierta, se encuentra en una finca rodeada de jóvenes como él, y no hay rastro de lo que ha ocurrido. Todo parece olvidado, hasta que, una década después, otro caso idéntico cae en manos de Logan Hartwell, ahora un abogado brillante y miembro de la misma organización que Tristán. Es en ese momento, los recuerdos que Tristán parecía haber olvidado, comienzan a reaparecer, pero aún sin mucha fuerza. Al poco tiempo, Tristán desaparece, y como pista única solo queda un mensaje de voz de una mujer.

Te he cazado, hijo de puta… y ahora vas a pagar por todo lo que has hecho.

CAPÍTULO 25

Cuando Sasha volvió a entrar en la habitación después de unos minutos fuera, ya no era la misma que había salido, y lo sabía; podía intentar recomponerse, limpiarse las lágrimas, ordenar lo que acababa de romperse dentro de ella, pero hay momentos en los que el cuerpo sigue adelante y la cabeza todavía se está rompiendo a pedazos dos pasos por detrás. Cerró la puerta con cuidado, como si ese gesto pudiera proteger algo, y durante un segundo se quedó ahí, apoyada, mirándolo.

Noah no dormía.

Tenía los ojos abiertos, más despejados de lo que deberían, observándola con una atención que no era propia de un niño que acababa de ser operado hacía pocos días, y eso le hizo entender que no iba a poder esquivar aquello, no esta vez.

—Pensé que te habías dormido —dijo ella, acercándose despacio a la cama.

—Lo intenté —respondió él, encogiéndose un poco de hombros—, pero estabais hablando muy alto.

Sasha soltó una pequeña exhalación, mitad risa, mitad derrota, y se sentó en el borde de la cama, buscándole la mano de forma casi instintiva.

—Lo siento.

—¿Quiénes eran?

No había reproche en su tono, solo parecía simple curiosidad.

Sasha bajó la mirada un segundo, ordenando las palabras para tratar de decir aquello que venía ahora lo más fácil posible.

—Son amigos de una persona que conocí hace mucho tiempo —empezó—, de antes de que tú nacieras.

—¿Amigos?

Dudó.

—Sí —respondió al final, con un matiz que no pasó desapercibido—. Aunque ahora mismo ese amigo y yo no somos tan cercanos como en el pasado.

Noah la observaba en silencio.

—Parecían enfadados.

—Lo están.

—¿Contigo?

Sasha negó suavemente.

—No, bueno… no exactamente —se humedeció los labios—. Están enfadados con una situación, con algo que pasó hace años.

El niño ladeó un poco la cabeza.

—¿Tiene que ver con lo que estabais diciendo? ¿Con ese Adrián?

El nombre le golpeó.

Pero esta vez no apartó la mirada.

—Sí.

—Adrián era mi hermano —añadió, más bajo.

Noah parpadeó despacio.

—¿Tenía un tío?

—Tenías —corrigió ella con suavidad—. Sí.

—¿Qué le pasó?

Ahí estaba el momento que llevaba años evitando. Sasha apretó ligeramente su mano.

—Murió —dijo sin rodeos, porque no tenía sentido disfrazarlo—. Hace muchos años.

Noah no apartó la mirada.

—¿Cómo?

Ella respiró hondo.

—Lo mataron.

—¿Quién?

Sasha cerró los ojos un segundo.

Y esta vez no pudo mentir.

—Durante mucho tiempo creí que lo sabía —admitió, abriéndolos de nuevo—. Pensé que había sido una persona concreta, alguien en quien confiaba.

—¿Y no era?

Negó despacio.

—Hoy he descubierto que estaba equivocada.

Noah frunció el ceño, procesando.

—¿Entonces no sabes quién fue?

—Empiezo a saberlo ahora —respondió ella—, pero, no es tan simple.

El niño la miró unos segundos más.

—Parecías muy afectada.

Sasha dejó escapar una pequeña risa sin humor.

—Lo estoy.

—¿Porque te equivocaste?

—Sí, imagino —susurró—. Porque me equivoqué, y porque esa equivocación hizo que tomara decisiones que cambiaron muchas cosas. A muchas personas.

Noah seguía sin entenderlo.

—Ellos hablaban mucho de alguien —murmuró—. ¿De Silas?

—Sí.

—Decían que no fue él.

—Eso es lo que dicen.

—Pero tú pensabas que sí.

—Sí.

Noah seguía mirando a su madre.

Y entonces dijo, muy tranquilo:

—¿Por qué insistían tanto en que yo me parecía a él?

Sasha se quedó inmóvil literalmente.

—Noah…

—Mamá —la interrumpió con suavidad—, también te preguntaron si lo querías. No tienes que hablarme como a un niño pequeño —añadió él, con una calma que descolocaba—. Sé que algo importante está pasando.

Sasha notó cómo le temblaban ligeramente las manos. Ella no hablaba.

—Y aunque esté un poco… —hizo un gesto vago con la otra mano— drogado por todo lo que me están poniendo, no soy tonto.

—Nunca he pensado eso de ti cariño, solo trataba de protegerte, de no hacerte daño.

—¿Por eso nos unimos a la gente esa rara?

—¿Los testigos?

—Mamá son muy raros todos. Se pasan el día hablando de Dios, de lo que tiene planeado para el futuro y no viven la vida que tenemos en el presente, no la aprovechan. Además tengo la sensación de que alguno vigilan y si ven que te desvías un poco de lo que ellos creen que debería ser lo correcto, se chivan a los que mandan.

—Tranquilo, ya no volveremos a estar con ellos, casi pierdo lol que más quiero en esta vida por dejarme llevar.

—Pues ahora que ya te has dado cuenta de que no soy tonto, dímelo, cuéntamelo todo.

—Cielo, cuando estemos en casa, sí, creo que será mejor allí.

—Bueno, como veo que no vas a decírmelo tú, lo haré yo. Creo —continuó él, mirándola fijamente— que el hombre del que hablabais todo el rato —Se detuvo un segundo pero sin apartar la mirada—, creo que es mi padre.

Sasha intentó hablar, pero no pudo. Se llevó una mano a la cara, soltando el aire de golpe, y negó levemente, no como respuesta, sino como reacción.

—Mamá…

Volvió a mirarlo.

—Sí.

—¿Sí, qué?

Sasha tragó saliva.

—Sí —repitió, obligándose a sostener su mirada—. Silas es tu padre.

Noah se quedó perplejo, pensando.

—Vale… —dijo al cabo de unos segundos.

A Sasha le sorprendió.

—¿Vale?

—Sí —asintió levemente—. Tiene sentido.

Eso la descolocó.

—¿Tiene sentido?

—Sí —respondió—. Por cómo hablaban de él por cómo me miraban cuando lo nombraban.

Sasha sintió un nudo en la garganta.

—Noah…

—¿Él lo sabe?

La pregunta llegó directa sin rodeos.

—Lo supo ayer.

—¿Antes no sabía de mi existencia?

Negó despacio.

—No.

El niño se quedó en silencio un momento.

—¿Por qué?

Sasha respiró hondo.

—Porque yo creía que él había matado a mi hermano —respondió al fin, con la voz rota—. Y no podía, no podía permitir que formaras parte de la vida de alguien así.

Noah asintió muy despacio.

—Pero no fue él.

—No.

—Entonces ahora…

Sasha cerró los ojos un segundo.

—Entonces me equivoqué, y ahora imagino que es muy difícil todo.

—¿Le quieres? —preguntó Noah al cabo de unos segundos, repitiendo la pregunta que había escuchado de la boca de uno de los dos hombres que habían estado en la habitación.

Sasha abrió los ojos y esta vez no dudó.

—Sí. Siempre lo he querido.


TF
TF

CAPÍTULO 26

La puerta se abrió de golpe, rebotando contra la pared con ese descuido típico de quien viene de otro momento completamente distinto al que se está viviendo en el interior, y antes siquiera de que se pudiera ver quién entraba ya se oían sus voces llenando el apartamento.

—Te lo estoy diciendo, la tuya estaba más buena —soltó Tristán, entrando primero, con la chaqueta colgando del dedo y una sonrisa ladeada—. No intentes vendérmelo de otra forma.

Gideon venía justo detrás, quitándose el reloj con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Más buena yo diría que estaba la tuya —debatían—, pero la mía lo hacía mejor. Y eso es más importante.

—¿Ah, sí? —Tristán dejó la chaqueta tirada en el sofá sin mirar—. Porque la mía no necesitaba ni que le dijera nada, ya sabía por dónde iba todo.

Gideon soltó una risa.

—No me hubiese importado cambiártela, eh… —añadió, girando ligeramente la cabeza hacia él—. La tuya tenía las tetas más grandes.

Y fue justo en ese momento cuando levantaron la vista.

Y miraron al salón. Y dejaron de hablar. Porque allí, en la isla, apoyados en la encimera, estaban Silas, Nixon y Logan mirándolos fijamente.

Tristán carraspeó ligeramente, pasándose una mano por el pelo.

—Bueno —murmuró, como si intentara aterrizar—. Esto no es lo que parece.

—No —respondió Silas con calma—, es exactamente lo que parece.

Gideon dejó el reloj sobre la mesa sin apartar la mirada de ellos.

—Buenos días.

—¿Buenos días? —repitió Logan, arqueando una ceja—. ¿En serio?

Silas no se movió de su sitio, pero había algo en su postura que lo decía todo.

—¿Eso era lo que estabais haciendo toda la noche?

Nadie contestó.

—¿Eso era lo importante que teníais que hacer y no me podíais contar? —insistió, con una ligera inclinación de cabeza.

Tristán suspiró, como si aceptara que no había escapatoria.

—A ver no es lo que parece, porque esto —empezó—, esto era el premio.

Silas lo miró sin entender.

—¿El premio?

—Sí —continuó Tristán, señalando a Gideon con el pulgar—. Por haber hecho lo que teníamos que hacer. Y hacerlo bien. Muy bien.

Gideon asintió despacio.

—Diría que incluso a la perfección.

Hubo un segundo de silencio entre todos.

Silas los observó a los dos, de arriba abajo.

Y negó con la cabeza.

—Sois unos idiotas.

—Puede —respondió Gideon sin inmutarse—, pero estos idiotas han hablado con Sasha.

Eso lo cambió todo, Silas dejó de apoyarse en la encimera.

—¿Qué?

Tristán dejó de sonreír.

—La hemos ido a visitar al hospital —dijo—. Como suponíamos estaba allí con el niño.

—Y hemos hablado con ella —añadió Gideon—. No ha sido fácil, por cierto. En lugar de decirnos idiotas y echarnos la bronca,

deberías de agradecérnoslo.

Silas dio un paso hacia ellos.

—¿Y?

Gideon lo miró fijamente.

—Pues yo creo que a partir de ahora, cuando te vea, no va a querer matarte por creer que fuiste tú quien mató a su hermano.

Silas giró la cabeza lentamente hacia Tristán.

—¿Es cierto?

Tristán sostuvo su mirada y asintió.

—Le hemos contado todo —añadió—. Lo de Maddox. Lo del río. Todo lo que sabemos.

Silas apretó la mandíbula.

—¿Y qué ha dicho?

—Al principio lo mismo que tú te imaginas —respondió Gideon—. Negar. Enfadarse. Mandarnos a la mierda.

—Pero, después —continuó Tristán— se ha dado cuenta de que no le estábamos mintiendo. Claro que el video que nos pasó Logan de las cámaras de su casa donde se os ve a ti y a Maddox cuando te confiesa lo que hizo… Sí, definitivamente eso ha sido un puntazo.

—¿Lo ha visto? —preguntó Silas, muy bajo.

—Sí —asintió Gideon—. Y ha entendido que se fue creyendo una mentira que solo ella había creado con todo lo que pudo ver esa noche.

Silas cerró los ojos un segundo. Y cuando los abrió, ya estaba en movimiento.

—Voy a verla.

Se giró hacia la puerta sin pensarlo más.

—Eh —Nixon reaccionó rápido, agarrándolo del brazo—. Espera un segundo.

Silas intentó soltarse.

—No.

—Sí —replicó Nixon, tirando suavemente de él hacia atrás—. Mírate.

Silas frunció el ceño.

—¿Qué?

Nixon señaló hacia abajo.

Silas bajó la vista y lo que vio fue, ese pijama que aún llevaba puesto, y las zapatillas de andar por casa.

—No me jodas que quieres irte así —preguntó Nix.

—Un poco ridículo vas, tío —murmuró Logan, cruzándose de brazos—. Igual quieres que el momento sea, mínimamente digno.

Silas pasó una mano por su cara, frustrado.

—Me da igual cómo me vea.

—A ti sí —intervino Gideon, con una calma que contrastaba con todo—. A él no tanto.

Nix levantó la vista.

—¿A quién?

Gideon ladeó ligeramente la cabeza.

—A su hijo.

Nixon se quedó quieto y callado, Logan también.

—¿Tu hijo? —repitieron los dos casi al mismo tiempo mirándole.

Silas no respondió de inmediato. Se quedó ahí, de pie, como si durante un segundo hubiera olvidado que no estaban todos al mismo nivel de información.

—Sí… —dijo al fin.

Nixon parpadeó.

—No, espera… ¿qué?

—Que tengo un hijo.

Logan soltó una risa incrédula.

—Vale, no, esto no lo puedes soltar así como si nada.

—No lo estoy soltando como si nada —respondió Silas.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Nixon, más serio.

—Ayer.

—¿Desde ayer? —repitió Logan—. ¿Y no pensaste en comentarlo en ningún momento?

Silas lo miró.

—Han pasado muchas cosas desde ayer, joder.

Nadie pudo discutir eso.

—¿Es de Sasha y tuyo? —preguntó Nixon al final.

Silas asintió.

—Sí.

Logan se pasó una mano por la cara.

—Joder, vale, vale, espera —intentaba ordenar ideas—. ¿Ella lo sabía? ¿Te lo ocultó?

—Sí.

—¿Y tú no tenías ni idea?

—Ninguna.

—¿Cuántos años tiene?

—Doce.

Eso hizo que Nixon levantara las cejas.

—¡Doce!

—Se fue embarazada —añadió Silas—. Pensando que yo había matado a su hermano.

—Hostia —murmuró Logan.

—¿Y él lo sabe? —preguntó Gideon.

Silas negó.

—No —dijo Silas.

—O no lo sabía —dijo Tristán.

—¿Cómo que o no lo sabía? —preguntó Gideon.

Silas exhaló.

—Estábamos diciéndole los dos a Sasha delante del crío que era igual que Silas, tío, por muy drogado que esté el chaval, digo yo que si no es tontito se habrá quedado con algún dato…

—¿Estabais allí en la misma habitación hablando de mí? —negó levemente Silas con la cabeza—. Seguramente la hayáis metido en un problema con el niño. Ella quería que todo siguiera como está.

Tristán se extrañó al oir aquello.

—No, no puedes estar de acuerdo en eso. Es tu hijo merece saber que eres su padre.

—Pues entonces, pase lo que pase —añadió Gideon— con más motivo para que no aparezcas delante de él en pijama.

Eso arrancó una pequeña exhalación a Nixon.

—Venga, tío, cámbiate.

Silas cerró los ojos un segundo, pasándose las manos por la cara.

—Cinco minutos —dijo al final—. Me cambio y me voy.

—Dúchate —añadió Logan—. Por respeto mínimo a la situación.

—Y a tu hijo —remató Tristán.

Silas lo miró, se dio la vuelta y desapareció hacia la habitación.

Logan fue el primero en hablar.

—Tiene un hijo.

Nixon negó con la cabeza, todavía procesándolo.

—Doce años, y nos enteramos ahora. Bueno, se entera ahora.

Gideon se apoyó en la pared, cruzándose de brazos.

—No es lo único que acaba de cambiar.

Tristán se dejó caer en el sofá, estirando las piernas.

—Ni de lejos.

Logan miró hacia la puerta de la habitación donde estaba Silas.

—¿Creéis que está preparado para esto?

—No.

Gideon tampoco dudó.

—Nadie lo estaría, imaginad que ella no quiere decirle nada a su hijo sobre él. Menudo marrón para nuestro amigo.

—Pues esperemos que sea fuerte y que esté a la altura para lo que se le viene.

La puerta de la habitación se abrió unos minutos después y Silas salió ya vestido, con unos vaqueros oscuros y una camisa negra que había abrochado a medias, todavía con algo de gotas de agua resbalando por su cuello, como si hubiera pasado por la ducha sin perder ni un segundo más del necesario, y aun así había algo en él que seguía siendo puro impulso, como si todo su cuerpo estuviera adelantado a lo que iba a hacer en cuanto cruzara esa puerta.

Se detuvo un segundo en mitad del salón, mirando a los demás, sin decir nada al principio, pero todos entendieron que ya no había vuelta atrás.

—Me voy —dijo al fin.

Nixon asintió despacio, apoyado en la encimera.

—Ya lo suponíamos.

Logan lo miró con una mezcla de curiosidad y algo más serio.

—Intenta no cagarla más de lo estrictamente necesario.

Tristán añadió.

—Eso va a ser complicado.

Gideon no sonrió.

—Escucha más de lo que hables, eso siempre funciona.

Silas sostuvo su mirada un segundo.

Asintió.

No dijo nada más. Porque no había nada más que decir.

Se giró, cruzó la puerta y desapareció.

Y esta vez nadie intentó detenerlo.

El hospital estaba igual que siempre, pero Silas lo sentía distinto, era como si aquel suelo lo pisara por primera vez en su vida, como si cada paso pesara un poco más de lo habitual, no por el lugar, sino por lo que sabía que le esperaba al final del pasillo, y aun así no redujo el ritmo, no dudó, no se permitió pensar demasiado porque sabía que si lo hacía quizá se quedaría quieto, y eso no era una opción.

Cuando llegó a la puerta de la habitación, se detuvo. Respiró hondo, y después de dar un par de golpecitos sobre la madera, abrió.

Dentro había silencio. Noah dormía.

Estaba allí, tumbado, con el pecho vendado, los monitores marcando un ritmo constante que por primera vez después de operarle no lo veía como débil, sino como uno repleto de vida, y durante un instante Silas se quedó allí, quieto, mirándolo, sin moverse, sin acercarse siquiera, dándose ese tiempo para ver que era real, que ese niño estaba ahí, que respiraba, que existía. Que era su hijo.

Sasha estaba de pie cerca de la ventana, pero en cuanto él entró, levantó la cabeza y sus ojos fueron directos a los suyos, y en ese gesto había tantas cosas que resultaba imposible nombrarlas todas, culpa, alivio, miedo, algo que llevaba años contenido y que ahora ya no tenía dónde meter.

Ella dio un paso hacia la puerta, lo hizo despacio.

Con la mirada baja, y cuando estuvo frente a él, no lo tocó.

—Silas —empezó, pero la voz le falló ligeramente—. Yo…

Se detuvo a respirar.

Volvió a intentarlo.

—Lo siento.

Las dos palabras salieron rotas, pero seguras, y eso fue todo lo que podía decirle en ese momento. Todo concentrado más que cualquier explicación larga, porque ahí estaba todo el peso de los años, de las decisiones mal tomadas, de la huida.

Silas no respondió solo la miró. Como si necesitara volver a reconocerla.

—¿Por qué? —preguntó al fin, en voz baja.

Sasha alzó la vista.

—Por todo —respondió sin rodeos—. Por desaparecer, por no darte explicaciones, por tratarte como a un asesino —tragó saliva— por… —Se le quebró la voz—. Por negarte que conocieras a tu hijo. Por esconderte que tienes un hijo.

Silas la observó unos segundos más.

Y entonces dijo, muy despacio:

—Hay algo que no entiendo.

Ella esperó sin interrumpirle a que él continuase.

—Si de verdad creías que yo había matado a tu hermano —continuó— ¿por qué nunca me denunciaste?

La pregunta fue clara y directa.

Sasha se quedó inmóvil.

Porque esa era la parte que nunca había dicho en voz alta. Ni siquiera a sí misma.

Bajó la mirada y le costó un poco pronunciar aquello.

—¿Porque te quería?

Silas no se movió, también porque aquello llegó en forma de pregunta, y eso eran dudas para él.

—¿Qué? ¿Me lo preguntas, o me lo afirmas?

—Porque te quería —repitió, esta vez mirándolo y afirmando—. Porque eras —negó levemente— porque eres la persona a la que más he querido en mi vida, y pensar que habías hecho algo así ya era suficiente para destrozarme por dentro, no necesitaba además —la voz le tembló— no necesitaba verte en una cárcel, no podía vivir con eso.

Silas sintió cómo algo dentro de él se tensaba y se aflojaba al mismo tiempo.

—Así que decidiste huir.

—Sí.

—Y llevarte a mi hijo contigo.

Sasha cerró los ojos un segundo.

—Sí. Sé que podrías castigarme, denunciarme…

El silencio que siguió fue distinto. Más honesto.

—Me equivoqué —añadió ella, casi en un susurro—. Me equivoqué en todo, en lo que vi, en lo que creí, en lo que hice después —negó, las lágrimas cayendo sin control—. Y no sé cómo arreglarlo, no sé por dónde empezar.

Se quedó sin aire.

Silas dio un paso hacia ella movido por el instinto.

—Pero quiero hacerlo —terminó Sasha de hablar.

Silas podía sentir su respiración estaban muy cerca.

—¿Y ahora qué? —preguntó él, más bajo.

Sasha levantó la mirada. Y durante un segundo no hubo pasado ni culpa ni miedo. Solo eso, solo ellos

—No lo sé —respondió—. Pero sé que sigo queriéndote.

Silas no pensó lo que iba a hacer, ni midió las consecuencias, solo reaccionó.

Y cuando sus labios se reconocieron, todo lo demás desapareció, y el beso se volvió profundo, cargado con todo lo que no habían podido decir en años acumulado en ese único punto, en ese contacto que sabía a reencuentro y a herida abierta al mismo tiempo.

Sasha se aferró a su camisa rodeando su cuello con las manos, Silas a su cintura apretándola contra él para sentirla.

Cuando se separaron, lo hicieron despacio, sin alejarse del todo, con las frentes casi juntas, respirando el mismo aire.

—Esto no arregla nada —murmuró ella.

Silas negó muy levemente.

—No. Pero creo que es un bien comienzo —dijo él.


TF
TF

CAPÍTULO 27

La risa se les escapó sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo, fue algo pequeño, casi un suspiro después de aquel acercamiento, pero en el silencio de aquella habitación de hospital sonó más alto de lo que debería, lo suficiente para que el cuerpo de Noah reaccionara en la cama, un leve movimiento bajo las sábanas, un cambio en el ritmo de la respiración, y después ese parpadeo lento que a Silas le dejó completamente quieto en el sitio, como si alguien hubiera pulsado un interruptor dentro de él.

Sasha fue la primera en darse cuenta de todo.

—Noah —susurró, acercándose rápido a la cama, inclinándose sobre él con una mezcla de alivio y nervios que le hacían temblar la voz—, cariño, ¿me oyes?

El niño abrió los ojos despacio, como si le costara enfocar, como si todo aún estuviera un poco borroso, y durante unos segundos solo miró al techo, desorientado, hasta que giró la cabeza hacia ella.

—Mamá —murmuró, con la voz pastosa—¿qué pasa?

—Tranquilo, tranquilo —le acarició la cara con suavidad—, todo está bien, estás en el hospital ¿recuerdas?, te operaron, pero estás bien, ¿vale? No te muevas mucho.

Él asintió muy levemente, y dijo:

—Mamá me acuerdo de todo, no me trates como un bebé.

A los pocos segundos Noah miró a Silas, y aquello fue lo más extraño que sintió él. Porque fue una de esas miradas que se detienen un segundo más de lo normal, como si algo no terminara de encajar pero al mismo tiempo resultara familiar, y sintió algo en el pecho que no supo cómo describir.

—Tú —dijo él, frunciendo un poco el ceño— tú eres.

Sasha se movió tensa al lado de Silas.

—Noah…

Pero él siguió mirándole.

—Te he visto antes —añadió— cuando, cuando me desperté en el quirófano, creo que eras tú.

Silas no supo que decir en ese momento, no sabía cómo reaccionar a aquello.

—Sí —respondí al final, acercándose un paso a el niño con cuidado—. Yo estaba allí cuando despertaste.

El niño le observó unos segundos más, como si estuviera terminando de encajar la imagen en su cabeza.

Y entonces, muy despacio, sonrió.

—Entonces —dijo, con esa inocencia que no se esperaba con todo lo que había pasado—, tú eres el que me ha salvado.

Algo dentro de Silas removió su interior.

—Hice mi trabajo —respondió, aunque la voz no le salió tan segura como le habría gustado.

Sasha lo miraba de reojo.

Hubo un pequeño silencio después de eso, y fue entonces cuando ella respiró hondo, como si tomara una decisión que llevaba demasiado tiempo evitando.

—Noah —empezó, sentándose en el borde de la cama— hay algo que, que tenemos que contarte.

El niño la miró, más despierto ahora, más atento que antes.

—¿Qué pasa?

Sasha dudó y sus dedos se tensaban sobre la sábana, sus ojos se movían un segundo hacia mí buscando algo, quizá le faltaba valor, o quizá solo quería estar segura de que Silas no iba a salir corriendo.

—Los hombres que han estado antes aquí —continuó ella— y lo que hemos estado hablando después de que se marchasen…

Noah frunció un poco el ceño.

—Sí, mamá.

Sasha tragó saliva.

—Noah —añadió, mirándolo directamente a los ojos— él es tu padre.

El niño miró a Silas, luego a ella, después otra vez a Silas.

—¿Mi padre? —repitió, como si necesitara oírlo otra vez.

Sasha asintió, con los ojos ya brillantes.

—Sí.

Noah volvió a mirarle y entonces soltó una pequeña risa, suave, casi sin fuerza.

—Vaya casualidad —murmuró— el que me dio la vida y el que me la ha salvado.

Silas no supo si reírse o llorar por la emoción que sintió en ese momento.

—Sí —dijo, acercándose un poco más a la cama, sin invadir su espacio— supongo que no es la forma más normal de conocerse.

—Ya —respondió él, todavía mirándome con curiosidad— pero mola.

Sasha soltó una pequeña risa entre lágrimas.

—¿Mola?

—Sí —asintió él, muy convencido dentro de lo que le permitía su estado— es como tener doble bonus en un videojuego.

Negué con la cabeza, incapaz de evitar una sonrisa.

—Eso es una forma de verlo.

Noah me observó un segundo más y luego hizo una mueca.

—La verdad es que has tardado mucho en conocerme.

—Tienes toda la razón, pero es que si lo hubiese sabido eso no habría ocurrido. Pero puedes estar seguro de que no voy a separarme de ti jamás.

El niño abrió un poco más los ojos.

—¿En serio?

—En serio.

Miró a su madre.

—¿A ti te parece bien?

Sasha bajó la mirada un segundo.

—Sí…

Noah asintió despacio.

Y luego volvió a mirarle.

—Bueno —dijo, encogiéndose un poco de hombros como pudo, pues el vendaje limitaba sus movimientos— mejor tarde que

nunca, ¿no?

Silas soltó una pequeña risa, negando con la cabeza.

—Supongo que sí.


TF
TF

EPÍLOGO

El jardín de la casa de Silas estaba lleno de ruido, de risas, del sonido de la parrilla chisporroteando, y conversaciones que iban y venían sin orden alguno. Logan discutía con Nixon sobre si la carne estaba o no lista para sacarla, mientras movía las pinzas como si estuviera en un concurso de cócteles y no en una barbacoa entre amigos. Leila se reía apoyada en la encimera exterior con una copa de vino en la mano, y Gideon observaba todo con esa calma suya, como si incluso en un momento así estuviera analizando cada detalle sin decirlo en voz alta. Y en medio de todos estaba Noah, sentado cerca de la mesa, hablando con Logan con total naturalidad, como si llevara años formando parte de aquel grupo.

Silas lo miraba desde atrás, apoyado ligeramente contra la pared, con una cerveza en la mano que se le había calentado antes de bebérsela, y Sasha estaba a su lado, en silencio, con la mirada fija en su hijo, absorbiendo en su memoria cada gesto, cada sonrisa, como si necesitara grabarlo todo para convencerse de que era real.

—No sé si esto es buena idea —dijo ella en voz baja.

Silas giró la cabeza hacia ella.

—¿El qué?

—Todo esto, no sé, gritarle al mundo que somos felices, me parece de lo más peligroso —murmuró, señalando con un gesto suave el jardín—. Parece demasiado perfecto como para que dure para siempre.

Silas soltó una risa.

—Entonces ya sabes lo que toca —respondió—, si quieres lo complico todo. ¿Qué me propones, prendo fuego al árbol, o rompo algo para no tener esta sensación de felicidad?

Sasha lo miró con una amplia sonrisa en su cara.

—Sigues siendo igual.

—No —negó él—, ahora soy más feliz. Pero calla, que no se entere nadie o todo se puede estropear —le dijo riéndose.

Ella bajó la mirada un segundo, y cuando volvió a levantarla se encontraron con esa tensión que no se había ido, que seguía ahí, viva, latente, y por un instante pareció que iban a besarse otra vez. Pero Logan rompió el momento.

—¡Eh! —dijo desde la parrilla—. Falta uno aquí, ¿no? ¿Dónde está Tristán? Que alguien me explique cómo el único con gusto para la carne no está presente.

—De viaje —respondió Nixon sin mirarlo—, necesitaba despejarse, dijo.

—¿Despejarse de qué? —replicó Logan—. Si no hace otra cosa en su vida.

—Precisamente por eso. Imagino que se refería a despejarse de vosot6ros —añadió Leila, riéndose.

Gideon sacó el móvil como por costumbre, como si algo le hubiera hecho mirarlo, y frunció ligeramente el ceño.

—Ya le habéis invocado y acaba de escribir.

Silas ya estaba sacando el suyo. Abriendo el grupo The Fellowship. Los mensajes empezaban a aparecer.

Tristán: *Vale, no quiero sonar paranoico… pero creo que alguien me está siguiendo.*

Nixon: *Venga ya, ¿otra vez con tus películas?*

Logan: *¿Es en plan "me mira raro en un bar" o en plan llevo dos días viendo la misma cara por todas partes?*

Tristán: *En plan dos días. Mismo tipo. Misma distancia. Mismo rollo raro.*

Silas: *Ubicación.*

Nixon:: *Si estás fuera entra en algún bar de la zona.*

Tristán: *Voy.*

Nixon: *¿Puedes decirnos porque te has ido tan lejos?*

Tristán: *Lisboa no está tan lejos.*

—Está en Lisboa —murmuró Silas en voz alta.
—Genial —dijo Logan—, lejos y sin nosotros, perfecto.

Gideon: *Comparte ubicación en tiempo real.*

Tristán: *No puedo ahora mismo.*

Logan: *¿Cómo que no puedes? ¿Qué estás haciendo?*

Tristán: *Caminando. Intentando no girarme cada dos segundos.*

Nixon: *Pues igual deberías girarte, digo yo. Puede que le hayas perdido de vista y ya te lo has quitado de encima.*

Tristán: *Ya lo he hecho. Y sigue ahí.*

El ambiente en el jardín se había apagado casi sin darse cuenta, Noah miraba a los adultos sin entender del todo, pero notando que algo había cambiado.

Silas: *¿Lo tienes cerca ahora?*

Tardó en responder demasiado.
Tristán: *Sí.*

Los puntos aparecieron otra vez. Volvieron a borrarse, después otra vez de nuevo, como si borrara y volviera a escribir.

Tristán: *Se ha parado.*

Logan: *¿Dónde estás exactamente? Mándame algo. Una foto para que nos ubiquemos.*

Pasaron varios minutos.

Nixon: *Tío, contesta, no juegues.*

Nada.

Gideon: *Tristán.*

Nada.

Silas apretó el móvil.

Y entonces llegó un audio de tres segundos. Uno de ellos lo abrió. Todos estaban en silencio para escuchar atentamente, y primero se escucharon ruido de pasos, después un golpe seco, luego, una voz.

—Te he cazado, hijo de puta… y ahora vas a pagar por todo lo que has hecho.

El audio se cortó y todos se miraron entre ellos y se quedaron en silencio.

Nixon dijo:

—Decidme que eso no es lo que creo haber oído.

—Sea quien sea la que ha mandado ese audio sabe que existimos y ha querido que sepamos que acaba de derribar a Tristán —dijo Logan.

—Maddox está allí, es un aviso para que no juguemos con él —dijo Gideon.

Nadie discutió eso. Porque todos lo pensaron al mismo tiempo de manera similar.

Silas levantó la vista, Sasha lo estaba mirando, seria ahora, sin rastro de la calma de antes.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Silas miró a Noah. Luego a ella. Luego a los demás. Volvió a mirar el móvil.

—Se acabó la paz —dijo a todos y se movió en dirección a Sasha.

Tenía que contarle lo que acababa de ocurrir con Tristán y que como era de esperar iban a ir a ayudarle.